



UNIVERSIDAD
EMET

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

249
B498

Vitnino

e.p

Campa. L.10. El Carnero. Febrero 2003

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
WAMFI

UNIVERSIDAD
EAFFIT

Biblioteca
Sala de patrimonio Documental

CUADRO

DE LA

MISERICORDIA DIVINA,

SACADO DE LA ESCRITURA SANTA,

ó

MOTIVOS DE CONFIANZA EN DIOS PARA
CONSUELO DE LAS ALMAS TIMIDAS.

Obra póstuma

DE M. BERGIER,

*Miserator et misericors Do-
minus, longanimis et mul-
tum misericors. . . .*

Psam. 102. v. 9.

TRADUCIDO AL CASTELLANO.



Bogotá,

Impr. de Bruno Espinosa, por José Ayarza,

Año de 1838.

OCTAVIO LUQUE C.

CCCCC

Faint, illegible text

Faint, illegible text

Faint, illegible text

Biblioteca
Salvadora de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
CARLE

Faint, illegible text



UNIVERSITÀ
E
BIBLIOTECA

Antonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFFI

Biblioteca
Salvador de Património Documental

Salvador de Património Documental

RECOMENDÁNDOSE esta obra por su importante argumento y por el nombre de su ilustre autor, nada puede añadirse que dé más mérito á un escrito que lo tiene por sí mismo. Nos será permitido, con todo, decir cuatro palabras sobre el buen uso que de este libro debe hacerse.

Propúsose su autor fomentar el consuelo de las almas tímidas y la esperanza de aquellos pecadores que se figuran no hallar acogida en la divina misericordia: quiso animar á los primeros en la desconfianza que suele enjendrarles el demasiado temor, por considerar á Dios haciendo siempre ostentacion de su justicia: recuerda á los segundos que aunque indignos por su ingratitude, no puede esta sobrepujar á la muchedumbre de las misericordias del Señor, el cual será para ellos un Padre elemente y benigno, si se vuelven á él de todo corazon.

Lejos de nosotros hasta el mas pequeño pensamiento de pretender autorizar la vida inútil de los cristianos descuidados é indolentes, ni la criminal de los relajados: á unos y otros se conmina en las Santas Escrituras con el tremendo castigo de las penas eternas; y ciertamente es un grandísimo peccado per-

severar en la maldad confiando en la misericordia de Dios. Semejante abuso en vez de confianza debe llamarse temeridad criminal, que hace al hombre indigno de la gracia del Señor, y por consiguiente de su misericordia. “Esta se derrama de generacion en generacion sobre los que temen á Dios” (Luc. c. i. ° v. 50).

Rogamos por tanto al piadoso lector que no se deje llevar de la curiosidad leyendo aquellos capítulos que mas la existen en él. Este libro es un cuadro de la misericordia divina; y para comprender su contenido, percibir sus bellezas, y alcanzar el fruto que de su lectura debe esperarse, es preciso que esta sea meditada y que se siga en ella al autor en su discurso. Léase, pues, todo el libro por el orden con que está escrito; pero medítese previamente el capítulo primero, que es una introduccion preventiva de cualquier abuso á que diera lugar la humana fragilidad, lanzándose en una vana y falza confianza.

Al hablar de la misericordia de Dios se recuerdan naturalmente los piadosos afectos con que David bendecia al Señor por los beneficios que le dispensaba; y son buena prueba de esto las frecuentes citas que el autor hace de los salmos. Por lo mismo creemos que

ninguna cosa exitará mas la gratitud en las almas cristianas, que el hermoso cántico del Profeta Rey que ponemos à continuacion. En este dulcísimo salmo, David da gracias al Señor por un señalado beneficio; pero es tambien profético, y en él canta David la libertad de los hebreos del cautiverio de Babilonia. La misericordia de Dios, su justicia, su providencia con el pueblo escojido, la lenidad de sus castigos, su ternura de padre, su prudencia y tolerancia con la flaqueza humana, su fidelidad con los que le sirven todo es motivo de acciones de gracias en este cántico; y amplificando David por estos medios el elogio de la misericordia de Dios, convida luego á todos los ángeles del Cielo y à todas las criaturas de la tierra para que lo alaben con él, concluyendo, como empezó, exhortándose á sí mismo á alabarle.

SALMO CII.

BENEDIC ANIMA MEA DOMINO: ET OMNIA,
 QUÆ INTRA ME SUNT, NOMINI SANCTO EJUS

ALMA mia ! á tu Dios ama y bendice,
 bendice á tu Señor una y mil veces,
 y todo lo que en tí vive y se anima,
 su santo nombre sin cesar celebre.

Bendice á tu Señor, canta su gloria
 con himnos gratos, cánticos alegres,
 da gracias á su amor, y nunca olvides
 los muchos beneficios que le debes.

Ama al que ha perdonado tus delitos,
 y perdona los nuevos que cometes,
 al que te sana en todas tus dolencias,
 y que tu débil corazón sostiene.

Al que te ha rescatado con su sangre
 para librarte de la eterna muerte,
 y te está preparando la corona,
 á fin de que con él un dia reynes.

Al que sabrá llenarte los deseos,
 colmándote de júbilos perennes,
 pues hará que en el cielo, en donde habita,
 como el águila jóven te renueves.

Este es el Dios de las misericordias,
 Padre y Señor de toda humana gente,
 que premia la virtud, y vengar sabe
 á los que injurias sin razon padecen.

El que á Moysés manifestó sus vias,
 como legislador omnipotente,
 y al pueblo de Israel sus voluntades,
 quando les promulgó sus santas leyes.

Dios de misericordias infinitas,
 pues aunque es justo, santo, eterno, y fuerte
 á todos estos tan excelsos nombres
 prefiere el dulce nombre de GLEMENTE.

Tan piadoso, que en medio de sus iras,
se acuerda de que es padre, y se conmueve,
su cólera no es larga, pues al punto
que el pecador le implora, se enternece.

No segun exigian sus delitos
trata á los mismos que le son rebeldes,
ni da tampoco á las iniquidades
todo el justo castigo que merecen.

Mas sobre aquel que lo respeta y ama,
á manos llenas sus favores vierte,
tan sin término son como el espacio,
que entre el cielo y la tierra se comprende.

En su seno lo abriga. Allí le quita
las puntas de pecado que lo hieren,
las separa del alma, y las arroja
mas lejos que el Ocaso está de Oriente.

Como á sus hijos compadece un padre,
así Dios á los hombres compadece,
porque conoce su miseria, y sabe
que sin su santo auxilio nada pueden.

Se acuerda de que son polvo y ceniza,
de que sus dias se desaparecen,
como flor efímera del campo
apénas viven, cuando luego mueren.

Que su espíritu incierto y vacilante,
en nada es fijo, en nada es subsistente.
y sin su luz divina no supieran,
ni á donde marchan, ni de donde vienen.

Mas su misericordia soberana es, ha sido y será la misma siempre, pues hija eterna de su ser divino, dura, y debe durar eternamente.

Magnífica en los dones que reparte, con mano generosa los extiende hasta los hijos de los mismos hijos de aquellos que lo adoran y lo temen.

De aquellos que con culto religioso han gravado en sus pechos y sus mentes los preceptos divinos que dió al hombre para poder mejor obedecerle.

El Señor en la altura de los cielos ha fijado su solio refulgente; y desde allí domina á cuanto existe, á todo lo que ser y vida tiene.

Cantad y bendecidle, ángeles santos, que su trono cercáis tan reverentes, que escucháis sus palabras soberanas, y ejecutáis sus órdenes fieles.

Bendecidle tambien tronos, virtudes, y los demas espíritus celestes que sus Ministros sois, cantad la gloria del que os llena de dichas y de bienes.

Bendínganle tambien todas sus obras, que en el cielo y la tierra resplandecen: júntate tú con ellas, alma mia, y bendice á su Autor una y mil veces.



JOSE M. GALAVIS.


UNIVERSIDAD
EAFFI®

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental



CUADRO

DE LA
MISERICORDIA DIVINA,



CAPITULO I.

*Triste estado de las almas angustiadas
por el temor: necesidad de consolarlas.*

EL reino de Dios, dice San Pablo, no consiste en los placeres sensuales, sinó en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo (1). Justificados por la fé, mantengamos la paz con Dios por Jesucristo Nuestro Señor (2). Esta paz, segun el mismo Apostol, es el patrimonio de todo hombre que hace el bien; la tribulacion, la tristeza, los remordimientos estan reservados para el que

(1) Rom. cap. 14 v. 17.

(2) Rom. cap. 5 v. 1.

obra mal (3). Segun estas máximas, la paz del alma, los consuelos de la gracia, la alegría interior deberian ser en este mundo la recompensa de la verdadera piedad. ¿Cómo, pues, sucede que almas puras que sirven á Dios en la inocencia; que le han hecho grandes sacrificios; que no desean otra cosa que agradarle, se hallan frecuentemente desoladas, atormentadas por escrúpulos, tentadas á desesperar de su salvacion? Ellas ven al Señor como un juez severo, que exigirá al céntuplo el fruto de las gracias que les concede; que nada les perdonará; que está siempre pronto á abandonarlas; que quizá ya ha determinado en sus decretos su eterna reprobacion.

En este infeliz estado para tales almas no hai consuelo interior, no hai gusto para la virtud, no hai atractivo para los sacramentos, no hai valor para llenar deber alguno. ¿Cómo amar á Dios cuando no se tiene la fortaleza de esperar en él? No piensan en sus promesas; solo atienden á sus amenazas, y se creen ya

(3) *Rom. cap. 2 v. 9.*

sobre el borde del infierno. El Rey Profeta habia experimentado esta situacion: “,cercáronme, dice, mortales angustias, me embistieron los horrores del infierno. Me hallé en medio de la tribulacion y del dolor, é invoqué el nombre del Señor....yo me humillé y él me ha libertado”(4).

Muchas personas han caido en esta tristeza habitual, han perdido su salud, y turbado su espíritu; otras se han relajado en la práctica de sus deberes, han renunciado la piedad, y han buscado en distracciones peligrosas ó criminales el reposo que no habian hallado en el servicio de Dios.

¿Semejante desgracia viene de un temperamento melancólico, ó de la debilidad de la imaginacion? ¿Es una prueba en que Dios pone la virtud para hacerla mas heroica, ó un lazo que el enemigo de la salvacion tiende á las almas piadosas para desalentarlas? Las mas veces es difícil juzgar de esto, y prescribir remedios convenientes; pero cualquiera que sea la causa, la caridad cristiana nada debe despreciar para

(4) *Psalm*, 114 vv. 3, 4, 6.

curar una tan funesta enfermedad.

La meditacion de verdades terribles, la lectura de libros que hablan de la muerte, del juicio final, de los rigores de la justicia divina, de la reprobacion de los pecadores, de la dificultad de la salvacion; son peligrosas para estas almas ya muy aterradas; y desgraciadamente es lo que ellas buscan con mas ardor: semejantes á niños tímidos que escuchan con ansia las historias trágicas, no trabajan sino en nutrir su tristeza, y en hacerla incurable.

No seria suficiente quitarles los alimentos perjudiciales, si al mismo tiempo no se les procurasen otros mas análogos á sus necesidades: al prohibirles lecturas que se convierten para ellas en tósigo, es necesario ponerles delante los ojos verdades consoladoras propias para animarlas. Tal es el remedio á que habia recurrido David: “ el Señor
 “ es misericordioso y justo, inclinado
 “ á la clemencia, protector de los
 “ débiles.... Vuelve, ó alma mia,
 “ á tu sociago ya que el Señor te
 “ ha favorecido tanto; él ha preser-
 “ vado mi alma de la muerte, ha
 “ enjugado mis lágrimas, y ha fir-
 “ mado mis pies para que no res-

“ balen. No pensaré mas que en
 “ agradarle y servirle durante mi
 “ vida.” (5)

Con una caridad sabia y compasiva, daba S. Pablo á los fieles que comenzaba á instruir, lecciones relativas á su debilidad: “ yo os he tratado, decia él á los de Corinto, como á infantes en Jesucristo: os he alimentado con leche, y no con manjares sólidos, por que no erais capaces de ellos ” (6). Este gran maestro de la vida espiritual debe servirnos de modelo. El no habria buscado el intimidar almas ya mui abatidas por el temor; habria trabajado en animarlas é inspirarles una firme confianza en la misericordia de Dios y en los méritos de Jesucristo: así lo ha hecho en la mayor parte de sus cartas. Ninguno ha expuesto con tanta fuerza los motivos de la esperanza cristiana; él mismo se daba por ejemplo de la extension de las misericordias divinas, del poder de la gracia, de la paciencia con que Dios sufre, perdona, ilustra y convierte á los pecadores.

(5) *Psalm.* 114 vv. 5, 7, 8, 9.

(6) 1.^o *Cor.* cap. 3 vv. 1, 2.

En la multitud inmensa de libros de piedad el mayor número parece destinado á inspirar el temor mas bien que la confianza, á intimidar mas bien que á alentar; sin embargo, no por esto debemos condenar á los que los han compuesto. Durante los dos últimos siglos, el dogma de la fé justificante, y de la inamovibilidad de la justicia, sostenido por dos sectas heréticas, trastornaba la moral cristiana, y era capaz de endurecer á los pecadores en el crimen: este error debia ser destruido. Muchos moralistas habian dado en el exceso de la relajacion, la Iglesia habia proscrito sus opiniones, y era necesario prevenir sus consecuencias. La mayor parte de los escritores asceticos han vivido en grandes ciudades, en donde el desarreglo de las costumbres es casi siempre llevado al extremo, en donde se sabe paliar, excusar, justificar los mayores desórdenes; y por lo mismo fué necesario oponer un dique á este torrente, despertar de su adormecimiento á los pecadores habituales, y conmovierlos por verdades terribles: un zelo ilustrado y caritativo ha procurado hacerlo.

Pero entre aquellas personas con-

sagradas á Dios, que viven lejos de los peligros del mundo; entre las que siempre han hecho profesion de piedad, y que son la porcion mas preciosa del rebaño de Jesucristo, hai un número de almas puras, de una conciencia delicada, de una imaginacion viva, de un temperamento triste y tímido, y es justo atender á sus disposiciones, darles un preservativo contra el exeso en que pueden caer.

Muchos autores respetables é instruidos han trabajado sobre esto. Se conoce el tratado de la confianza en la misericordia de Dios por el difunto M. Languet Arzobispo de Sens; es estimado, y merece serlo: no se puede leer sin sentirse exitado á la virtud y á una tierna piedad. El ilustre autor habria podido insistir mas sobre los motivos de esperanza en Dios, que nos proporcionan los libros santos; nos ha parecido que esta parte de su obra merecia ser tratada con mas extension; y esto es lo que nos hemos propuesto.

Tendremos cuidado de no decir cosa alguna que no sea sacada de la Escritura Santa; cuanto menos haya de nuestra parte mas sólida será la instruccion. Seria de desearse que todos los que han escrito libros es-

pirituales, hubiesen tomado esta precaucion: ellos habrian producido mas fruto, y evitado mejor los inconvenientes. Si nosotros presentáramos nuestras ideas particulares ó racionios sacados de nuestro propio fondo, habria lugar de desconfiar de ellos; en todo lo que viene de la mano de los hombres, el error puede introducirse bajo los colores de la verdad; pero cuando nos limitamos á citar hechos, á exponer la conducta de Dios para con todos los hombres y en todos los tiempos, á repetir las expresiones mismas de los autores sagrados, y á reunir sus máximas; esta doctrina no puede ser sospechosa. Dios es el que nos habla por su órgano, el que nos instruye por ellos: él es quien traza el plan de su providencia, quien nos descubre, por decirlo así, el fondo de su corazon paternal, y ostenta á nuestros ojos las riquezas inmensas de su bondad y de su misericordia.

Algunas personas abatidas á quienes se ha hecho leer libros destinados á reanimar su confianza, han respondido: no es Dios el que ha dicho todo esto, son los hombres. Pues que es necesario que Dios les hable, nosotros les mostraremos que

él ha hablado, y se ha explicado claramente en el antiguo y nuevo Testamento. No solamente dirán ellas su palabra, sinó que tambien verán su conducta: los discursos y los hechos se reunen para reformar sus ideas, y para animarlas á la esperanza cristiana.

Estas lecciones divinas tan necesarias para las almas tímidas, no lo son menos para los grandes pecadores tentados á desesperar de su conversion. Sucede frecuentemente que los que han pecado por presuncion, perseveran en el mal por otro exceso, -- por desconfianza en la misericordia divina. Espantados por la enormidad de sus crímenes, por la fuerza de sus hábitos, por su dilatada resistencia á la gracia, se persuaden á que su conversion es casi imposible, y que de cualquier modo que obren no dejarán de ser reprobados. Ningun error puede ultrajar mas la bondad de Dios; es una incredulidad formal á su palabra. El ha prometido sin restriccion y sin reserva recibir al pecador á penitencia en cualquier tiempo que se arrepienta: " si el impío, dice él por su Profeta, hiciere penitencia de todos sus pecados que ha come,

“ tido, y observare todos mis pre-
 “ ceptos, y obrare segun derecho y
 “ justicia, tendrá vida verdadera, y
 “ no morirá. De todas cuantas mal-
 “ dades hubiese cometido, yo no
 “ me acordaré mas: él hallará vida
 “ en la virtud que ha practicado.
 “ ¿Acaso quiero yo la muerte del
 “ impío, dice el Señor Dios; sinó
 “ antes bien que se convierta y vi-
 “ va? (7) Sus crímenes no le per-
 “ judicarán en cualquier tiempo que
 “ él renuncie á su impiedad.....
 “ Cuando yo le hubiera dicho, tú
 “ morirás, si él hace penitencia de
 “ su pecado, si entra en los cami-
 “ nos de la justicia, restituye un
 “ depósito, repara sus rapiñas, ca-
 “ mina segun mis preceptos, y no
 “ hace mas acciones injustas, él vi-
 “ virá y no morirá.” (8) Con mas
 fuerte razon conservará Dios la vida
 de la gracia á los que no han lle-
 vado la malicia hasta la impiedad:
 él no permitirá que perescan.

Muchas almas tibias se hallan
 en el mismo caso que los pecado-
 res. Si la turbacion, el temor, la

(7) *Exeq. cap. 18 vv. 21, 22, 23.*

(8) *Exeq. cap. 33 vv. 12, 14.*

pusilanimidad fuesen capaces de volverles el fervor, seria necesario guardarse de quitarles estos medios, ó de disminuirlos; pero es difícil presumirlo: el efecto natural del temor es la debilidad y ordinariamente no resulta sinó una impotencia absoluta de obrar el bien. Que estas almas lánguidas mediten mas sobre la bondad infinita de Dios, sobre la indulgencia que tiene por nuestras miserias, sobre la liberalidad con que recompensa virtudes siempre imperfectas, y entonces sentirán renacer en ellas el gusto de sus deberes y de las buenas obras. “Es Dios, dice el Profeta Isaías, el que robustece al que está fatigado, que dá fortaleza y vigor á los que ya nada pueden. Sin él nosotros somos tan débiles como los niños, los mas jóvenes se agotan y desmayan; pero los que esperan en el Señor sentirán renovarse su valor, ellos tomarán alas como las de la águila, correrán y no se fatigarán, caminarán y no desfallecerán.” (9) El verdadero principio del fervor es la esperanza en

(9) *Isai. cap. 40 vv. 29, 30, 31.*

Dios. “ Nosotros serémos semejan-
 “ tes á él, nos dice el Apóstol S.
 “ Juan, por que le verémos tal como
 “ él es: todo hombre que tiene
 “ esta esperanza en él, se santifica
 “ á sí mismo, así como él tambien
 “ es Santo.” (10) El temor, la des-
 confianza, la excesiva pusilanimidad
 jamás obrarán un efecto tan saludable.

Tal vez abusarán de nuestras reflexiones corazones perversos, perseverarán en el mal por que Dios es bueno, y multiplicarán sus crímenes, confiados en que Dios les perdonará y los convertirá tarde ó temprano. La malicia humana sin duda alguna puede llegar á este extremo; pero si fuese prohibido enseñar todas las verdades de que se puede abusar, no sería permitido publicar ninguna. Los malos corazones abusan de la misericordia de Dios para ofenderle: los pecadores impenitentes abusan de su justicia para perseverar en el crimen: las almas tímidas abusan de las nociones de su santidad para desolarse y desmayar: los impíos abusan de los errores de la piedad para hacerla ridícula y odiosa.

(10) 1. *Joan, cap. 3 vv. 2, 3.*

¿Y deberémos callar? Se abusaría de este mismo silencio. Los desvíos del espíritu humano nada prueban contra la palabra de Dios.

Los que se prevalen de su bondad infinita para persistir en sus desarreglos, son condenados por el Real Profeta: “Señor, dice él, vos obrareis con una alma inocente y pura como lo exige vuestra santidad soberana; vos tratareis un corazón perverso como lo merece su perversidad” (11). A estos ingratos es que se dirigen las amenazas del libro del Eclesiástico: “no digas, yo he pecado ¿y qué mal me ha resultado? por que él Altísimo es lento en castigar. No te fies del perdón si está concedido, para añadir pecado sobre pecado; no digas, la misericordia del Señor es grande, él tendrá piedad de mí apesar de la multitud de mis pecados; por que su cólera sigue algunas veces de cerca á su misericordia, y se vuelve contra los pecadores. No difieras el convertirte al Señor, ni lo dilates de dia en dia; por que su cólera se manifestará de golpe,

(11) *Psalm.* 17 v. 26.

“ y te perderá en el día de la
 “ venganza. ” (12) Una cosa es
 presumir de la misericordia divina
 para endurecerse en el pecado, y
 otra es poner su confianza en ella
 para animarse y exitarse á obrar
 el bien.

Esperamos que los corazones
 mas insensibles serán tocados del
 exeso de esta misericordia infinita,
 y conocerán cuan criminal es el
 hombre que abusa de ella. Los mo-
 tivos de reconocimiento harán quizá
 impresion sobre los que aun no han
 podido ser conmovidos por las ame-
 nazas de la justicia eterna. San
 Pablo nos autoriza á pensarlo así. Des-
 pues de haber representado la bon-
 dad infinita de Dios en la obra de
 nuestra redencion, y los motivos de
 confianza que nos dá este divino
 misterio, dice á su discípulo Tito:
 “ ved aquí verdades ciertas en las
 “ que yo quiero afirmaros, à fin de
 “ que todos los que creen en Dios
 “ se distingan por sus buenas obras:
 “ esto es lo que hai de bueno y
 “ útil para los hombres. ” (13) El

(12) *Euli. cap. 5 vv. 4, 5, 6, 7, 8, 9.*

(13) *Ad Titum cap. 3 v. 8.*

Apóstol parece juzgar que los motivos de confianza son mas útiles que los de temor para llevar á los hombres á las buenas obras: este es tambien el sentimiento de todos los que han trabajado durante su vida en la salud de las almas. “Que el
 “ Dios de la esperanza, dice él à
 “ los Romanos, os colme de toda
 “ suerte de gozo y de paz en vues-
 “ tra fé, à fin de que esteis llenos
 “ de confianza y de la fortaleza del
 “ Espíritu Santo. (14) Vosotros
 “ no habeis recibido, les dice tam-
 “ bien, el espíritu de servidum-
 “ bre que es el temor, sinó el es-
 “ píritu de hijos adoptivos que nos
 “ hace llamar à Dios, Padre nues-
 “ tro.” (15) Segun S. Pablo, la
 esperanza cristiana, la confianza en
 Dios son el origen del valor y de
 la fortaleza del Espíritu Santo. Este
 es el carácter del verdadero cristia-
 nismo. Verémos en la serie de
 esta obra, que este Santo Após-
 tol no ha tratado de intimidar
 á los fieles por las amenazas de la
 justicia divina y de los castigos re-

(14) *Ad Rom. cap. 15 v. 13.*

(15) *Rom. cap. 8 v. 15.*

servados á los pecadores, sinó de consolarlos, animarlos por los motivos de reconocimiento, de esperanza, y de amor para con Dios.

Bajo la conducta de un tan gran maestro, no tememos ni engañarnos, ni desviar á los otros exponiéndoles los mismos motivos y procurando inspirarles la confianza en la misericordia divina y la paz interior. Nosotros decimos á todos como el Profeta Rey: “Gustad y ved
“cuan suave es el Señor: bienaven-
“turado el hombre que en él con-
“fia.” (16)

CAPITULO II.

Los beneficios de Dios en el órden de la naturaleza, son una prenda de los que quiere concedernos en el órden de la gracia,

UNO de los vicios de que somos mas culpables para con Dios, es la ingratitude: seriamos mas fieles para pedirle sus beneficios espirituales y

para aguardarlos con una firme confianza, si estuviéramos mas penetrados de los que nos ha prodigado por la creacion. Estamos rodeados de sus dones; ellos híeren todos nuestros sentidos; no vivimos ni subsistimos sinó por ellos: el hábito de gozar nos hace olvidarlos y desconocerlos; y apenas elevamos algunas veces los ojos acia la mano liberal que los derrama sobre nosotros. ¿Quién se cree obligado à dar gracias à Dios por el aire que respiramos, por la luz que nos alumbra, por los alimentos con que satisfacemos nuestra sensualidad, por las bellezas de la naturaleza, por la docilidad de los animales que nos sirven, y por las ventajas personales de que nuestro orgullo se complace tanto? ¿Son menos dignos de nuestras acciones de gracias estos beneficios porque son comunes à todos los hombres, previenen nuestros deseos, se suceden y renuevan sin cesar? La parte que Dios dá à nuestros semejantes no disminuye la nuestra; la generacion presente no los recibe con menos abundancia, que las que nos han precedido. No es extraño, pues, que seamos poco tocados de los beneficios espirituales que no caen

Bajo nuestros sentidos, cuando desconocemos los que hieren nuestros ojos, palpamos y pisamos.

Los antiguos justos estaban mas atentos que nosotros para celebrar la magnificencia, y la liberalidad del Criador, para meditar sobre su bondad, y reconocer sus dones: la elocuencia del Real Profeta nunca es mas sublime que cuando pinta la providencia divina en la obra de la naturaleza: “ Señor, ¿ qué es el hombre para que tú te acuerdes de él ? Hicistele un poco inferior á los ángeles, coronástele de gloria y de honor, y le has dado el mando sobre las obras de tus manos. Le sugetaste los animales de los campos, las aves del cielo, los habitantes de los mares: todo está destinado à sus necesidades. ¡ Qué admirable es vuestra providencia en todo lo que ella hace sobre la tierra ! ” (1)
 “ Vuestra magnificencia brilla en vuestras obras, la sabiduría ha presidido en ellas, la tierra entera está cubierta de vuestras riquezas.
 “ Vos sacais de su seno la subsisten-

(1) *Psalm.* 8 vv. 5, 6, 7, 8, 9, 10.

“cia del hombre, el pan que re-
 “para sus fuerzas agotadas, el licor
 “que le hace olvidar sus penas, los
 “perfumes cuyo olor respira. Los
 “animales aguardan de vos su ali-
 “mento: vos abris la mano, y to-
 “dos reciben el sustento con pro-
 “fusión. Si apartáseis vuestras mi-
 “radas, ellos perderian el movimien-
 “to y la vida, y entrarían en el
 “barro de donde los sacasteis: un
 “soplo de vuestra boca los hace
 “renacer y renueva la juventud de
 “la naturaleza. Sea para siempre
 “celebrada la gloria del Señor. No
 “ceses, ó alma mía, de bendecir á
 “vuestro soberano Señor” (2).

Apesar de la maldicion conque
 Dios habia herido la tierra despues
 de la caída del primer hombre, ella
 continúa prodigándonos sus dones:
 despues de seis mil años su fecun-
 didad no está agotada; cuanto mas
 se aumenta el número de sus habi-
 tantes, mas provee ella á sus nece-
 sidades. La naturaleza no nos mues-
 tra ni un Dios irritado, ni un juez
 siempre pronto à castigar; sinó un
 Dios bueno, liberal, magnífico que

(2) *Psalm.* 103 v. 13 etc.

se complace en bendecir y hacer prosperar sus obras (3): un espíritu atento, un corazón reconocido perciben por todas partes la ternura de un padre, los cuidados previsivos de un amigo, los beneficios de un Dios que ama á sus criaturas.

El prodiga sus dones no solo á los que lo invocan y le adoran, sinó tambien á los que lo olvidan y le desconocen: hace brillar su sol sobre los buenos y sobre los malos, y caer el rocío del cielo sobre los pecadores y sobre los justos. (4) Dios parecia haber retirado para siempre al hombre pecador los beneficios de la naturaleza, y sin embargo continúa en concedérselos; pero él no le amenazó que le quitaría los dones de la gracia. El Redentor que se dignó prometerle en el mismo momento en que castigaba el pecado, ha merecido estos dones para todos los culpables, y para toda la duracion de los siglos.

A mas de los beneficios generales y comunes á todos los hombres ; cuantos favores personales y parti-

(3) *Psalm.* 103 v. 31.

(4) *Psalm.* 8.

culares no ha concedido Dios à cada uno de nosotros? Si reflexionamos sobre el curso de nuestra vida, veremos una mano benéfica que nos ha conducido, protegido, salvado de mil peligros, y no nos ha abandonado un solo instante. Otros han perecido por las enfermedades de la infancia, por las imprudencias de la juventud, por los trabajos de la edad madura, por las emboscadas de los malos, por los azotes de la naturaleza: nosotros hemos escapado y vivimos, y ¿á quien somos deudores sinó à Dios? Si dudáramos de sus beneficios, nuestro amor propio daría testimonio. No hai uno que no esté contento de sí mismo, que no se prefiera á sus semejantes, que quiera cambiar su vida y su ser por el de otro; si él lo deseara sería insensato. ¿Y podemos estar contentos con nosotros mismos, y no estarlo con Dios? El es el que nos ha hecho y nos conserva tales como somos.

¡O si las reflexiones de nuestro orgullo se convirtiesen en sentimientos de reconocimiento! Entonces no estaríamos ocupados sinó de las bondades de nuestro bienhechor: nuestra dicha sería servirle y agradecerle.

Cuando nos gloriémos de pensar mejor, de obrar mejor, de ser mas sensatos y perfectos que los otros, basta preguntarnos con San Pablo

“ ¿qué hai en todo esto que no habeis recibido de Dios? Si lo habeis recibido ¿por qué gloriaros, como si fuerais deudores á vosotros mismos?” (5)

En el órden de la gracia Dios ha hecho por vosotros mil veces mas que en el órden de la naturaleza: los dones que os lisongean no os han sido concedidos sinó en vista de vuestra eterna predestinacion, y para contribuir á vuestra salvacion: por esto mismo es que ellos son preciosos. Dios ha querido convenceros que os ama. Su amistad no es equívoca, no es un lazo que él os tiende: él no es bueno á medias, ni misericordioso por un tiempo; lo es sin reserva y sin medida: su misericordia se extiende de una eternidad á otra (6). Los bienes de este mundo son un efecto de su pura bondad, los de la vida futura son el fruto de los méritos de Jesucristo.

(5) 1.ª ad Corint. cap. 4. v. 7.

(6) Psalm. 102 v. 17.

“¿ Si un niño, nos dice el divino Salvador, pide pan á su padre, le dará este una piedra, ó en lugar de un pege le dará un animal venenoso? Si vosotros malos como sois sabeis no obstante dar à vuestros hijos lo que les es mas ventajoso, con cuanta mas fuerte razon vuestro padre celestial dará un buen espíritu á los que se lo piden?” (7)

Un buen espíritu es sin duda el talento de hacer buen uso de los beneficios que él nos concede. Si sus dones naturales no debieran servir para santificarnos; si no fuesen una prenda de sus gracias espirituales; no nos serian mas útiles que una piedra; contendrian un veneno oculto, y vendrian à sernos peligrosos. Dios no los hace de esta especie; nuestra ingratitud es que los convierte en tózigo.

Lejos de medir sus favores sobre nuestros méritos, nos los hace sin que se los pidamos, aun cuando menos pensamos en ello, aun cuando le ofendemos, aun cuando prevee que seremos insensibles y que quizá abusarémolos de ellos: ahora que re-

(7) *Luc. cap. 11 v. 12.*

flexionamos en esto, que estamos tocados, que nos arrepentimos de nuestras culpas, que estamos resueltos à serle mas fieles, él no agotará ciertamente la fuente de su gracia: lo haria si no fuese bastante bueno para perdonarnos nuestra misma desconfianza.

No aumentará Dios nuestras deudas para hacernos más insolventes, sinó para inspirarnos mas reconocimiento y confianza en él. ¿Serémos reducidos á afligirnos por que él nos hace mucho bien? No lo quiera Dios. Reposa alma mia, dice el Psalmista, y tranquilizate por que el Señor te ha colmado de beneficios (8).

Este mismo Profeta nos enseña que la magnificencia de las obras de la naturaleza, no es sinó el cuadro de la lei de Dios, de su gracia, y de lo que ella obra en nuestros corazones.

Psalm. 18 Cœli narrant. “ Los
 “ cielos anuncian la gloria del Se-
 “ ñor, ellos publican que todo es
 “ la obra de sus manos. La succe-
 “ sion del dia y de la noche, de

(8) *Psalm. 114 v. 7.*

“ las tinieblas y de la luz, es un
“ lenguaje elocuente que se hace
“ entender de todos los pueblos, y
“ en todos los climas: ningun hom-
“ bré es tan estúpido, que no lo
“ comprenda. El Sol es el símbolo
“ y el trono de la divinidad: cuan-
“ do él nace aparece con la bri-
“ llantez de un tierno esposo que
“ sale de su lecho nupcial. Re-
“ corre à pasos de gigante la car-
“ rera que Dios le ha trazado;
“ parte de un extremo del cielo y
“ llega al otro, y ninguno es pri-
“ vado de su calor benéfico. Del
“ mismo modo la lei del Señor alum-
“ bra los ojos del espíritu, produce la
“ vida y la alegría en los corazo-
“ nes: ella es pura, irrepreensible,
“ arregla nuestros deseos y nuestros
“ pensamientos, nos traza fielmente
“ la ruta que debemos seguir, ins-
“ truye á los mas simples desde la
“ infancia. El temor del Señor es
“ el principio de una santidad que
“ jamás se desmiente; su lei es la
“ verdad, y la justicia misma. Te-
“ soro mas precioso que todas las
“ riquezas de la tierra, ella nos ha-
“ ce gustar la verdadera dicha. Yo
“ hago, Señor, una dulce experien-
“ cia, ya estoi recompensado de la

“obediencia que le tributo. ¡ Pe-
 “ro como discernir todas las faltas
 “que se cometen contra ella? Pu-
 “rificadme, Señor, de las que yo
 “no conosco, perdonad á vuestro
 “siervo las ajenas de que puedo
 “ser la causa. Si yo me veo libre,
 “estaré sin mancha y purificado de
 “mis mas grandes pecados. En-
 “tonces mis alabanzas os serán mas
 “agradables, los deseos de mi co-
 “razon estarán siempre presentes á
 “vuestros ojos. ¡ Mi Dios! Vos
 “sois mi fortaleza, el libertador en
 “quien yo pongo mi esperanza. ”

Si ya bajo la antigua lei, antes
 de la venida del Salvador, cuando
 la gracia era mucho menos abundan-
 te, sentia David tan poderosamente
 sus efectos--¿cual debe ser la con-
 fianza de un cristiano que ha reci-
 bido la prenda mas segura de la mi-
 sericordia divina por su adopcion,
 por el carácter de hijo de Dios, de
 heredero de Dios, de coheredero de
 Jesucristo ? (9).

Dios nos ama, no por que
 nosotros somos buenos, sinó por que
 él lo es; nos hace gracia, no por

(9) *Ad Rom. cap. 8 v. 17.*

que la merezcamos, sinó por que él quiere derramarla sobre nosotros; él continuará dispensándonosla, no porque prevea que haremos mejor uso despues, sinó por que él no puede dejar de ser liberal. ¿Hai un motivo mas firme de confianza para lo futuro, que la experiencia de lo pasado? Poneos en manos del Señor, dice tambien el Psalmista: él proveerá á vuestras necesidades, él no dejará al justo fluctuando entre el temor y la esperanza (10).

Jesucristo nos prohíbe toda iniquidad. “ No temais carecer de ali-
 “ mento, de vestido, de las como-
 “ didades de la vida. Mirad los pá-
 “ jaros del cielo, no hacen provisio-
 “ nes, y no obstante vuestro padre
 “ Celestial provee à su subsistencia;
 “ vosotros sin duda alguna valeis
 “ mas que ellos. ¿Vuestras reflexio-
 “ nes y vuestros cuidados pueden
 “ añadir un codo á la estatura de
 “ vuestro cuerpo? Considerad las
 “ flores de los campos: sin indus-
 “ tria y sin trabajo ellas crecen, se
 “ revisten de los mas brillantes co-
 “ lores, ofuscan el resplandor de la

(10) Psalm. 54, v. 23.

“ púrpura de los Reyes: Dios es
 “ el que cuida de su adorno. . . . Los
 “ paganos pueden afligirse de lo fu-
 “ turo, ellos no conocen la provi-
 “ dencia; pero vosotros teneis un pa-
 “ dre que sabe lo que necesitais;
 “ abandonadle el cuidado del dia de
 “ mañana; á cada dia le basta su
 “ malicia. Buscad primero el reino
 “ de Dios y su justicia, todo lo de-
 “ más se os dará con abundancia. ” (11)

Supuesto que el Salvador con-
 dena las inquietudes y el temor
 respecto de las necesidades tempo-
 rales, no puede aprobarlas respecto
 de los medios de la santificacion.
 Dios no es menos autor de los do-
 nes sobrenaturales que de los otros;
 no nos ha prometido menos los pri-
 meros que los segundos; y aun por
 estos no tenemos una prenda tan
 segura como por aquellos, los méri-
 tos, la santificacion, las oraciones
 de Jesucristo. Dios nos ordena que
 le pidamos no solo nuestro pan de
 cada dia sinó tambien la gracia de
 ser preservados de las tentaciones y
 libres de todo mal (12); luego él

(11) *Math. cap. 6 v. 25.*

(12) *Math. cap. 6 v. 13,*

no está menos dispuesto á escuchar la una de estas súplicas que la otra. Cuando un bienhechor nos excita por sí mismo á exponerle nuestras necesidades, seguramente no tiene intencion de rehusarnos sus auxilios.

Si nos halláramos en estado de recordar todas las gracias de salvacion que hemos recibido de la bondad divina desde que estamos en el mundo, veriamos que ellas exceden infinitamente á las que Dios nos ha hecho para esta vida. Somos incapaces de calcular su número, y de estimar su valor; este es el precio de los méritos infinitos de Jesucristo. Este divino Salvador no cesa de pedir las para nosotros ¿y podia Dios darnos una prenda mas segura de sus gracias, que concediéndonos un tan poderoso intercesor? Esta es reflexion de S. Pablo. Dios que no ha perdonado á su propio Hijo, sinó que le ha entregado por todos nosotros, ¿no nos lo ha dado todo con él? (13)

Una alma, sumergida en la tristeza, se desalienta, á vista de sus

(13) *Ad Rom. cap. 8 v. 32.*

infidelidades; ella dice con amargura: yo que me hé aprovechado tan mal de lo pasado ¿ cómo puedo esperar hacer mejor uso de lo futuro? Alma imprudente, tú olvidas la leccion de tu maestro--*no te inquietes del dia de mañana, á cada dia te basta su malicia.* Ocúpate del dia presente, has lo que Dios te ordena en este momento: aprende á ser reconocida, sumisa, tranquila, fervorosa: tu padre Celestial sabe lo que necesitas para mañana, para toda tu vida, para la hora de tu muerte, y él tendrá cuidado de proveer á ello: él lo ha prometido, y jamás falta á sus promesas (14).

En momentos de turbacion todavía no ha ocurrido á ninguno decir: yo he usado mal de los dones de la naturaleza, de los bienes temporales que Dios me habia concedido, de las facultades de mi cuerpo y de mi alma, de los talentos naturales y adquiridos, de las criaturas que Dios ha destinado à mis necesidades; sin duda todo me lo vá á quitar. O él cortará esta noche el hilo de mis dias, ó me privará del

(14) *Ad Heb. cap. 10 v. 23.*

uso de mis sentidos y me quitará la salud, la razon, los medios de subsistir, todo lo que me ha dado y conservado desde que estoi en el mundo. Esta persuacion seria el delirio de un espíritu enagenado. Semejante racionio, cuando muda de objeto no es mas sensato; porque no tenemos mas razon para creer que vendremos á ser insensibles, impotentes, ciegos, reprobados en el negocio de nuestra salvacion, que la que tenemos de pensar que vendremos á ser impotentes, inválidos, ó estúpidos. La bondad de Dios, su providencia, su misericordia presiden á la gran obra de nuestra santificacion, como velan en el gobierno del universo: hé aquí nuestros garantes de la seguridad de ámbas cosas, el fundamento de nuestra esperanza y de nuestra tranquilidad.

No es de Dios que yo desconfió, responde una alma atribulada, es de mí misma: Dios me continuará sus gracias, así lo espero, por que él es bueno, y lo ha prometido; pero yo no corresponderé mejor que hasta aquí. Él reprueba al siervo perezoso que sepulta su talento y no lo hace fructificar; esta condenacion cae sobre mí: los dones natu-

rales, las gracias sobrenaturales son igualmente estériles en mí; la cuenta que tengo que dar me hace temblar.

Si este temblor os inspira el valor de obrar mejor, sin duda alguna viene de Dios: si el os sumerge en el abatimiento y en la inacción, si os turba en las pocas obras buenas que haceis, debe seros muy sospechoso. O teneis la voluntad de corresponder mejor á la gracia, en lo sucesivo, ó no la teneis: si la teneis, ¿cual es el obstáculo para ello? Es ridículo contristaros por que no quereis en este momento lo que está en vuestro arbitrio querer. Esta voluntad que depende de vos hoy, no dependerá menos mañana, de aquí á seis meses, dentro de diez años; ¿cómo sabeis que no querreis, entonces lo que depende de vos querer, ó no querer? ¿Quién puede estar seguro de lo que querrá dentro de veinte y cuatro horas? Si desde ahora os hallais en la resolución de aprovecharos de la gracia, ¿cómo os persuadis que no os aprovechareis de ella? Vos careceis de fuerza; pero la gracia misma es la que la dá: Dios, dice S. Pablo, obra en nosotros el querer y la

accion: el Espíritu Santo ayuda nuestra debilidad y la virtud se perfecciona por esta misma debilidad. Desconfiais, pues, mas bien de Dios que de vosotros mismos, mientras que no debeis descansar sino en solo Dios.

Vuestras infidelidades pasadas nada deciden respecto de vuestra conducta para lo futuro: os hallais tristes y confundidos y el mismo Dios os dá esta confusion y arrepentimiento: él quiere curaros; ¿y os obstinareis en creer que no os curará? Lo que la gracia no ha hecho en vos hasta este dia, puede hacerlo despues; Dios es todopoderoso y no hai alguna razon para pensar que ella no lo hará: yo lo puedo todo, dice S. Pablo, en aquel que me conforta.

La suerte del siervo perezoso no os mira tampoco; él se hallaba en el tiempo de dar cuenta à su Señor y este momento no ha llegado para vosotros. Aun vivis y vuestra vida entera es el talento que Dios os ha confiado y que debeis hacer valer. En lugar de consumir una parte en entristeceros y en gemir, valdria mas emplearla en alabar à Dios, en darle gracias, en rea-

nimar vuestra confianza. Cuando él toma obreros para trabajar en su viña, llama à los unos por la mañana, à los otros al medio dia, y por la tarde, y al fin del dia dá à todos el mismo salario; (15) luego jamás es tarde para comenzar à servirle y el fervor del trabajo puede siempre compensar el tiempo perdido: la salvacion de una alma no es desesperada, sinó cuando la muerte la sorprende en el estado de pecado.

Todavía nos engañamos mas groseramente, cuando con el ejemplo de este mal siervo nos representamos à Dios como un Señor austero y duro, cuya justicia es inexorable. El Señor, dice el Real Profeta, es misericordioso tanto como justo, él es compasivo por que es nuestro Dios (16). Es justo, no por resentimiento y por venganza, sinó por bondad: dejaria de ser bueno, si no castigase el crimen, como recompensa la virtud; sin la idea de una justicia divina, este mundo no seria habitable. Dios es justo, es de nuestro interes que lo sea: esta justicia soberana,

(15) *Math. cap. 20 v. 2.*

(16) *Psalms. 114 v. 5.*

lejos de turbar la tranquilidad de nuestra alma, debe asegurarla. Ella nos convence que Dios no nos tratará con mas rigor que el que exige la naturaleza débil, frágil, inconstante que él nos ha dado. El tiene piedad de nosotros, dice el Profeta, por que conoce el barro de que nos ha formado (17). Su justicia nos hace comprender que si sufrimos en la tierra con paciencia, Dios no dejará esta prueba sin recompensa. “Sed valerosos y firmes, dice S. Pablo, trabajad sin intermision en la obra del Señor, persuadidos que vuestro trabajo no es inútil en su presencia (18).” La idea de esta misma justicia nos persuade que cuando Dios nos aflige en esta vida, es para nuestro bien, que si permite que caigamos en el pecado, quiere sacar de nuestras mismas caidas medios de santificacion y proporcionarnos nuevos motivos de amarle. “Tened
 “ por el Señor sentimientos dignos
 “ de su bondad: se le halla cuando
 “ no se le tienta; se hace conocer
 “ de los que tienen confianza en

(17) *Psalm.* 102 v. 13.

(18) 2. *ad Cor.* cap. 15. v. 58.

“ él ” (19) Esta es una lección del libro de la Sabiduría.

Señor, mi vida, mi subsistencia, mi salud, las fuerzas de mi cuerpo, y de mi espíritu, la razón, el juicio, la memoria, el amor de la virtud, una educación cristiana, mi vocación, mi estado, todos los medios de salvación de que yo estoy rodeado, son dones de vuestra pura liberalidad. Vos no me habeis puesto en el mundo sinó para hacerme bien: ¿ qué otro motivo podiais tener para sacar de la nada una miserable criatura que de ningun modo puede contribuir à vuestra gloria, ni à vuestra dicha? Pero si los favores con que vos me habeis colmado no sirviesen para mi eterna salvacion; si su uso se convirtiese en mi pérdida, ya no serian beneficios para mi. No, esta sospecha no estará en mi corazon, ella sofocaria mi reconocimiento y mi amor por vos, y estos sentimientos hacen toda mi dicha. Vos sois el Dios de mi corazon y mi porcion para la eternidad. Mi único bien es consagrarme à vos, poner toda mi esperaza en Vos. Dadme el

buen espíritu que Jesucristo vuestro Hijo nos ha prometido en vuestro nombre; que yo vea todo lo que me suceda en adelante como un beneficio vuestro, como un medio que vuestra sabiduría infinita quiere hacer refluir en mi salud eterna. Sobre esta idea yo fundaré mi reposo y la paz de mi alma: vos mismo, Señor, me dais esta dulce esperanza.

CAPITULO III.

Dios obra por designios de misericordia cuando nos aflige, ó permite que caigamos en el pecado.

DIOS es bueno; es la misericordia, la clemencia, la bondad misma, el padre y el bienhechor de sus criaturas, y sin embargo las aflige: él es la sabiduría, la santidad, la justicia eterna; detesta el pecado, lo prohíbe, lo castiga, y sin embargo permite que caigamos en él, en ocasiones que de él solo dependería preservarnos. Ved aquí la mas embarazosa de las dificultades que el espíritu humano puede proponerse:

el Santo Job y sus amigos estaban ocupados de ella ha mas de cuatro mil años; David reconocia que esta conducta de la providencia era una tentacion para el; frecuentemente las almas mas santas son turbadas por ella. Solo la palabra de Dios puede ponernos en estado de penetrar este misterio: ella nos enseña que Dios nos envia aflicciones por que ellas son mas propias à hacernos virtuosos que la dicha de este mundo: él nos deja caer en el pecado, por que hace contribuir nuestras mismas faltas, nuestros defectos, nuestras debilidades para nuestra santificacion. Así su bondad se despliega siempre ya por beneficios, ya por pruebas saludables; por el uso que él hace de nuestros vicios, como por el fruto que saca de nuestras virtudes.

1.º Los libros santos nos advierten que los bienes y los males de esta vida vienen igualmente de Dios, nosotros haríamos mal en atribuir los unos mas bien que los otros al enemigo de nuestra salvacion.
 “ El Señor es el que da la muerte y la vida, el que conduce al sepulcro y hace salir de él; distribuye la pobreza y la riqueza,

“ los honores y la humillacion; saca
 “ al pobre del polvo, le coloca en-
 “ tre los grandes y le hace sentar-
 “ se sobre el trono (1). Vos ha-
 “ beis affligido á vuestros hijos, Se-
 “ ñor, à fin de que ellos se acuerden
 “ de vuestros preceptos; presto em-
 “ pero quedaban curados para que
 “ no sucediese que cayendo en un
 “ profundo olvido de vuestra lei, no
 “ pudiesen gozar de vuestro socorro.
 “ Porque no fueron remedios natu-
 “ rales lo que les sanó, sinó que fué
 “ vuestra palabra, la cual sana todos
 “ los males. Vos solo teneis en
 “ vuestro poder la vida y la muerte;
 “ vos sois el que nos llevais à las
 “ puertas del sepulcro, y nos sacais
 “ de él (2). Yo soi, dice el Señor,
 “ el que hago la luz y las tinieblas,
 “ el que doi la paz, y distribuyo
 “ los males: todo es obra mia (3).
 “ Pues que Dios es esencialmente
 “ bueno, lo que viene de su mano
 “ no puede ser un mal para noso-
 “ tros. Si él no supiese sacar el
 “ bien del mal, no seria todopoderoso;

(1) 1 Reg. cap. 2 v. 6.

(2) Sap. cap. 16 vv. 11, 12.

(3) Isai. cap. 45 v. 7.

“ pero sabe mejor que nosotros lo
 “ que debe sernos mas ventajoso.”

2.º Los mismos libros nos hacen ver las aflicciones como una correccion paternal de Dios, que con ellas espia nuestros pecados, nos cura de nuestros vicios, y nos hace mas virtuosos y cuerdos. Un Profeta hace hablar así al pueblo judio durante su cautividad: “ vos me habeis castigado, Señor, y yo he sido corregido como un animal indómito. Convertidme, y yo me volveré á vos que sois mi Señor y mi Dios. Despues que vos me habeis hecho entrar en mí mismo, yo he hecho penitencia; vos me habeis abierto los ojos y yo me he llenado de pesar: cubierto de confusion yo me he avergonzado de los desarreglos de mi juventud. Este pueblo, dice el Señor, es un niño débil que yo he educado con ternura; aunque yo haya pronunciado una sentencia contra él, le traigo siempre en la memoria. Mis entrañas se han conmovido del estado en que se halla; yo tendré piedad de él, y le haré misericordia.” (4)

(4) Jerem. 31 v. 18.

“ Vosotros olvidais, decia San
 “ Pablo à los fieles afligidos; voso-
 “ tros olvidais los motivos de con-
 “ suelo que Dios os ofrece hablan-
 “ doos como un padre: hijo mio no
 “ desprecies la correccion que el
 “ Señor te dá, y no te cances de
 “ sus lecciones: él castiga à los que
 “ ama, corrige al hijo por quien
 “ tiene predileccion. Sufrid con
 “ constancia esta conducta paternal
 “ de Dios para con vosotros; ¿cual
 “ es el hijo que jamás fué represen-
 “ dido por su padre? Si fuerais
 “ privados de esta instruccion que
 “ Dios nos dá à todos, tendriais la
 “ suerte de los hijos ilegiiimos. No-
 “ sotros hemos tenido por primeros
 “ maestros à nuestros padres segun
 “ la naturaleza, y los respetabamos;
 “ ¿con cuanta mayor razon debe-
 “ mos estar sumisos al padre de
 “ nuestras almas para recibir la vida?
 “ Los primeros no nos han instruido
 “ sinó por cierto tiempo, y lo ha-
 “ cian segun su voluntad: Dios nos
 “ conduce de una manera mas útil
 “ para santificarnos. Toda instruc-
 “ cion severa nos causa por el mo-
 “ mento dolor y no alegria; pero
 “ despues hace gustar à los que la
 “ sufren, los mas dulces frutos de la

“ justicia. Recobrad, pues, la fuer-
 “ za y el valor que habeis perdido:
 “ que ninguno de vosotros se apar-
 “ te del camino recto, temeroso de
 “ desviarse, sinó que aguarde de
 “ Dios su curacion.” (5)

3.º La Santa Escritura nos
 hace admirar la sabiduria divina en
 la distribucion de los males de este
 mundo; por que ellos nos hacen co-
 nocer mejor el precio de los bene-
 ficios del Señor, y nos hace mas re-
 conocidos cuando se digna cenceder-
 nos sus favores. ¿ Quien conoce me-
 jor que los enfermos el precio de la
 salud; la utilidad de las funciones
 de nuestros sentidos, que los que
 han perdido alguno; la dicha de la
 prosperidad, que los que sufren des-
 gracias? Si nuestra vida fuese una
 serie de acontecimientos conformes
 à nuestros deseos, nos persuadiriamos
 à que Dios nos los debe, seriamos
 mui poco sensibles à su bondad, ape-
 nas nos dignariamos de darle gracias,
 y facilmente olvidariamos que hai
 una providencia. Esta desgracia es
 mui comun entre los felices del sigló.
 Por un efecto de bondad, Dios nos
 cura de la ingratitud privándonos de

(5) Heb. cap. 12 v. 5.

tiempo en tiempo de los bienes de
 que estamos mas tentados à abu-
 sar. “ Vos sereis humillado, decia
 “ el Profeta Daniel à un gran Rey,
 “ hasta que hayais reconocido que
 “ es Dios el que dispone de los
 “ tronos y de las coronas, y los dá
 “ à quien quiere (6). La predic-
 “ cion fué cumplida: este Rey des-
 “ tituido de su dignidad fué curado
 “ de su orgullo por una larga en-
 “ fèrmedad, y rindió homenaje á
 “ Dios que le habia herido. David
 “ no conoció cuan deudor era al
 “ Señor, sinó cuando fué probado
 “ por la adversidad: restablecido en
 “ su primer estado, no cesó de ben-
 “ cir la bondad divina. ” “ Noso-
 “ tros estamos al presente, Señor,
 “ colmados de vuestras misericordias,
 “ vos nos habeis vuelto la alegria y
 “ la dicha para toda nuestra vida;
 “ recordamos con placer los dias de
 “ nuestra humillacion y los años en
 “ que hemos experimentado desgra-
 “ cias. ” (7) “ Vuestros consuelos
 “ regocijan mi alma à proporcion
 “ de los dolores que he sentido en

(6] *Dani. cap. 4 v. 22.*

(7] *Psal. 89 v. 14.*

“ mi corazón. ” (8)

4. ° Las aflicciones nos hacen mas humanos, mas compasivos, mas sensibles à los males de nuestros hermanos. No es entre los grandes, entre los que han gozado de una prosperidad constante, que se hallan los corazones tiernos y caritativos; es entre los que han probado los mismos sufrimientos, de que son testigos. De este recuerdo se servia Dios para inspirar à los judios la caridad y la humanidad. “ Tratad
 “ à los esclavos con dulzura, les
 “ decia Moyses, por que vosotros
 “ mismos habeis sido esclavos en
 “ Egipto. Acoged à los extrangeros,
 “ pues vosotros mismos fuisteis ex-
 “ trangeros entre los egipcios. Ali-
 “ viad à los pobres, à las viudas,
 “ à los huérfanos; acordaos que Dios
 “ os ha sacado de la miseria à que
 “ estuvisteis reducidos en Egip-
 “ to. ” (9)

San Pablo daba à los cristianos la misma leccion: “ acordaos de los
 “ prisioneros, como si vosotros mis-
 “ mos estuvierais en las cadenas: de
 “ los que sufren, por que vosotros

(8) Psm. 93 v. 19.

[9] Deut. cap. 5 vv. 15, 16, 24.

“ teneis como ellos un cuerpo mor-
 “ tal y sugeto al dolor. ” (10) Los
 primeros fieles que se sentian ex-
 puestos todos los dias à la persecu-
 cion, à la pérdida de sus bienes,
 à la cautividad, à los tormentos, à
 la muerte, fueron modelos de cari-
 dad. “ Nosotros conocemos, decia
 “ S. Clemente, hombres que se han
 “ hecho prisioneros por libertar à
 “ sus hermanos; otros que han ven-
 “ dido su libertad y han empleado
 “ el precio en alimentar à los po-
 “ bres. ” (11) En una peste cruel
 que affligió muchas provincias del
 imperio, mientras que los paganos
 huían, y abandonaban sus enfermos,
 los cristianos se consagraban al ser-
 vicio de los apestados (12). “ Ben-
 dito sea Dios padre de nuestro Se-
 ñor Jesucristo, padre de misericor-
 dias y Dios de todo consuelo, que
 nos sostiene y ayuda en todas nues-
 tras tribulaciones, à fin de que noso-
 tros mismos podamos consolar à los
 que sufren, haciéndoles la misma
 exhortacion que Dios nos hace ” [13].

(10) *Heb. cap. 13 v. 3.*

[11) *Epist. S. Clem. n. 7.*

(12) *Euseb. hist. lib. 7 cap 22.*

(13) *2 Corin. cap. 1 v. 3.*

Esta es reflexion de S. Pablo. Así Dios nos inspira la caridad, haciéndonos probar la necesidad de esta virtud.

5. ° La virtud siempre feliz sobre la tierra no seria bastante pura, bastante esenta de todo interés temporal; atacada por el infortunio, Dios nos hace conocer que nuestra recompensa no está en este mundo, que nos reserva una dicha mas perfecta que la que se puede gustar en la tierra: un justo affigido es el mas grande espectáculo que Dios puede dar al mundo. “ El Señor, dice un escritor sagrado, permitió que Tobias fuese affigido por la pobreza y por la pérdida de su vista, para dar à la posteridad un ejemplo de su paciencia, como de la del Santo Job.... Por que eras agradable à Dios, le dice el Angel del Señor, ha sido necesario que la tribulacion te probase [14]. Esta verdad ha venido à ser mucho mas sensible despues que el mismo Hijo de Dios nos ha dicho que fué necesario que el Cristo padeciese, para entrar en su gloria. ” [15] “ Regocijaos dice S.

(14) Tob cap. 3 v. 2--cap. 12 v. 13.

(15] Lucæ. cap. 24 v. 26.

“ Pedro, à los fieles, cuando par-
 “ ticipais de los sufrimientos de Je-
 “ sucristo, à fin de que vuestra ale-
 “ gria sea mas completa, cuando él
 “ haga brillar su gloria á vuestros
 “ ojos. ” (16)

6. ° Por una admirable sabi-
 duria, se sirve Dios algunas veces
 de acontecimientos, que nos parecen
 los mas funestos, para procurarnos
 una felicidad temporal que jamás
 habriamos esperado. Frecuentemen-
 te nos hallamos forzados à dar gra-
 cias à su providencia por las lágri-
 mas que nos ha hecho derramar,
 reconociendo, en fin, que en el pro-
 pio momento en que parecia tratar-
 nos con mas rigor, queria por la
 afliccion misma, conducirnos à la
 suerte mas dichosa. “ Vosotros te-
 “ niais el designio de hacerme mal,
 “ decia José á sus hermanos, Dios
 “ lo ha hecho refluir en mi venta-
 “ ja y en la vuestra. ” (17)

Dios no se contenta con ense-
 ñarnos estas verdades en sus divinas
 escrituras, nos las hace palpables
 por ejemplos sorprendentes.

(16) 1 Petri. cap. 4 v. 13.

(17] Gen. cap. 50 v. 20.

Job habia gozado por mucho tiempo de una prosperidad constante, y su virtud jamás se habia desmentido: le faltaba el último sello de la perfeccion, la prueba de la adversidad. Despues de haberle privado Dios de sus bienes y de sus hijos, le redujo à un estado de sufrimiento deplorable; lejos de darle algun consuelo, su esposa y sus amigos avivaban mas sus dolores. Job no perdió ni el valor, ni la confianza en Dios. “ Si recibimos los
 “ bienes de la mano del Señor ; por
 “ qué no recibiremos tambien los
 “ males ? El no me ha quitado sino
 “ lo que me habia dado; ha dispues-
 “ to lo que ha querido; que su santo
 “ nombre sea bendito. ” [18] No se le escapó ninguna palabra de impaciencia ni de murmuracion. “ Es
 “ verdad, decia él à sus amigos,
 “ que yo veo podrirse mi carne y
 “ que la vida está pronta à dejar-
 “ me; pero cuando Dios me la qui-
 “ tase, esperaria todavia en él. Le
 “ expondré mi conducta con since-
 “ ridad, y él mismo será mi salva-
 “ dor. ” (19)

[18) Job cap. 1.º v. 21. C. 2 v. 10.

(19] Job cap. 13 v. 14.

Su confianza no fué burlada: Dios tocado de una virtud tan pura y tan magnánima, dió à Job no solamente la salud, sinó el duplo de lo que habia perdido, una familia numerosa, una larga y feliz vegez. Si jamás hubiera probado la afliccion, su virtud habria sido menos perfecta, y su dicha menos completa: el rigor que Dios parece haber egercido con él, fué el origen de las bendiciones con que le colmó hasta el último momento de su vida (20).

José era el hijo más querido de Jacob; él tuvo la imprudencia de gloriarse de esto, y sus hermanos exasperados por la envidia, resolvieron quitarle la vida: un resto de humanidad les hizo tomar el partido de venderle à comerciantes Ismaelitas. Siendo esclavo en Egipto, gozó allí al principio de una suerte feliz. Su fidelidad para con su Señor y el horror que tuvo de cometer un crimen le hicieron parecer culpable; fué puesto en cadenas y encerrado en un calabozo. ¡ Y es este el premio que Dios reserva á la virtud? Si, cuando quiere hacerla brillar mas.

(20) *Job cap. 41 v. 10.*

Bien pronto la sabiduria, la prevision, los conocimientos superiores de José llegan à los oidos del Rey: es sacado de la prision, y viene à ser el primer ministro y el salvador del Egipto. Los hijos de Jacob, oprimidos por el hambre se ven obligados à ir à buscar víveres à ese reino, postrados à los pies del primer ministro, oyen salir de su boca estas palabras: “yo soi José, “ que vosotros vendisteis para el “ Egipto, y tiemblan de espanto. “ Nada temais, les dice este tierno “ hermano, ni os desconsoléis por “ haberme vendido para estas re- “ giones. Es Dios el que me ha en- “ viado aquí para conservaros. No “ es por vuestra prevision, sinó por “ la voluntad divina que yo he si- “ do trasportado à Egipto, para ser “ aquí el hombre de la confianza “ del Rey, el depositario de sú “ poder, el dueño absoluto de su “ reino. Volved acia mi padre, tra- “ edle con todo lo que poseeis, yo “ os colocaré en el país de Gesen, “ y os daré con que subsistais.” [21]
 ¿ Cual es el medio de que

[21) Gen. cap. 45 v. 5.

Dios se sirve para obrar esta feliz revolucion? Una doble falta: mucha predileccion de parte de Jacob, un poco de vanidad de parte de José, y ambas vienen à ser la causa de la felicidad de esta familia, y de un reino entero. Si José prisionero y en peligro de su vida, hubiera murmurado contra la providencia divina, y desesperado de su bondad ¿no habria sido culpable?

David destronado por su hijo, obligado à huír, perseguido de muerte, es insultado por uno de sus vasallos; los cortesanos indignados quieren hacer justicia: “ deteneos, les
 “ dice el piadoso Rey, dejadle con-
 “ tinuar; Dios es el que le envia à
 “ hacerme este ultrage ¿y le pre-
 “ guntaremos por qué? Mi mismo
 “ hijo que me debe la vida, ataca
 “ la mia ¿debo yo quejarme de la
 “ insolencia de un mal vasallo?
 “ Suframos que él cumpla los desig-
 “ nios de Dios. El Señor mirará
 “ quizá con piedad mi afliccion, me
 “ volverá sus beneficios por las mal-
 “ diciones que recibo hoi. ” (22)
 David no es engañado en su espe-

ranza; restablecido á su trono, hace gracia al temerario que lo habia ultrajado. El recuerdo de sus culpas, la justicia del castigo de Dios, inspiran á este Rey penitente la mansedumbre y la paciencia: Dios le recompensa por la victoria sobre el partido de los rebeldes y por un reino feliz.

La virtud de Tobias, su caridad para con sus conciudadanos cautivos, su valor en despreciar todos los peligros para tributarles los últimos deberes, eran conocidos: los libros santos hacen su elogio. Dios permite que él llegue á ser ciego y á veces reducido á la pobreza. ¡“ Ved
 “ aquí, le decian, su esposa y sus
 “ parientes, una bella recompensa
 “ de vuestras limosnas, un fruto
 “ maravilloso de vuestras esperanzas!
 “ Vosotros hablais mui mal, les re-
 “ plicaba Tobias, nosotros somos los
 “ hijos de los santos: debemos aguardar la dicha que Dios reserva á
 “ aquellos cuya fé jamás se des-
 “ miente.... Vos sois justo, Señor,
 “ todo lo que haceis es conforme á
 “ vuestra justicia soberana: vuestra
 “ misericordia, la fidelidad en vuestras
 “ promesas, vuestra equidad perfec-
 “ ta presiden á todos los aconteci-

“ mientos. Demasiado hemos mere-
 “ cido los castigos que nos habeis
 “ enviado; pero olvidad mis culpas
 “ y las de mis padres, disponed de
 “ mí segun vuestra santa voluntad:
 “ la muerte me seria preferible á la
 “ vida. ” (23) Movido Dios por
 esta resignacion, vuelve á Tobias el
 uso de la vista, colma á su hijo de
 riquezas, concede á ambos una lar-
 ga y feliz vegez y hace prosperar
 toda esta familia.

Sara, nuera de Tobias, habiã
 sido probada igualmente. Siete ma-
 ridos que se le habian dado succe-
 sivamente habian perecido al instan-
 te; se le acusaba de haberles quita-
 do la vida. Ella recurrió á Dios, y
 no se quejó sinó á él. “ Señor, Dios
 “ de nuestros padres, que vuestro
 “ nombre sea bendito: cuando es-
 “ tais irritado, todavía haceis mise-
 “ ricordia: cuando nos affigis, per-
 “ donais los pecados á los que os
 “ invocan. A vos solo recurro, librad-
 “ me del oprobio de que estoi cu-
 “ bierta, ó sacadme de este mundo.
 “ Vos sabeis, Señor, que yo jamás
 “ he deseado un esposo, y que he

“ conservado mi alma en la inocen-
 “ cia. Yo no he tomado alguna par-
 “ te en los placeres del mundo, ni
 “ me he asociado con personas li-
 “ geras y disipadas. He consentido
 “ en recibir un esposo, no por al-
 “ guna pasión, sino por el temor de
 “ desagradaros. O yo era indigna
 “ de los que se me habian dado, ó
 “ ellos eran indignos de mí, ó qui-
 “ zá me reservais para otro. Vues-
 “ tros designios son superiores á
 “ nuestras débiles luces; pero toda
 “ persona que os adora está cierta
 “ que si poneis su vida á prueba,
 “ la recompensareis; si la affigis, la
 “ salvareis; si la castigais, ella tiene
 “ por refugio vuestra misericordia.
 “ Jamás os complacéis en perdernos;
 “ despues de la borrasca, haceis rei-
 “ nar la calma, despues del luto
 “ y de las lágrimas, nos dais la
 “ alegría: Dios de Israel, que vues-
 “ tro nombre sea para siempre ben-
 “ dito.” (24) Dios, en efecto, le
 “ dá por esposo al Jóven Tobias, su
 “ inocencia es publicada por un An-
 “ gel del Señor, ella viene á ser el
 “ consuelo, y hace la felicidad de
 “ dos familias.

Meditando sobre esta conducta adorable de la providencia, Tobias el padre decia á Dios: “ Vos sois
“ grande en la eternidad, Señor,
“ vuestro imperio se extiende sobre
“ todos los siglos; castigais y sal-
“ vais, conducis al sepulcro y ha-
“ ceis salir de él: ninguno puede
“ sustraerse del poder de vuestro
“ brazo. Hijos de Israel, alabad al
“ Señor, adoradle á la faz de todas
“ las naciones: él os ha dispersado
“ entre pueblos que no le conocen,
“ para que les refirais los prodigios
“ que ha obrado y les enseñeis que
“ no hai otro Dios que él. Nos ha
“ castigado por nuestros pecados;
“ nos salvará por su clemencia. Con-
“ siderad lo que ha hecho por noso-
“ tros, alabadle con un temor res-
“ petuoso, mostrad por vuestras obras
“ que servis al dominador del uni-
“ verso. Yo continuaré adorándole
“ en mi misma cautividad, por que
“ ha hecho brillar su poder sobre
“ una nacion culpable. Volveos pues
“ á él, pecadores afligidos, entrad en
“ los caminos de la justicia, y es-
“ tad ciertos que probareis su misé-
“ ricordia. En cuanto á mí, no
“ buscaré consuelo sinó en él; que
“ todos sus escogidos se reunan con

“ migo para bendecirle, que ellos
 “ se entreguen á la confianza y á
 “ la alegría.” (25)

Dios nos hace siempre milagros para manifestarnos su bondad paternal cuando nos aflige; pero si estuviéramos mas atentos á los diversos acontecimientos de nuestra vida, reconoceríamos que aquellos de que hemos gemido mas amargamente, son de ordinario los que despues nos han dado mas consuelo, que Dios ha hecho convertir en nuestro provecho las desgracias de la naturaleza y de la fortuna, las injusticias y el ódio de nuestros enemigos, nuestra propia imprudencia, nuestros errores y nuestros defectos; de lo que parecia deber obrar nuestra pérdida, ha sacado el Señor nuestra dicha.

Tal es la doctrina de S. Pablo. El nos enseña, como el libro de Tobias, que cuando Dios nos castiga, tenemos por refugio su misericordia. Despues de haber reprendido á los Corintios comuniones indignas, les hace notar que muchos han sido castigados. “ Por esto es, dice, “ que muchos entre vosotros están “ enfermos, lánguidos y mueren. Si

“ nos juzgaramos á nosotros mismos,
 “ no seriamos así juzgados; pero
 “ cuando es Dios el que nos juzga,
 “ lo hace para corregirnos, para que
 “ no seamos condenados con este
 “ mundo.” (26)

Cuando nos concede en la tierra sus beneficios, no es con el designio de privarnos de sus recompensas eternas: las bendiciones temporales que prometia á los Patriarcas, en nada disminuían los bienes que les reservaba en la otra vida; despues de haber asegurado á Abraan que le colmaria de prosperidades sobre la tierra (27) le dice tambien: “ yo mismo seré vuestra mas grande recompensa.” (28) Su bondad no conoce medida ni límites: ella se extiende, dice el Profeta, de una eternidad á otra. Pero su justicia es exacta y medida: ella no sé venga dos veces, á menos que, por una obstinacion inflexible, el culpable no se rebele todavía contra el castigo, y persevere en la impiedad hasta la muerte. Desde que se humilla, Dios le perdona: tal es la

[26] 1 ad Cor. cap. 11 v. 30.

[27] Gen. cap. 12 v. 2.

(28) Gen. cap. 15 v. 1.

doctrina constante de los libros santos.

Pero Dios, cuyo poder es infinito, cuya bondad es inagotable, cuya gracia es mas fuerte que nuestra resistencia, podria preservarnos de todo pecado, afirmarnos para siempre en la virtud, hacernos santos y perfectos--¿ por qué permite que seamos tan frágiles y le ofendamos con tanta frecuencia?

El lo permite á causa de su poder y de su misma bondad, por que sabe sacar de nuestras faltas nuevos medios de santificacion y de salud: lo permite por los mismos motivos por que nos affige. Tal es tambien el misterio que él mismo nos descubre en sus santas escrituras.

1.º Si jamás pecáramos, su misericordia estaria sin ejercicio, y Dios jamás es mas grande que cuando perdona. “ Vos teneis compacion de todos, Señor, por que sois todopoderoso; nos tratais con bondad, por que sois el soberano Señor de todos.” Así se expresa el libro de la Sabiduria (29). Si Dios tuviese necesidad de nuestras virtudes, de nuestra fidelidad, de nuestros servicios, nos habria criado

(29) Sap. cap. 1.º vv. 24, 27.

sin duda mas constantes en el bien, mas reconocidos, mas perfectos; pero nuestros pecados no dan golpe alguno á su dicha, y nuestras buenas obras nada pueden añadir á ella. No hai reflexion que nos haga conocer mejor la grandeza y la bondad de Dios que pensar, como puede conservar, amar, colmar de beneficios criaturas tan viles y tan indignas como somos nosotros.

Los hombres se veagan, por que ofendiéndolos se turba su reposo y su bienestar; Dios castiga sin interés, por puro amor del orden, por que es la misma santidad. “ Sed santos, dice á su pueblo, por que yo soi Santo, yo que soi vuestro Señor y vuestro Dios.” (30) El nos ha dado la libertad de hacer á nuestra eleccion el bien ó el mal, para dejarnos el mérito de la virtud; si ella no fuese voluntaria y libre, no seria digna de alguna recompensa. Nosotros querriamos llegar á la soberana felicidad sin que nos costara nada, sin tener pasiones que vencer, tentaciones que resistir, caidas que llorar; Dios no lo quiere así, y juzga mas sabiamente que

(30) Lev. cap. 11 vv. 44, 45.

nosotros. ¿Tememos ser muy dependientes de su misericordia, y deudores á su bondad, de una dicha eterna muy gratuita? Pues que quiere hacernos felices, con tal que nosotros mismos lo queramos, habria ingratitud en disputar contra él sobre los medios de que quiere servirse. La recompensa que nos prepara será otro tanto mas grande, cuanto hubieremos tenido mas asaltos que sostener para merecerla.

“ Las penas de esta vida, dice S. Pablo, no tienen proporcion con la gloria que Dios nos reserva para el siglo futuro. ” (31)

Cuando pensamos que seria mejor que fuésemos incapaces de pecar nos engañamos; Jesucristo nos asegura que los ángeles de Dios tienen mas alegría por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan de ella. (32)

2.º No hai instruccion mas eficaz que la que sacamos de nuestros propios defectos. Semejantes á niños temerarios é indóciles, nos aprovechamos poco de los consejos,

[31) *Rom. cap. 8 v. 18.*

(32) *Luc. cap. 15 v. 7.*

de las lecciones, de las reprehensiones de los otros; nuestras caídas nos corrigen mejor, por que nos humillan. “¿Qué conocimiento, dice el “Eclesiástico, puede tener el que “no ha sido probado, ni qué puede saber? La experiencia es el mejor de todos los maestros (33). Hijo mio, en toda vuestra vida, poned vuestra alma á prueba, y si ella es llevada al mal, no deis á sus inclinaciones el imperio sobre vos mismo.” (34) Dios se sirve de nuestros pecados para hacernos conocer nuestras pasiones dominantes, los peligros que nos rodean, los lazos que nos tiende el enemigo de la salvacion, las precauciones que debemos tomar, los objetos de que debemos separarnos. Nosotros somos mui inclinados á lisongearnos, á creernos mejores de lo que somos, á presumir de nuestras fuerzas, á contar sobre nuestra prudencia. Esta enfermedad seria incurable, si caídas frecuentes no nos hicieran conocer de lo que somos capaces, y no nos enseñasen á desconfiar de nosotros

(33) *Ecli. cap. 34 vv. 9, 10, 11.*

(34) *Ecli. cap. 37 v. 30.*

mismos. El Apóstol S. Pablo, su-
geto á tentaciones violentas, habia
pedido á Dios que le libertase de
ellas; el Señor le respondió: “ mi
“ gracia os basta, la virtud se per-
“ fecciona por la debilidad. Yo me
“ gloriaré, pues, gustoso de mis en-
“ fermedades, continúa el mismo
“ Apóstol, para que la fuerza de
“ Jesucristo habite en mí.” [35]

3.º ¿ Qué motivo hai mas ca-
paz de excitar en nosotros el amor
divino que el reconocimiento? “ Ame-
“ mos á Dios, nos dice S. Juan,
“ por que él nos ha amado prime-
“ ro.” (36) ¿ Y puede manifestar-
nos un amor mas generoso que per-
donarnos nuestras culpas? Segun
la máxima de Jesucristo mismo,
aquel á quien Dios ha perdonado un
gran número de pecados, le ama mas
que aquel que no ha tenido nece-
sidad de una tan grande indulgen-
cia [37]. San Pablo recordaba
frecuentemente á los primeros fieles
los desórdenes en que estaban su-
mergidos antes de su conversion,
para hacerles comprender mejor el

(35) 2 Cor. cap. 12 v. 9.

(36) 1 Joan. cap. 4 vv. 3, 19,

(37) Luc. c 7 v. 47,

precio de la gracia que Dios les habia concedido llamándolos á la fé, y al conocimiento de Jesucristo (38). Dios, dice él, ha dejado caer á todos los pueblos en la incredulidad para ejercer su misericordia con todos (39).

Nosotros no conocemos, la dicha de la inocencia, sinó cuando hemos tenido la infelicidad de perderla, ni el precio de la gracia divina, sinó cuando nos hemos privado de ella por nuestra culpa. Recaidas habituales en los mismos defectos nos hacen concebir, en fin, que lo que puede haber bueno en nosotros, no viene de nosotros, sinó de la gracia; que si nos sucede sostenernos durante algun tiempo, á ella sola lo debemos; que no tenemos motivo alguno para gloriarnos; que Dios solo es nuestra fuerza, nuestro apoyo; que nuestra salvacion debe ser un puro efecto de su misericordia. Por una conviccion fundada sobre su propia experiencia, S. Pablo y S. Agustin han sido los predicadores por excelencia de la gracia de Jesucristo: nosotros no comprendemos per-

(38) 1 Cor. cap. 6 v. 11.

(39) Rom. cap. 11 v. 32.

fectamente la verdad de sus reflexiones, sinó cuando nos hallamos en el mismo caso.

4.º La memoria de nuestras propias culpas nos hace mas indulgentes por las de los otros; perdonamos mas facilmente, cuando conocemos la necesidad en que estamos de ser perdonados. Entonces vemos la sabiduria y la justicia de la regla que Dios ha establecido, cuando nos ha dicho por boca de nuestro Divino Maestro: “amad á vuestros enemigos, hacedles bien, prestadles sin interés; vuestra recompensa será grande. Vosotros sereis los hijos del Altísimo, que hace bien á los ingratos y á los pecadores. Sed, pues, misericordiosos, como vuestro padre celestial lo es. No juzgueis, y no sereis juzgados; no condeneis, y no sereis condenados; perdonad, y sereis perdonados; vosotros sereis medidos, como hubieseis medido á los otros.” (40)

Cuando censuramos á nuestros hermanos con mucha severidad, nos quejamos de sus defectos, exageramos sus desvios, Dios se halla con de-

(40) *Mat. cap. 7 v. 1.º*

recho para dirigirnos esta sentencia terrible: “ siervo malo, yo te he perdonado todas tus deudas, por que me lo suplicaste; ¿ no debias tú tener piedad de tu semejante, como yo la he tenido de tí? ” (41)

5. ° ¿ Quien ha hecho los mas grandes servicios á la Religion y á la Iglesia? Santos á quienes Dios habia perdonado grandes culpas. Ninguno ha tenido por Jesucristo un amor mas ardiente que S. Pedro, por que se acordaba de haberle negado. Cuando S. Pablo recordaba que habia perseguido á los discipulos del Salvador, se creía otro tanto mas obligado á sacrificarse por la salvacion de sus hermanos. Yo doi gracias, decia, á Dios que me ha fortificado en Jesucristo Nuestro Señor, de que ha contado sobre mi fidelidad encargándome el santo ministerio, á mí que he sido al principio blasfemo, perseguidor, y de un carácter violento; pero yo he recibido misericordia, por que he obrado por ignorancia en la incredulidad (42). El recuerdo que David

(41) *Mat. cap. 18 v. 32.*

(42) *Tim. cap. 1 v. 12.*

conservó siempre de sus crímenes,
 le inspiró en todo el resto de su
 vida un reconocimiento sincero para
 con Dios, una sumision perfecta á
 sus órdenes, una confianza entera
 en su bondad. "Así, dice S. Pa-
 blo, todas las cosas se convierten
 en bien para los que aman á
 Dios." (43)
 "¡Qué! réplica el mismo Após-
 tol, ¿nos entregaremos al pecado
 para hacer triunfar la gracia? No
 lo permita Dios. Despues que he-
 mos muerto al pecado, ¿cómo
 viviremos todavía en él? (44)
 Habiéndonos levantado de la en-
 fermedad, seria un razgo de locu-
 ra recaer en ella de propósito pa-
 ra experimentar de nuevo la sa-
 biduria y habilidad del médico.
 Por que Dios nos perdona, esta-
 mos mas obligados á amarle; un
 corazon bien formado no ultrajará
 á sangre fria á un padre, ó á un
 amigo, por que ellos son buenos
 é indulgentes. La bondad infini-
 ta de Dios, su misericordia, su
 paciencia, son un motivo de de-

(43) Rom. cap. 8 v. 28.

(44) Rom. cap. 6 v. 1.

“ testar el pecado, y no de perse-
 “ verar ó de recaer en él.”

“ ¡ Despreciareis, añade también
 “ S. Pablo, las riquezas de la bon-
 “ dad, de la paciencia, de la mi-
 “ sericordia de Dios ? ¡ Ignorais que
 “ su clemencia misma debe lleva-
 “ ros á la penitencia ? ” (45)

Ser insensibles á nuestras cul-
 pas, contando siempre sobre el per-
 don es un exeso reprehensible; y lo
 es también gemir sin cesar sobre
 nuestras miserias, desolarnos y des-
 mayar. Levantarnos de nuestras cai-
 das, esperar en la clemencia divina,
 contar sobre la gracia y no sobre
 nosotros mismos, es la verdadera sa-
 biduria y la verdadera penitencia.
 Debemos temer que un fondo de
 tristeza, causada por la vista de
 nuestras imperfecciones y de nues-
 tras culpas, no venga de un motivo
 secreto de amor propio; quizás nos
 molestamos menos de desagradar á
 Dios, que de no podernos compla-
 cer á nosotros mismos. Por un exeso
 de delicadeza, nos parece que con
 una naturaleza tan frágil, nos costa-
 rá mucho merecer el Cielo.

(45.) Rom. cap. 2 v. 4.

“ Jesucristo, decia S. Pablo, “ será glorificado en mí ya por la “ vida, ya por la muerte. ” (46)
 Nosotros podemos decir en otro sentido, Dios será glorificado en mí ya por mis virtudes, ya por mis defectos. Si yo he tenido la desgracia de ofenderle, él hará consistir su gloria en perdonarme, en vencer, por la fuerza de su gracia, la resistencia de una criatura rebelde y violentamente arrastrada al mal: si yo soi bastante feliz para perseverar en la práctica de la virtud, á él le corresponde toda la gloria, pues que yo nada puedo por mí mismo. ¿ Por qué entonces afligirme de mi suerte ? Yo estoi en las manos de Dios, mi criador, mi bienhechor, mi salvador que sabe sacar el bien del mal, la luz de las tinieblas, prodigios de santidad de una naturaleza frágil y corrompida. Marchemos con valor y con una entera seguridad bajo su gobierno adorable: su bondad es igual à su poder; el mayor obstáculo que yo podria poner á mi salvacion igualmente que à mi reposo, seria desconfiar del amor que me tiene. “ No

“ perdais, dice S. Pablo á los fie-
 “ les, no perdais vuestra confianza
 “ á la cual está vinculada una gran-
 “ de recompensa. ” [47]

CAPITULO IV.

Modo con que Dios ha castigado el pecado en las diversas edades del mundo; razgos de misericordia que resplandecen hasta en sus castigos.

CRIANDO Dios á nuestros primeros padres, los habia colmado de sus beneficios: no solo los formó á su imágen, sinó que adornó su alma con los dones mas preciosos. Dióles la inteligencia, el conocimiento y el sentimiento del bien y del mal, el amor de la virtud; gravó su ley en sus corazones, los enseñó como un padre instruye á sus hijos; acercó á ellos la luz de sus ojos para hacerles conocer la magnificencia de sus obras; destinó á su uso todas las cosas que hay en la tierra y dióle potestad sobre ellas. (1)

(47) Heb. cap. 10 v. 35.

(1) Eccl. c. 17. v. 1. °

Colocados en un lugar delicioso, tenían no solamente con que satisfacer todas sus necesidades, sinó tambien lo que mejor pudiera lisonjear sus sentidos: ¿ qué faltaba á su dicha ?

Dios pone su obediencia á prueba y les prohíbe tocar en un fruto. Por la seducción del espíritu tentador, se apoderan de ellos la curiosidad, la ambición, el espíritu de independencia y violan la prohibición. El crimen era grande; el castigo fué terrible. Dios los condena al trabajo, á la indigencia, á las enfermedades, á la muerte; su posteridad sufre todavia esta formidable sentencia. Pero segun la expresion de un Profeta, aun cuando Dios está irritado, se acuerda de su misericordia (2). Maldiciendo al tentador oculto bajo la forma de la serpiente, le anuncia que la raza de la muger, ó mas bien uno de sus descendientes le quebrantaria la cabeza (3). La Iglesia judaica y la cristiana siempre han entendido, por esta prediccion, que el Mesias Redentor del mundo destruiria el imperio del demonio, Jesucristo es por

(2) *Habac. c. 3. v. 2.*

(3) *Gen. c. 3. v. 15.*

excelencia el hijo de la muger, pues ha nacido de una Vírgen sin obra de algun hombre: quebrantó por su muerte la cabeza á la serpiente, clavó en la Cruz, dice San Pablo, el decreto de nuestra condenacion, lo hizo revocar por la justicia divina (4), y se cargó de la maldicion pronunciada contra nosotros (5).

Dios, dice San Leon, cuya naturaleza es la bondad misma, cuya voluntad es omnipotencia, cuyas operaciones todas son un efecto de misericordia, en el mismo momento que el demonio nos dió la muerte por el veneno de su envidia y de su malignidad, nos manifestó el remedio que su clemencia preparaba para darnos la vida. Declaró á la serpiente que su cabeza altiva y venenosa habia de ser despedazada por un vencedor que naceria de la muger. De este modo designaba á Jesucristo, Dios y hombre revestido de nuestra carne, que nacido de la Santa Vírgen, ha derribado por su nacimiento puro y sin mancha al enemigo del género humano. Así, por miras superiores

(4) Colos. c. 2. v. 14.

(5.) Gal. c. 3. v. 13.

á nuestras luces, Dios, que no se muda, y cuya bondad jamas es sin efecto, llenó por un misterio impenetrable su primer designio; y no quiso que contra su intencion el hombre arrastrado al pecado por la perfidia del demonio, se perdiese para siempre (6).

La promesa del perdon fué, pues, tan pronta como el mismo castigo del primer pecado; no hubo intévalo alguno entre la sentencia y la reconciliacion. Desde ese momento los méritos del Redentor prometido han sido la fuente de las gracias que Dios no ha cesado de derramar sobre el hombre culpable y sobre su posteridad.

Jesucristo, segun San Juan, es el cordero inmolido desde el principio del mundo (7). Él es la verdadera luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo; (8) segun San Pablo, es el Salvador de todos los hombres y principalmente de los fieles (9). Segun San Agustin, es el sol que brilla sobre todo

(6) *Serm. 2. de nativ. Dom.*

(7) *Apot. c. 13. v. 8.*

(8) *Joan. c. 1. v. 9.*

(9) *Tim. c. 4. v. 10.*

el universo, y ninguno es privado de su calor benéfico (10).

No preguntemos mas por que Dios infinitamente bueno, árbitro para prevenir la caída del primer hombre, le dejó no obstante la libertad de pecar y de arrastar á todo el género humano en su condenacion. Dios sabia, dice San Agustin, que de esta raza débil é infecta por el pecado, pero socorrida por la gracia divina, se verian brotar ejemplos de virtudes heroicas, y que la gloria de que los Santos serian cubiertos vengaria nuestra naturaleza de la victoria que el demonio habia conseguido sobre ella (11).

En el estado de inocencia el hombre habria podido ser virtuoso sin esfuerzo y casi sin mérito; Dios ha querido que la virtud sea penosa para hacernos dignos de una corona mas brillante y de una felicidad eterna mas perfecta. El Apóstol San Pablo comparando los efectos del pecado original, con la redencion de Jesucristo, nos enseña que por esta hemos sido ampliamente indemnizados de nues-

(10) *Lib. de pec. orig. cap. 25.*

(11) *De civ. Dei. lib. 14. c. 27.*

tras pérdidas. “No sucede, dice, con la gracia como con el pecado; porque si por el pecado de uno solo, muchos han muerto, la misericordia y el don de Dios se han derramado mas abundantemente sobre muchos por la gracia de un solo hombre que es Jesucristo: en donde habia abundado el pecado, ha sobreabundado la gracia” (12) En el mismo espíritu exclama la Iglesia con un santo transporte: *¡ feliz culpa que nos ha valido un tal Redentor !*

No debemos ver el pecado original y sus consecuencias solamente como un misterio de la justicia de Dios, y como un ejemplo sorprendente de la severidad de sus sentencias; no es menos un misterio de su bondad y de su misericordia. Aqui, segun la expresion del Real Profeta, la misericordia de Dios y la fidelidad en sus promesas se han encontrado, la justicia y la paz se han abrazado (13). Desde ese momento ellas no han cesado de obrar de concierto, jamas se ha mostrado la una sin la otra.

Segun la observacion de San Juan.

(12) Rom. c. 5. v. 15, 20.

(13) Psalm. 84, v. 11.

Crisóstomo, Dios, condenando á nuestros primeros padres, no se enardece con reprensiones é invectivas contra ellos; descarga su cólera sobre la serpiente, la maldice; pero tiene piedad del hombre: aun haciendo la función de juez y de vengador, lisonjea á los culpables (14). Los Padres de la Iglesia han estado persuadidos que Dios, condenando á Adán á una pena temporal, le habia remitido la pena eterna en vista de los méritos del Redentor que le acababa de prometer.

En lugar de fijar nuestras miradas sobre la felicidad de que gozaba el hombre inocente, es necesario elevarlas ácia la gloria inmortal que Jesucristo nos ha merecido, gloria bien superior á la que Dios destinaba á nuestro primer padre. En lugar de sentir lo que hemos perdido, bendeciremos á Dios por lo que hemos recuperado; lejos de allar allí un motivo de desconfianza y de temor, no veremos sinó un motivo de reconocimiento y de fuerza. En el modo con que Dios habia tratado al hombre en la creacion, admiramos la liberalidad y la magnificencia de un

(14) *Homil. 23. in epist. ad Rom.*

obrero poderoso que se complace en adornar su obra. En la sentencia que pronuncia despues del pecado, vemos la ternura de un padre que preveia con dolor la suerte de sus hijos culpables, que aun castigándolos les perdona, que quiere que el castigo sirva para curarlos, y para hacerlos mas dignos de su afecto: ¿Cual de esos dos cuadros es mas consolador para nosotros? Si por el pecado de uno solo, dice San Pablo, ha reinado la muerte, con mas fuerte razon los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia reinarán en la vida por Jesucristo solo (15). Mas, la satisfaccion de este divino Salvador es tan antigua como el pecado: “él es, dice San Juan, la víctima de propiciacion por nuestros pecados; no solo por los nuestros, sino por los del mundo entero: el primer pecador no ha sido exeptuado” (16). Su sangre ha pedido, pues, gracia á la justicia divina en el instante mismo que ella se irritaba contra el pecado.

En toda la Escritura Santa no vemos á ninguno de los autores sagra-

(15) *Rom. c. 5. v. 17.*

(16) *Joan. c. 2 v. 2.*

dos sentir el primer estado del hombre ¿ pero con qué fuerza no ha exaltado San Pablo las ventajas de la redencion de Jesucristo y su triunfo sobre las potestades de las tinieblas ? “ Él ha arrebatado, dice, los despojos de esas potestades enemigas, y las ha arrastrado en triunfo en pos de sí, como un vencedor á la faz del universo (17).” Isaías lo habia predicho del mismo modo: “ él dividirá los despojos de los fuertes, por que ha entregado su alma á la muerte ” (18): y Jesucristo se ha aplicado esta profecia en el evangelio (19). Su victoria sin duda no ha sido imperfecta para que el enemigo de la salvacion pueda todavia aplaudirse de la que consiguió sobre el género humano en la persona de Adan.

Los padres de la Iglesia han tenido el mismo lenguaje. “El remedio concedido al género humano, dice San Agustín, es mas grande que lo que podemos imaginar. Nada se puede añadir á este razgo de la bondad divina. Por la Encarnacion ha demostrado Dios de que precio es el

(17) *Ad Colos. c. 2. v. 15.*

(18) *Isai. c. 53. v. 12.*

(19) *Luc. c. 11. v. 2.*

nombre en comparacion de las otras criaturas, y ha quitado á los ángeles rebeldes todo motivo de ensoberberse ; O precio inestimable del hombre perdido ! Que el universo rescatado por la sangre de un Dios y purificado por el bautismo exclame: mi pecado es grande, pero vuestra redencion, Señor, es todavia mas grande. Que el enemigo de la salvacion deje de triunfar; Jesucristo nuestro Salvador ha sido clavado en la cruz para espiar el crimen del mundo entero (20).”

Cuando Dios ha castigado el pecado en la serie de los siglos, lo ha hecho de ~~la misma manera, como padre mas bien~~ que como juez, para salvar los culpables y no para perderlos. De los dos primeros hijos de Adan, el uno tiene envidia al otro, forma el designio de atentar á la vida de un hermano cuya virtud y felicidad no puede sufrir: Dios, para calmar su zelo, le promete recompensarle de todo el bien que hiciere, y le amenaza con el castigo si comete un crimen. Pero la pasion es sorda á la voz del mismo

(20) *Agus. de agone Chti. c. 11. Serm. 3. de Verb. Apost. C. 13. De Trinit. L. 13. c. 17. Serm. 122 de tempor.*

Dios; el envidioso Cain da la muerte al justo Abel. Dios irritado le reprende su crimen, le carga de su maldicion: “la voz de la sangre de tu hermano me pide venganza contra tí; le dice, tú serás maldito, errante, vagabundo, reducido á la indigencia sobre esta tierra que has manchado con la sangre de tu hermano. Cain, herido de terror, exclama: mi crimen es muy grande para que me sea perdonado: objeto del odio de Dios y de los hombres, yo seré muerto por el primero que me encuentre. ¿ Quien creeria que Dios se dejase tocar por este grito de desesperacion? No, le dice el Señor; si alguno se atreve á atentar á tu vida, será castigado mas rigorosamente que tú: yo voi á imprimirte un signo que pondrá tu vida en seguridad” (21). De este modo se digna de asegurar á un malhechor que merecia la suerte á que él mismo se condenaba.

¿ Qué crimen podrá, pues, juzgarse inespiable? ¿ Qué pecador se verá reducido á desesperar del perdon, si quiere hacer penitencia? ¡ Ai de mi ! Esta indulgencia divina era necesaria á hombres tan sujetos á de-

(21) Gen. c. 4. v. 10.

¡arse dominar por pasiones ciegas; Dios lo sabia. Los malhechores serian cien veces mas temibles si estuvieran persuadidos que no hai mas gracia para ellos desde que una vez se han entregado al crimen. Empero Dios ha prometido tener piedad de ellos cuando se conviertan á él, perdonarles sus culpas, darles el medio de espiarlas por reparaciones, sufrimientos, buenas obras (22). No es posible desconfiar de estas promesas, cuando las vemos confirmadas por la conducta que Dios ha observado con los criminales mas dignos de toda la severidad de su justicia.

Los hombres, á la verdad, no han cesado de despreciarla. Apenas se multiplicaron sobre la tierra cuando se entregaron á los mas vergonzosos desórdenes. La Escritura Santa nos dice que su malicia era extrema, que todos sus pensamientos estaban vueltos al mal, que toda carne habia corrompido su camino. Dios, semejante á un padre que siente haber dado al mundo hijos de un tan mal carácter, resolvió esterminarlos por un diluvio universal; pero él quiso concederles todavia ciento veinte años de dila-

(22) *Exeq. c. 18. v. 21.*

cion para darles tiempo de entrar en sí mismos (23). Noé, único justo que hubo sobre la tierra, halló gracia delante de Dios, y fué salvo. Dios le ordenó construir una árca para conservar allí su familia con las diferentes especies de animales. La construccion de este edificio, que duró mas de un siglo, era para los pecadores una advertencia de que hiciesen penitencia y desarmasen la cólera del Señor. Esta larga paciencia de su parte fué todavía inútil; ninguno supo aprovecharse de ella: Dios envió en fin el diluvio, é hizo perecer toda esa raza de prevaricadores. Pero los Padres de la Iglesia nos enseñan que las aguas del diluvio, haciendo perecer á los cuerpos, purificaban las almas de muchos culpables, y que este castigo terrible era un efecto de la misericordia divina. (Este es el sentimiento de San Clemente Alejandrino, de Orígenes, de San Juan Crisóstomo, de San Hilario, de San Gerónimo etc.) su opinion está apoyada sobre el texto formal del Apostol San Pedro (1 Petri. c. 3. v. 20. c. 4. v. 6.)

Cuando las aguas se retiraron y Noé salió del árca, quiso Dios qui-

(23) Gen. c. 6. v. 3.

tarle á él y á sus hijos el temor de ver jamás renovarse un acontecimiento tan terrible. “Yo no maldeciré mas la tierra, dice el Señor, á causa de los crímenes de sus habitantes; el espíritu y el corazón del hombre son inclinados al mal desde su juventud, yo no destruiré mas las criaturas vivas para castigarlas. Cuando yo cubra el cielo de nubes, el arco en el cielo servirá de señal para asegurar á los hombres y hacerles acordar de la promesa que hago de no exterminarlos mas” (24). Pero si Dios no hubiese suprimido las aflicciones de esta vida, sinó para castigar eternamente en la otra, esta promesa lejos de ser un efecto de bondad, seria el signo de la cólera mas espantosa. Después de haber perdonado para la eternidad crímenes tan abominables, como eran los de los primeros hombres, ¿tendrá menos facilidad para olvidar faltas ligeras, negligencias en su servicio, imperfecciones inseparables de la humanidad? Si él castiga á pesar suyo malhechores que han despreciado su cólera por siglos enteros, ¿podemos creer que reprobará para siempre almas infinitamente menos

(24) *Gen. c. 8. et 9.*

culpables, que lloran amargamente sus caídas y sus debilidades?

Dios predice al Patriarca Abraan que destruirá á los habitantes de la Palestina por sus crímenes, que pondrá en posesion de esa comarca la posteridad de este Santo hombre; pero que esto no sucederá sinó en cuatrocientos años, por que las iniquidades de los Amorreos aun no habian llegado á su colmo (25). Juzguemos por esta dilacion de cuatrocientos años, con qué paciencia aguarda Dios á los pecadores, y con qué designio los amenaza desde tan lejos. Véase ahora una reflexion del autor del libro de la sabiduría. “; O cuan benigno y suave es, ó Señor, tu espíritu en todas las cosas! De aqui es que á los que andan perdidos tú los castigas poco á poco; y les amonestas y les hablas de las faltas que cometen, para que dejada la malicia, crean en tí, ó Señor. Por que tu miraste con horror á los antiguos moradores de tu tierra santa.... por ser hombres débiles les tuviste compasion Pudiste esterminarlos con una sola severa palabra tuya; pero castigándolos poco á poco, dabas lugar á la penitencia; bien que

(25) Gen. c. 15. v. 16.

no ignorabas cuan malvada es su casta y cuan natural su malicia, y que no se mudarian jamás sus ideas corrompidas Siendo como eres justo, dispones, ó Señor, todas las cosas justamente; y crees ajeno de tu poder condenar á aquel que no merece ser castigado todavía. Tu poder es el principio, ó fuente de la justicia; y por lo mismo que eres el Señor de todas las cosas, eres con todos indulgente Como tú eres el Soberano Señor de todo juzgas sin pasion, y nos gobiernas con moderacion suma; teniendo siempre en tu mano el usar del poder cuando quisieres. Por esta tu conducta has enseñado á tu pueblo que el justo debe tambien ser humano, y has dado á tus hijos buenas esperanzas, viendo que cuando los juzgas por sus pecados dejas lugar á la penitencia. Pues si á los enemigos de tus siervos, y á reos de muerte, los castigaste con tanto miramiento, dándoles tiempo y comodidad para que se arrepintiesen de su malicia; ¿ con quanto cuidado juzgarás á tus hijos, á cuyos padres hiciste con juramentos y pactos grandes promesas ? (26).

No tendremos la temeridad de añadir nada á las reflexiones del escritor sagrado; cualquiera que no sea conmovido por ellas, tampoco lo sería por ninguna consideracion: ¿ se puede decir cosa alguna mejor para exitar la esperanza en Dios, y la confianza en su misericordia ?

No se nos censurará de seguir aquí los designios de este piadoso autor, de ostentar como él los exesos de la bondad de Dios para con los pecadores; no solo para animarlos á la confianza, sinó para enseñarles que *es necesario ser justo é inclinado á la dulzura*. Si él no temia que sus lecciones produjesen un mal efecto sobre los judíos; nosotros tememos menos que ellas sean perniciosas á los cristianos.

Si en el tiempo de Abraan, los Amorreos no habian llevado todavia la maldad al exeso, otros pueblos habian llenado la medida. Los habitantes de Sodoma y de las ciudades vecinas se habian entregado á abominaciones que clamaban por venganza al Cielo. Antes de castigarlos, usa Dios de esa sabia lentitud que la Escritura nos hace admirar. Previene á Abraan de su desiguio: “el grito de las iniquidades de Sodoma, dice el Señor, se

ha elevado hasta mi, sus crímenes han llegado al último exceso; pero yo quiero verificarlos y ver si sus habitantes son tan culpables, como lo parecen.” Sin duda alguna Dios sabia la verdad; “pero quería, dice el escritor sagrado, instruir á Abraan, ponerle en estado de enseñar á sus descendientes que amasen al Señor, que le sirviesen con confianza y descansasen sobre su bondad” (27).

Abraan se prosterna y dice á su Soberano Señor: ¿destruireis al justo con el impío? No, vos sois muy equitativo y muy bueno : : : si se hallasen solamente diez justos en las ciudades cuya ruina habeis resuelto ¿no hariais gracia á los culpables en favor de los diez inocentes? Si, responde el Señor, yo perdonaria al resto por los diez hombres justos (28).

No se hallaba sinó uno solo y este era Lot sobrino de Abraan; él recibió en su casa á los ángeles ejecutores de los órdenes de Dios. Antes de hacer caer el fuego del Cielo sobre Sodoma, estos ángeles le obligan á huir con su familia. Salid pron-

(27) *Gen. c. 8. v. 19 20.*

(28) *Gen. c. 8. v. 23. 33.*

tamente, le dicen ellos; por vos perdonaremos la ciudad de Segor; pero huid sin tardanza, nosotros no podemos llenar nuestra comision sino cuando vos esteis seguro (29).

¡ Que precioso es un justo á los ojos de Dios ! una multitud de culpables son perdonados por él. Antes de herir, desea Dios que una alma inocente le detenga el brazo; se deja ablandar à la menor señal de arrepentimiento; despues de haber aguardado largo tiempo, todavia no castiga sino como con pesar. Cuando sentimos que por nosotros mismos no merecemos la indulgencia ni las misericordias del Señor, todavia el mal no es desesperado; otros pueden obtenerlas para nosotros. Entre nuestros amigos, nuestros conciudadanos, nuestros hermanos, hai almas inocentes que ruegan; no les será mas difícil ablandar la justicia divina en nuestro favor que lo fué al virtuoso Lot obtener gracia para la ciudad de Segor.

No nos admiremos mas de que Dios sufra tantos crímenes sobre la tierra: él no quiere envolver á diez

(29) Gen. c. 19. v. 21.

Justos en el castigo de mill culpables. Si desde el principio del mundo hubiera querido tratar á los hombres como lo merecian, su trueno jamás habria descansado. El hombre es impaciente y vengativo, por que es débil; no puede deshacerse, cuando quiere, de los que le irritan ó le disgustan. Dios es paciente y bueno, por que es Todopoderoso; puede castigar cuando quiera, ningun pecador puede escapársele, tiene una eternidad entera para egercer su justicia; pero su conducta prueba que él desea mas desplegar su misericordia.

No ólvidemos que recorreremos los siglos en que esta justicia se ha mostrado con mas severidad, cuando los hombres todavia groseros tenian mas necesidad de ser intimidados; sin embargo hallamos en ellos mismos los mas grandes motivos de consuelo y de confianza en la bondad divina. ¿Qué será cuando lleguemos á los tiempos felices en que Dios ha querido dar á los hombres, por su Hijo único, las pruebas mas sensibles de su clemencia y de su amor?

Si hubo alguna vez una nacion que haya provocado las venganzas del Cielo, es la de los Egipcios; ellos parecen ser el primer pueblo que des-

conoció al verdadero Dios y se entregó à la idolatría. Su religion era absurda, sus costumbres desarregladas, su política inhumana. Jacob y su familia habian sido recibidos en Egipto à título de hospitalidad y por reconocimiento de los servicios que José habia hecho à este reino. Sus descendientes multiplicados extraordinariamente, formaban una nacion numerosa que aumentaba las fuerzas del Egipto. Pacíficos, sumisos, laboriosos, fieles no podian dar inquietud al gobierno; pero ellos llegaron à ser un objeto de envidia, y su prosperidad los hizo sospechosos. Sin otra razon, los Egipcios los redugeron à esclavitud, los oprimieron con trabajos, y por una política bárbara, su rei ordenó ahogar en el Nilo todos los hijos varones de los hebreos.

Dios, ofendido de esta crueldad, envió à Moyses para poner en libertad à este pueblo desgraciado, segun la promesa que habia hecho à los Patriârcas Abraan y Jacob. Cuando Moyses habló al Rey de Egipto de parte de Dios, este Príncipe respondió fieramente, ¿quien es el Señor? Yo no le conozco (30). Él aprendió bien

(30) *Exod. c. 5. v. 2.*

pronto à conocerle. Los primeros milagros que Moysés obró para probar su mision, no eran todavia azotes insoportables; desde que Faraon pedía que lo libertase de ellos, Moysés los hacia cesar. Como esta condescendencia no sirvió sinó para hacer à este rey mas inflexible, Dios descargó golpes mas espantosos; Faraon se vió en fin obligado à exclamar: "el Señor es justo, mi pueblo y yo somos impíos" (31).

Lo que hai de notable es, que las plagas mismas con que Dios affligia à los Egipcios estaban destinadas à ilustrarlos, à apartarlos de la idolatría, à hacerlos volver al culto del verdadero Dios. Él habia dicho à Moysés: los Egipcios conocerán que yo soi el Señor. Yo ejerceré mis juicios sobre los dioses que adoran (32).

En efecto, ellos adoraban animales, Dios hizo perecer la mayor parte de estos; ellos incensaban las plantas y las producciones de la tierra, Dios la destruyó por una nube de langostas y por un granizo violento; ellos tributaban culto al sol y à la luna,

(31) *Exod. c. 9. v. 27.*

(32) *Exod. c. 7. v. 5. c. 12. v. 12.*

Dios los ocultó à su vista por tinieblas espesas. Mientras que estos azotes caían sobre los Egipcios, los Israelitas se hallaban libres de ellos en el canton que habitaban. Milagros tan brillantes y tan terribles habrian convertido un rei y un pueblo menos obstinados; como todo fué inutil, Dios los obligó en fin á dar la libertad à los Israelitas, hiriendo de muerte todos los primogénitos del Egipto. Bien pronto se arrepintieron de esta obediencia forzada, persiguieron al pueblo que se les escapaba, y Dios hizo perecer en las olas del mar rojo à Faraon y su ejército. Asi aumentó el rigor del castigo, à medida que los Egipcios agravaban su rebelion y su impiedad. Pero si aquel pueblo insensato no se aprovechó de las lecciones que recibió entouces, no se puede atribuir esto al modo con que Dios lo trató.

Lo que decimos de los desig-nios de Dios cuando ejerce su justicia, ha sido tambien notado por el autor del libro de la sabiduría. “Para instruirnos castigas à nuestros enemigos de mil maneras; para que reflexionando consideremos tu bondad, y cuando nos haces experimentar tu justicia, esperemos en tu misericordia.

Por la misma razon á esos otros, que vivieron como insensatos é injustos les hiciste sufrir horribles tormentos por medio de aquellas mismas cosas que adoraban. Ello es que anduvieron largo tiempo extraviados por la senda del error, creyendo dioses à las criaturas mas viles entre los animales, y viviendo como niños sin ningun juicio. Por lo mismo les diste tú un castigo à manera de escarnio como à muchachos sin seso. Mas los que no se corrigieron con estos escarnios y reprensiones, vinieron à experimentar un castigo digno del poder de Dios. Porque irritados de lo que padecian, y viéndose atormentados por las mismas cosas que creian dioses, y que ellas eran su ruina, reconocieron ser el verdadero Dios aquel à quien en otro tiempo negaban conocer; pero no dejaron la impiedad. Por lo cual Dios descargó al cabo sobre ellos la condenacion final. (33)

Asi los designios, constantes y uniformes de la providencia han sido de corregir à los hombres castigándolos; Dios no ha empleado los azotes, sinó cuando los beneficios han

(33) Sap. c. 12. v. 22. et seq.

sido inútiles. Aun cuando los medios de rigor no han servido de nada para corregir à los impíos, ha querido Dios que ellos sirviesen à lo menos para instruir à sus siervos, para hacerles comprender las miras de su providencia, convencerlos de que está siempre pronto à hacer gracia à los que se convierten à él; y que ama, protege y colma de beneficios à los que perseveran en su servicio con la firme resolución de no abusar jamás de su paciencia.

A vista de la multitud de crímenes que han manchado las primeras edades del mundo, espíritus perversos se han rebelado: han dicho que esa historia era escandalosa, propia à enardecer al hombre para el delito, mas bien que para exitarle à la virtud ¡ciegos! Ellos no han visto que estos ejemplos eran necesarios para prevenir nuestros errores y nuestros temores, para mostrarnos por una parte hasta donde puede llegar la perversidad del hombre, y por la otra hasta donde se extiende la misericordia divina; para enseñarnos á no contar jamás sobre nosotros mismos, sinó à esperar todo de Dios. Si los primeros habitantes del mundo hubiesen sido mas virtuosos; si la justicia di-

vita no se hubiera visto tan frecuentemente reducida à enfurecense contra ellos, creeríamos que los beneficios continuos de Dios eran debidos como una recompensa al mérito de sus adoradores; reflexionando sobre nuestras propias culpas, nos veríamos mas tentados à desesperar de su bondad, y no conoceríamos bastantemente la dicha de haber nacido bajo el Evangelio, y de haber recibido desde la infancia las lecciones divinas de Jesucristo.

A pesar de todo lo que dicen los libros santos de la perversidad de nuestra naturaleza, y de la bondad infinita de Dios, nos obstinamos todavía en querer lo que él no quiere. Querriamos hallar en nosotros los motivos de nuestra esperanza, descansar sobre nuestras virtudes, nuestras perfecciones, nuestras buenas obras, nuestros piadosos sentimientos. ¡ Loca presuncion ! “ Es en Dios, dice el Profeta, que está la fuente de mi salvacion, de él la aguardo y no de mí; él solo es mi gloria, mi consuelo, mi esperanza. Pueblos de la tierra, confiad en Dios, abridle vuestro corazón: es nuestro Salvador y nuestro apoyo para la eternidad (34). ” Querriamos

(34) *Psal.* 61. v. 8, 9.

que nuestra salvacion fuese un negocio de justicia rigurosa, tener por derecho asi, derechos y pretensiones contra Dios. No sucederá asi: nuestra santificacion debe ser la obra de la gracia, y cuando tenemos la dicha de corresponder à ella, el amor propio no tiene de que gloriarse.

Cualesquiera que sean los motivos que causan nuestro abatimiento, son injustos y mal fundados. Suponemos que Dios se cansará de sufrirnos; pero su paciencia es eterna: pensamos que su bondad depende de nuestra correspondencia; cuando al contrario ella nos previene, no rehusa admitir aun á los mayores pecadores: nos imaginamos que Dios está siempre irritado; y él nos asegura que su cólera es pasajera, y que su misericordia es infinita. Nos figuramos à Dios espiándonos con la malignidad de un enemigo, que busca la ocasion de hallarnos culpables; ¿le faltaria esta alguna vez? ¡ Ah! Claramente nos dice que no quiere perder, à las almas, sinó salvarlas; que ninguna de sus enfermedades es incurable (35). Querriamos tener perfectas seguridades.

(35) Ezeq. 18. v. 23.

para lo futuro; ¿pero hai alguna mas sólida que su palabra confirmada por una conducta de seis mil años?

CAPITULO V.

Paciencia de Dios para con los Israelitas; su lentitud en castigarlos; facilidad con que los perdona.

JAMAS ha derramado Dios sobre alguna nacion tantos beneficios como sobre los Israelitas, y jamás pueblo alguno le ha pagado con una ingratitud mas constante. Ellos gemian en Egipto bajo una dura esclavitud, Dios los libertó; los puso á cubierto de los azotes que hacia caer sobre los Egipcios; abrió las olas del mar rojo para darles paso, y Faraon, que quiso perseguirlos, fué sumergido alli con todo su ejército. En el desierto á donde los condujo Dios, proveyó por cuarenta años á su alimento, á sus vestidos, á todas sus necesidades; el pueblo de Dios no vivia, no se conservaba, no se multiplicaba sinó por milagros. Cuando el Señor les dió su lei sobre el monte

Sinaí, lo hizo con todo el aparato de su poder, para imprimirles un santo terror al mismo tiempo que existaba su reconocimiento por sus beneficios.

Pero ellos no fueron mas sensibles al temor que á los beneficios. Habiéndose ausentado Moysés por cuarenta dias, se amotinaron, hicieron un becerro de oro, é imitaron la idolatría de los Egipcios. Durante su mansion en el desierto, hubo sediciones y rebeliones casi continuas: ya se quejaban de la falta del agua, ya se disgustaban del maná; suspiraban por las carnes y los frutos del Egipto, gemian por la dilacion de su destierro y se horrorizaban de los enemigos que tendrian que vencer para conquistar la tierra prometida. Cansado de su carácter intratable, estuvo el Señor cien veces al exterminarlos. “Dejad, decia él á Moysés que intercedia por ellos, dejad obrar mi cólera, porque quiero exterminarlos y ponerlos al frente de una nacion menos indócil. ¡ Qué Señor ! replicaba este fiel siervo ¿ tan inútilmente habriais hecho tantos prodigios para sacar á este pueblo del Egipto ? ¿ Dariais motivo á las naciones infieles para que blasfemasen contra vos, y di-

jesen que no habiaís sido bastante poderoso para cumplir las promesas que habiaís hecho á nuestros padres? Acordaos, Señor, de esas promesas tan solemnes; cumplidlas por vuestra propia gloria, perdonad á este pueblo insensato (1). ” Y Dios lo perdonó.

Estos motivos, en otro tiempo tan poderosos para desarmar al Señor ¿serian hoy menos eficaces? No es ya Moysés, es Jesucristo el mediador entre Dios y los hombres. Dios no queria dar á las naciones infieles un motivo de revocar á duda su poder y su bondad, ¿y dará lugar al enemigo de la salvacion para que triunfe de la pérdida de almas rescatadas por la sangre de Jesucristo?

Moysés cerca de su muerte reprendia á los Israelitas su ingratitude y sus infidelidades; les anunciaba las desgracias que no dejarian de atraer sobre sí mismos. “Nacion perversa, le decia, pueblo ciego é insensato, ¿así correspondéis á Dios por sus beneficios? ¿No es él vuestro Criador y vuestro Padre? No es él quien os ha dado la vida, os la ha conservado y os ha reunido y goberna-

(1) *Exod. cap. 33, v. 10. Núm. c. 14 v. 13. Deut. c. 9, v. 26.*

do? Remontad á los siglos antiguos, ved las generaciones que os han precedido, preguntad á los Patriarcas vuestros abuelos; ellos os dirán que cuando Dios separaba las naciones, y dividia en diferentes poblaciones los hijos de Adan, limitó sus posesiones, y os reservó un lugar en medio de ellas. Escojió la posteridad de Jacob para hacerla su pueblo querido, y os destinó por su herencia. En un desierto horroroso, en una tierra árida que nada produce, os ha conducido, é instruido, guardado como la pupila de su ojo; ha tenido por vosotros los cuidados de una madre, y como ella os ha llevado en sus brazos. Solo por vosotros ha obrado grandes prodigios; no son dioses extranjeros los que os han salvado. Os destina una comarca fértil y deliciosa; hallareis en ella con abundancia los frutos de la tierra, la miel en las grietas de las rocas, los olivos sobre un terreno pedregoso, la leche y la carne de los rebaños, el trigo mas puro, los vinos mas esquisitos. Pero en medio de tantas riquezas, ya veo á este pueblo nutrido y colmado de los beneficios del Señor, rebelarse contra él, abandonar á Dios que le ha salvado, prodigar su incienso á dioses extrange-

ros, ofrecer sacrificios á los demonios, atraer sobre si los mas terribles castigos" (2). Esta fatal prediccion tuvo su mas exacto cumplimiento.

Apenas desaparecieron Moysés, Josué y los otros ancianos que habian sido testigos de los prodigios del Señor cuando esta nacion olvidó los beneficios y las amenazas, los consejos y las predicciones de su legislador. Se asoció con los pueblos corrompidos que Dios le habia ordenado destruir, imitó su idolatría, y quiso participar de todos sus crímenes. Dios cumple su palabra: castiga á estos hijos rebeldes, los deja subyugar y oprimir por esos idólatras con quienes se obstinaban en hermanar. Por cuatrocientos años, hubo una sucesion continua de infidelidades y de castigos, de recaidas y de aflicciones; pero el historiador sagrado observa que todas las veces que estos ingratos recurrian al Señor, lloraban su desobediencia, y entraban en su deber, él se movía á compasion, les perdonaba, los libertaba; hasta que nuevos crímenes le obligaban á su pesar á azotarlos de nuevo (3). No se sabe

(2) Deut. cap. 32.

(3) Judic. cap. 2. v. 7. 11. 18.

que admirar mas, si la paciencia de Dios, ó la obstinacion de los culpables.

David lo reconocia, y añade una nueva reflexion: " cuando estos infelices se sentian oprimidos, dice, buscaban al Señor, y se apresuraban à convertirse à él; se acordaban que Dios solo podia socorrerlos, que su bondad era su único refugio. Pero las protestas de amor no estaban sinó en sus labios, cuyo lenguaje era desmentido por las obras. Jamàs su corazon ha sido recto delante del Señor; jamàs han sido fieles à su santa alianza. Sin embargo, lleno de misericordia ha perdonado sus crímenes, no los ha exterminado como lo merecian, suspendiendo siempre los golpes de su cólera, poniendo à cada paso un término à sus venganzas. Acordábase que el hombre es una carne frágil, que su vida pasa y no vuelve mas "(4).

El mismo Dios se dignaba de gobernarlos; ellos se cansaron de tan paternal gobierno, y quisieron tener un rei: Dios les predijo que iban à poner un semillero de nuevas desgracias. Bien pronto la nacion se dividió en dos reinos que no cesaron de

(4) *Psalm.* 77. v. 34.

hacerse la guerra; la mayor parte de sus reyes fueron viciosos, idólatras, injustos, opresores: para castigar à estos príncipes impíos y à sus vasallos, los redujo Dios à cautividad bajo los reyes de Asiria, y los desterró por setenta años de su tierra natal.

¿ Mas cuantas advertencias, amenazas, castigos pasajeros, no buscó Dios para convertirlos? Envió Profetas para que les reprendiesen sus crímenes, les anunciassen los azotes que iban à caer sobre ellos y los exhortasen à la penitencia; ellos resistieron à los enviados del Señor, los maltrataron y dieron la muerte á muchos, (5).” Purificaos, les decia por Isaias; apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar el mal, aprended à hacer bien, observad la justicia, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad à la viuda. Y entonces venid y argüidme, dice el Señor: aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedaràn vuestras almas tan blancas como la nieve (6). Buscad al Señor mientras se le puede hallar, invocadle mien-

(5) *Mat. cap. 23. v. 34.*

(6) *Isai. cap. 1. v. 16.*

tras está cerca de vosotros. Que el impío abandone su camino y el inicuo sus designios, y conviértase al Señor, el cual se apiadará de él, y à nuestro Dios que es generosísimo en perdonár." [7]

Si Dios perdona por clemencia aun cuando sabe que la conversion del pecador es poco sólida, y que no durará largo tiempo, ¿despreciará nuestros suspiros y nuestras súplicas, cuando vé que el fondo del corazon es suyo, que la conversion no es forzada ni simulada, sinó libre y decidida?

En su mismo destierro, blasfemaban los judíos tambien contra la providencia, pretestando que Dios les hacia sufrir la pena de los pecados de sus padres, mientras que en realidad no espiaban sinó sus propios crímenes, y aun merecian ser tratados con mas rigor (8).

Sin embargo, Dios no los abandonó en su humillacion: los hizo consolar por otros Profetas, prometió recibirlos en su gracia si se volvian á él, restablecerlos en su antigua patria, y tomarlos bajo su proteccion.

(7) *Isai. cap. 55. v. 16.*

(8) *Exeq. cap. 18. v. 30.*

“ Convertios, les decia Exequiel, haced penitencia de todas vuestras iniquidades, y el mal que habeis hecho no causará vuestra ruina. Arrojad lejos de vosotros vuestras prevaricaciones, formaos un espíritu nuevo, un corazón menos perverso; y entonces ¿ por que perecerás, casa de Israel? Yo no quiero, dice el Señor, la pérdida del que corre á la muerte; convertios á mi y recobrad la vida ” (9). En estas mismas circunstancias Dios les dió seguridades positivas de la venida futura del Mesias, para su propia salvacion y para la redencion del genero humano. (10).

Dios tenia además otros desig-
nios que se ha dignado revelarnos. Agravando la mano sobre su pueblo queria instruir á las otras naciones; hacerles comprender que él es el solo árbitro de la suerte de los hombres, el único dueño Soberano del universo, el solo digno de ser servido y adorado. Hemos visto que Tobías, cautivo, advertia á sus conciudadanos: ” Alabad al Señor, les decia, adoradle en presencia de los extranjeros. El os

(9) *Exeq. cap. 18. v. 30.*

(10) *Ibid. c. 24. v. 23.*

ha dispersado entre las naciones que no le conocen para que les refirais los prodigios que ha obrado, y les enseñeis que no hay otro Dios todopoderoso sinó él" (11). Así el castigo que Dios ejercía sobre los judíos estaba destinado, no solo a convertirlos, sinó tambien á ilustrar á los otros pueblos: esta era una gracia de salvacion que concedia á unos y á otros.

David lo comprendió del mismo modo, cuando pedia al Señor la renovacion de sus antiguas bondades para con su pueblo." No será por nosotros, Señor, que obrareis estas maravillas, no será por nosotros, sinó para dar gloria á vuestro nombre, para hacer brillar vuestra misericordia y vuestra fidelidad en vuestras promesas; para que las otras naciones no digan hablando de nosotros: ¿en donde está pues el Dios en que han puesto su esperanza? Que vean ellas la diferencia que hai entre el Dios del cielo y de la tierra, y sus divindades impotentes" (12).

Así deberian orar las almas espantadas por la multitud de sus cul-

(11) *Tob. cap. 3. v. 13.*

(12) *Psalm. 113. v. 9.*

pas, por la fuerza de sus hábitos, por la dificultad de su perseverancia en el bien. No será por nosotros, Señor, que nos salvareis; será por vos mismo, para satisfacer las entrañas paternales de vuestra misericordia, para la gloria del Redentor que nos habéis dado, para la confusión de los enemigos de nuestra salvación. Cuanto mas difícil parece este prodigio, mas digno es de vuestro poder infinito, y sereis mas alabado y bendito en toda la eternidad.

¡ Y con qué fuerza, con qué magestad exponía el mismo Dios este plan de su providencia! Llevaba la condescendencia hasta dar cuenta de su conducta á un pueblo perverso, cuya ingratitude y obstinacion nunca tuvieron semejante. “Mostradles, decia á Exequiel, todas las maldades de sus padres. Cuando ellos gemian en Egipto, yo los exhortaba á evitar las abominaciones de los Egipcios, á que me adorasen como á su solo Dios, bajo la promesa que les hice de darles la mas fértil de todas las comarcas; ellos no me escucharon, se hicieron mas culpables que los mismos Egipcios. Sin embargo, lejos de derramar sobre ellos los azotes de mi cólera, los liberté por una multitud de prodigios. Yo

no lo hice por ellos, sinó por la gloria de mi nombre, para impedir que las otras naciones blasfemasen contra mi. En el desierto, despues de haber recibido mis leyes, este pueblo no fué menos rebelde. En vano les prohibí que imitasen la demencia de sus padres: siempre corrieron à los altares de sus falsos dioses, prefiriendo à mi culto la mas loca idolatria. En la tierra misma de que los puse en posesion, no cesaron de mancharse por todos los crímenes que les habia prohibido; sacrificaron sus propios hijos à las falsas divinidades, y quisieron mas bien adorar el leño y la piedra, que dirijirme sus votos. Bajo el gobierno de Moysés, bajo el de los jueces, bajo sus reyes, apesar de las reprensiones y las ameuazas de mis profetas, apesar de los azotes con que yo los castigaba fueron siempre incorregibles. Ved aqui por lo que los he entregado al poder de sus enemigos y los he dispersado entre las naciones (13). No hai crimen que no hayan cometido. En vano he buscado entre ellos un solo justo que me impidiese descargar la fuerza de mi

(13) *Exeq. cap. 20.*

brazo: no lo he hallado. Por esto los he exterminado, y he hecho caer sobre su cabeza todo el desorden de su conducta" (14).

“Pero supuesto que las naciones extranjeras se han regocijado del mal que yo he hecho á mi pueblo, que han dividido sus despojos, han insultado á sus desgracias, y no han dado gloria á mi nombre; voi ahora á cubrir las de confusion restableciéndole en su primer estado, concediéndole nuevas prosperidades. Hijos de Israel; no olvidéis esto; no lo haré por vosotros, sinó por mi gloria, para enseñar á estas naciones ciegas que soy el Señor. Yo os sacaré de las manos de los que os oprimen, os reuniré de todas las comarcas en que os hallais dispersos, y os restituiré á vuestra patria. Derramaré sobre vosotros una agua pura y sereis labados de todas las inmundicias con que os ha manchado el culto de los ídolos. Os daré un corazon nuevo, un espíritu mas dócil, os quitaré ese corazon de piedra y le haré sensible; estableceré mi espíritu en medio de vosotros, os haré seguir por el camino de mis pre-

(14) *Exeq. cap. 22. v. 3, 30.*

ceptos y practicarlos. Sereis mi pueblo y yo seré vuestro Dios; sereis colmados de mis favores. Esto no será por vuestros méritos, os lo vuelvo á decir, sinó para que las naciones que os rodean sepan que yo soy el que destruyo y restablezco, el que arranco y vuelvo á plantar, el que hablo y egecuto" (15).

"Pero esa nacion ingrata se atreve luego á decir: el Señor me ha abandonado, ya no se acuerda de mi. ¿Una madre puede olvidar su hijo y desconocer el fruto de sus entrañas? Cuando ella fuese capaz de hacerlo yo no me podré olvidar de ú. Hijos ingratos, yo no os pierdo de vista, por que os llevo gravados sobre mis manos y en mi corazon " (16)

¡ Qué tiernas, qué sensibles son estas reconvenciones ! Dios las hace tambien á los que se creen abandonados de él, que temen que la gracia les falte, que desesperan de su salvacion. Si las lecciones de los Profetas no nos inspiran sentimientos contrarios, es necesario que seamos tan duros y tan incrédulos como los judíos.

(15) *Exeq. c. 36. v. 5. 20. 32. 36.*

(16) *Isai. cap. 49. v. 14. 15. 16.*

Dios no castiga sinó con repugnancia, perdona al punto que nos convertimos sinceramente à él. Una sola alma inocente basta para detener su brazo, para calmar su ira, para obtener la gracia de los culpables. No es en consideracion de nuestros méritos que se hace tan indulgente; es por sí mismo, por que es la bondad por esencia, por que pone su gloria, no en hacer justicia, sinó en hacer misericordia. Lleva la bondad à los últimos exesos, aun con los que son mas indignos de ella, para no dar lugar à los enemigos de nuestra salvacion à que triunfen de nuestra pérdida.

Dios no se ha mudado despues del siglo de los Profetas; sus misericordias son eternas. Ya no es una alma inocente la que se opone à los rigores de su justicia, es el Santo de los santos, el cordero sin mancha, Jesucristo esento de pecado que intercede por nosotros. ¿Daria Dios hoi con menos repugnancia una sentencia de reprobacion eterna, que cuando pronun-ciaba en otro tiempo una de castigo temporal contra la posteridad de los Patriarcas? Si no queria dar à los infieles ocasion de blasfemar contra su poder y contra su bondad; ¿como damos nosotros, por nuestros temores y

desconfianzas, à los impíos motivo de blasfemar de un modo mas ultrajante contra la eficacia de la redencion de Jesucristo ?

Celebremos mas bien con el Real Profeta la bondad, la clemencia, la misericordia de nuestro Dios.

Salmo 84 *Benedixisti, Domine, terram tuam.* ¡ O Señor ! Tú has derramado la bendicion sobre tu tierra, tú has alzado el cautiverio de Jacob. Tú has perdonado la iniquidad de tu plebe: tú has echado sobre todos sus pecados un velo. Has mitigado ya toda tu ira: de la fuerza de tu indignacion has cedido. Conviértenos tú, ó Dios salud nuestra; y aparta de nosotros tu enojo. ¿ Has de estar siempre por ventura, con nosotros airado, ó estenderás tu ira de una à otra generacion ? Tú, ó Dios, vuelto à nosotros nos vivificaràs, y en tí se regocijarà tu plebe. Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salud. Oiré lo que à mi me diga el el Señor Dios; pues hablarà de paz para su plebe, y para sus Santos, y para los que de corazon se convierten. Así es que està pronto à salvar à los que le temen, de modo que en nuestra tierra habite la gloria. Encontráronse la misericordia y la verdad: diéronse

un ósculo la justicia y la paz. De la tierra nació la verdad, y la justicia nos ha mirado desde lo alto de los cielos: por lo que derramará el Señor su benignidad, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia irá delante de él, y dirigirá sus pasos."

Dios amaba à la tierra santificada por las virtudes y por la piedad de los antiguos Patriarcas; pero no tiene menos predileccion por las comarcas purificadas por la sangre de Jesucristo. El amaba la Judea, único pais del mundo en que su nombre fué conocido y adorado; pero los Santos asilos, las castas soledades en que tantas almas virtuosas le han servido en la paz, con inocencia y con fervor, son la verdadera tierra prometida sobre la cual fija Dios continuamente sus miradas, derrama sus mas abundantes bendiciones; y no cesará de perpetuar la estirpe de los Santos.

Despues de una tan larga experiencia de las bondades del Señor, los judíos habrían debido serle fieles para siempre; Ai! Restituídos à la Judea, conservaron siempre en el fondo el mismo caracter. El autor del libro de la sabiduría les pone delante los ojos la série de beneficios con que Dios habia favorecido à sus abuelos:

la providencia paternal que les habia hecho probar y la paciencia con que habia sufrido sus infidelidades (17.) Este recuerdo, que habia debido inspirarles humildad y confianza, no sirvió sinó para ensoberbecerlos, y exitar su ambicion, para persuadirles que en virtud de sus promesas, Dios debia tratarlos siempre con mas bondad que à las otras naciones. Los últimos Profetas les habian anunciado claramente que el Mesias no tardaria en venir; pero ellos se imaginaron que seria un Príncipe temporal, un conquistador que los hiciese felices en este mundo, los llenase de gloria y de prosperidad. Cuando Jesucristo apareció bajo de un exterior humilde y pobre, à pesar de sus milagros, de sus virtudes, de sus lecciones divinas, ellos no pudieron resolverse à reconocer en él al Redentor del mundo.

Sin embargo él les anunció el evangelio con preferencia à los extrangeros, y declaró que principalmente era enviado para salvar las ovejas perdidas de la casa de Israel. Advertencias, reconvenciones, beneficios, milagros, todo fué inútil; esa

(17) Sap. c. 10. 11.

raza infiel llenó la medida de sus padres entregando à muerte al Hijo de Dios, persiguiendo à sus Apóstoles, impidiendo con todas sus fuerzas la predicacion del Evangelio. Al fin, Dios se vengó de tantos crímenes: Jerusalem fué destruida, el templo arruinado, la nacion dispersada, la Judea assolada; despues de mas de diez y ocho siglos este pueblo lleva sobre su frente las señales de su castigo.

Asi se ha verificado la amenaza que Jesucristo habia hecho: vosotros me buscareis y no me hallareis; por que sinó ereis lo que yo soi, morireis en vuestro pecado (18). De aqui no se debe concluir que frecuentemente los pecadores buscan à Jesucristo y no le hallan, piden misericordia, y no la obtienen y mueren en el pecado apesar de su dolor y su penitencia. Semejante opinion seria contraria à la promesa general que Dios ha hecho de recibir al pecador, en cualquier tiempo que se convierta à él. San Agustin lo ha notado mui bien (19). Hemos citado esta promesa en los capítulos precedentes; y està

(18) Joan c. 7. v. 34. c. 8. v. 21. 24.

(19) Trac. 31. in Joan. n. 9.

confirmada por la conducta de los Apóstoles. Cuando ellos comienzan à predicar el Evangelio, no hacen à los judíos reconvencion alguna capaz de humillarlos; les esponen su delito sin hiel y sin acrimonia. Cuando muchos tocados de compacion, preguntaban ¿qué haremos hermanos míos? San Pedro les responde: “haced penitencia, y cada uno de vosotros reciba el bautismo en nombre de Jesucristo, para que obtenga la remision de sus pecados y el don del Espiritu Santo (20).” Procura escusar su crimen. Yo sé, mis hermanos, les añade, que vosotros lo habeis hecho por ignorancia, lo mismo que los Jefes de la nacion. Haced, pues, penitencia, y convertios para que vuestros pecados sean borrados. Para vosotros en primer lugar es para quienes Dios ha resuscitado á su Hijo, y le ha enviado á llenaros de bendiciones; á fin de que cada uno se convierta de su mala vida. (21). ¿La conducta de los Judíos habia merecido las bendiciones del Hijo de Dios?

Parece difícil concebir como Dios

(20) Actor. c. 2. v. 37.

(21) Actor. c. 3. v. 17. 26.

ha podido llevar tan lejos su indulgencia para con los judíos, como ha protegido tan largo tiempo una raza tan incorregible: la venganza que ejerce contra ella hace temblar; pero ha sido precedida por mas de diez y ocho siglos de paciencia. Dios ha puesto todo en obra para ilustrar, para mover, para corregir à ese pueblo indómito: beneficios multiplicados, castigos de toda especie, lecciones de sus Profetas, cuidados caritativos de su Hijo, milagros espléndidos; no lo ha entregado á sus enemigos, hasta que la medida de sus iniquidades se llenó con el mayor de todos los crímenes. Sin embargo, Dios le tiende todavía los brazos; y si reconociera al Salvador que ha crucificado, recibiria misericordia. San Pablo deseaba con ardor este grande acontecimiento, y hubiera dado mil veces su vida por obtenerlo de Dios (22): la Iglesia cristiana lo pide tambien en el dia en que celebra el misterio de la muerte del Salvador. ¿Qué pecador podrá pues desesperar de su salvacion? Dios ha llevado la bondad hasta el exceso para con los judíos, por las promesas.

(22) *Rom. c. 9. v. 3.*

que habia hecho á sus padres; nos las ha hecho mas solemnes y mas amplias por la boca de su Hijo único (23). Por una adopcion divina, hemos venido á ser los verdaderos hijos del padre de los creyentes, ó mas bien los hijos de Dios, los herederos de las promesas y de la alianza que Dios habia hecho con Abraan (24). “Que ninguno, pues, dice San Pablo, caiga en el mismo pecado de incredulidad que los Judíos, á los cuales las promesas no han servido de nada, por que no han creído” (25). Los que carecen de confianza en la bondad de Dios, se exponen á la misma desgracia.

Continuamente los enemigos de nuestra santa Religion se han escandalizado de la conducta de la providencia divina para con los Judíos. Dios dicen ellos, habia escojido mui mal el objeto de su predileccion; si él hubiese hecho por cualquiera otra nacion la mitad de los prodigios que obró en favor de la raza de Jacob, habria hallado cien veces mas reconocimiento y docilidad; el mismo Jesucristo lo

(23) *Petr.* c. 1. v. 4.

(24) *Gal.* c. 3. v. 7. 39.

(25) *Heb.* c. 4. v. 2. 6. 11.

dice en el evangelio: “desgraciadas de vosotras, ciudades incrédulas de Galiléa; si Dios hubiese hecho en Tiro y Sidon los milagros que yo he obrado en medio de vosotras, esas ciudades paganas habrían hecho penitencia en el cilicio y en la ceniza. Si Sodoma y los cómplices de sus crímenes hubiesen visto semejantes prodigios, tal vez habrían subsistido hasta hoy. Yo os declaro que Tiro, Sidon, Sodoma y las ciudades mas criminales serán tratadas con menos rigor que vosotras en el juicio de Dios (26)” ¿ Por qué, pues, Dios, que preveía la obstinada resistencia de los Judíos, destinó tan mal sus gracias y sus beneficios ?

Digamos mejor, Dios no podría destinarlos mas sabiamente para nuestro consuelo y para exitar nuestra confianza; San Pablo nos lo hace notar: “ Dios, dice, ha sufrido con mucha paciencia objetos dignos de toda su indignacion y que no eran buenos sino para ser destruidos; á fin de mostrar el rigor con que castiga, y para hacer ver las riquezas de la gracia en favor de los vasos de mi-

sericordia que ha destinado á la gloria y escogido no solo entre los Judíos, sinó tambien entre los Gentiles (27).” Si los Judíos hubiesen sido menos rebeldes, no conocieramos tampoco toda la estencion de las misericordias divinas; si Dios no les hubiese concedido gracias, sinó á proporcion de su mérito ¿ como nos atreveriamos á esperarlas ? El exeso de la paciencia de la bondad de Dios para con ellos, es justamente lo que nos enseña á no desesperar jamás, á no fundar nuestra confianza sobre nuestros méritos presentes ó futuros, sinó sobre la misericordia infinita de Dios. La divina magestad no tenia mas necesidad del reconocimiento de las adoraciones, de los servicios de los Judíos, que de los nuestros: se compadeció de ellos, por que es la bondad misma; tendrá piedad de nosotros, por que su bondad no se agota jamás.

Véase aqui por que Dios ha querido que se conservase la memoria de estos antiguos acontecimientos, y así lo declara por el Salmista: “ muchas cosas, dice, mandó Dios á nuestros

(27) Rom. c. 9. v. 22.

padres que las trasmitiesen á sus hijos, y las hiciesen conocer á las generaciones futuras: quiere que nuestros descendientes las sepan y se acuerden de ellas, para que aprendan á poner en Dios su esperanza, no se olviden de las obras de Dios, y guarden con esmero sus mandamientos, y no sean como sus abuelos, generacion perversa y rebelde, que nunca tuvo recto su corazon, ni su espíritu fiel á Dios." (28)

Dios se ha dignado revelarnos lo que ha hecho por los Judíos; y aunque no nos ha enseñado tan estensamente lo que ha hecho por las otras naciones, no las ha abandonado; en los libros santos dice que no ve con aversion ninguna de sus criaturas (29). Los errores y desarreglos en que han permanecido sepultadas las naciones gentiles no prueban que Dios no les haya hecho gracias, como la malicia obstinada de los Judíos tampoco prueba que Dios haya sido avaro para con ellos. Declara por el contrario que los prodigios que obraba entre los Judíos estaban tambien destinados

(28) *Psal.* 77. v. 5. 7. 8. 9.

(29) *Sap.* c. 11. v. 25.

á alumbrar las naciones infieles; de donde se sigue que ellas tambien resistieron al Señor como los Judíos. De la manera que hace brillar su sol sobre los buenos y los malos, derrama el rocío del cielo sobre justos y pecadores, (30) asi tambien concede gracias de salvacion á los unos y á los otros. Dios quiere, dice San Pablo, que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (31). Esta voluntad adorable no puede ser esteril; aunque nosotros no percibamos siempre los efectos, no por eso son menos reales. Ninguno será reprobado sinó por su culpa, ninguna alma perecerá por defecto de la gracia de parte de Dios: ¿y no es esto suficiente para tranquilisarnos i para animar nuestra confianza?

(30) *Math. c. 5. v. 45.*

(31) *Timot. c. 2, v. 4.*

CAPITULO VI.

Conducta de Dios respecto de David: sentimientos de este Rey penitente sobre las misericordias del Señor.

Colocando Dios á David sobre el trono, le habia prometido colmar su reino de prosperidades, y cumplió fielmente su palabra. Este Rey, libre de los peligros que habia corrido al principio, victorioso, tranquilo, respetado de sus vasallos, temido de sus enemigos, gozaba de la mas feliz suerte; pero es mui raro que los beneficios de Dios nos hagan mas virtuosos. En el seno de la dicha olvida David lo que debe á Dios, comete un adulterio y un homicidio, se lisongea de ocultar este doble crimen à los ojos de los hombres; pero Dios habia sido testigo y no lo deja impune. Envia un Profeta para obligar al culpable à confesar su crimen, bajo el velo de una parábola. Natan pide justicia al Rey de un ladron que habia quitado la única oveja de un pobre: David, sin vacilar, decide que este

robo es digno de muerte. “Pues tú eres, replica el Profeta, ese culpable. Vé aquí lo que el Señor me ordena decirte: yo te he establecido Rey de mi pueblo, te he salvado de las manos de Saul tu enemigo, te he puesto en posesion de sus bienes y de todas las mugeres de su casa, he reunido bajo tus leyes el reino de Israel y el de Judá: si esto no es bastante, estoi pronto á añadir nuevos beneficios. ¿Cómo te has atrevido á violar mis preceptos y hacer el mal en mi presencia? Tú habias hecho perecer por la espada de los Ammonitas á un siervo inocente y fiel, para robar su esposa que habias seducido. Yo te declaro que en castigo de esta doble maldad y del desprecio que has hecho de mis leyes, la espada estará siempre levantada contra tu casa; te afligiré por crímenes domésticos, tu misma familia me vengará: tus esposas serán robadas por uno de tus allegados y deshonoradas á la faz del Sol. Tú habias creido ocultar tu pecado; yo le haré público y todo Israel lo sabrá. David confundido exclama: verdad es que yo he pecado contra el Señor. Mui bien, continúa el Profeta, el Señor te perdona una parte.

de la pena, no morirás; pero por que tu crimen ha dado lugar á los impíos de blasfemar contra el Señor, el hijo que te nace de ese adulterio perecerá á tu vista" (1).

La humilde confesion del pecador desarma la justicia divina; si Dios no remite enteramente la pena, es por que ella debe servir de ejemplo, para impedir á los malos que cuenten sobre la impunidad, para corregir al pecador, y justificar la providencia, que no debe favorecer con una exesiva indulgencia el desarreglo de los hombres. Todavía observa Dios en nuestros dias la misma conducta: para perdonar los mayores crímenes, no exige sinó una confesion sincera, acompañada del arrepentimiento y del ódio del pecado. Las aflicciones que nos envia, las penitencias que el confesor impone, son remedios saludables mas bien que castigos. Cuando el crimen exige reparaciones para con el prójimo, es un deber de justicia de que Dios no puede ni debe dispensar á ninguno. Si en todos los tiempos la confesion del pecador ha bastado para calmar

(1) 2. Reg. cap. 12.

la justa ira del Señor, ella obra este efecto mas seguramente en la lei nueva, despues que Jesucristo la ha elevado à la dignidad de un sacramento: ella saca su eficacia de los méritos mismos de este Divino Salvador y del precio de su sangre.

Pero si Dios perdona con tan fáciles condiciones los crímenes mas enormes ¿podriamos dudar de su indulgencia respecto de faltas ligeras de que es difícil á la debilidad humana preservarse? Si David no las hubiese cometido sinó de esta especie, no habria sufrido de parte de Dios ni reprehension ni castigo. No es, pues, este el caso de horrorisarnos y desmayar por la multitud prodigiosa de estas culpas y del hábito que hemos contraido. Es necesario sin duda alguna humillarnos y pedir perdon á Dios; pero esto no debe hacernos retroceder en la práctica de nuestros debères.

David comprendió mui bien que supuesto que el Señor se habia dignado de dirigirle reconvenciones y amenazas, no tenia el designio de perderle, sinó de hacerle entrar en sí mismo. El esperó el perdon, y con esta confianza, compuso el célebre Salmo que ha venido á ser

la oracion de todos los verdaderos penitentes.

Salmo 50. *Miserere mei, Deus:*

“ Ten piedad de mí, Dios mio, se-
 “ gun tu gran misericordia; por el
 “ exeso de tus bondades infinitas
 “ olvida mi iniquidad. Purificame
 “ mas y mas por mis lágrimas, bor-
 “ ra hasta la última mancha de
 “ ellas. Mi crimen esta siempre
 “ presente á mis ojos, y se levanta
 “ contra mí como un enemigo
 “ implacable. Yo he pecado contra
 “ tí, me he atrevido á cometer el
 “ mal en tu presencia: lo confieso,
 “ á fin de justificar tus reprehensio-
 “ nes y tu conducta contra los jui-
 “ cios temerarios de los hombres.
 “ ¡Ai de mí! Yo he sido concebr-
 “ do en la iniquidad y manchado
 “ por el pecado desde el seno de
 “ mi madre. Pero tú amas la ver-
 “ dad en la boca misma de los cul-
 “ pables; tú me haces probar la
 “ sabiduria infinita con que obras
 “ su conversion. Tú derramarás so-
 “ bre mí una agua santa para pu-
 “ rificarme; este baño saludable me
 “ volverá la blancura de la inocen-
 “ cia. Tú restablecerás en mi alma
 “ la paz y la alegria que están
 “ desterradas de ella; este cuerpo

que se rinde al dolor recuperará
un nuevo vigor. Aparta tus ojos
de mis crímenes, no dejes de
ellos resto alguno en mi alma.
Cria en mí un corazón puro, vuél-
veme esa conciencia recta que me
conducía en otro tiempo. No me
arrojes de tu presencia, no me
quites las luces de tu Espíritu
Santo. Hasme sentir la alegría
de una curación perfecta y toda
la fuerza de una salud nueva.
Yo referiré á los pecadores tus
bondades y tu clemencia; los mas
impíos se convertirán á tí. Libra-
me del temor de tus venganzas,
ó Dios, autor de mi salvación, y
mi lengua no cesará de publicar
la dulzura de tu justicia; tú mismo
abrirás mi boca y me excitarás á
cantar tus alabanzas. Si para
apaciguarte fuesen necesarias víc-
timas, yo te las habria ofrecido
con anhelo; pero no son holocaustos
los que tú pides: un espíritu
atribulado por el pezar de haber-
te ofendido, un corazón contrito
y humillado: hé aquí el sacrificio
que jamás despreciarás. Derrama,
Señor, tus beneficios sobre tu
pueblo, sobre la ciudad santa en
que eres adorado: entonces reci-

“birás nuestros sacrificios, nuestras
 “ofrendas, nuestros homenajes; es-
 “te pueblo reunido á su Rey cu-
 “brirá tus altares de víctimas.”

Tal es el modelo de una perfecta penitencia, ella humilla al pecador sin desalentarle. La amargura de los pesares de David es mitigada por la confianza en la bondad de Dios; la severidad de las reprobaciones y de las amenazas del Señor es el motivo mismo que nutre su esperanza. Si Dios hubiera querido herirle en su indignacion, no habria comenzado por advertirselo. El piadoso Rey se felicita de poder ser un ejemplo célebre de la misericordia divina que empeña á los pecadores á convertirse; por este inocente artificio interesa en algun modo á la justicia del Señor á que le trate con indulgencia.

Almas tímidas, á quienes el terror no deja reposo: vosotras habeis repetido cien veces el Salmo de la penitencia; él habria debido inspiraros los mismos sentimientos. Cuando fueseis tan culpables como David, los terrores de la conciencia que sentis son la voz del Señor, el confesor á quien os dirigis es el Profeta que os envia. Desde que

habeis dicho como este Rey penitente: *yo he pecado contra el Señor*, el Sacerdote os responde de parte del mismo Dios: *el Señor os perdona*. Gustad, á ejemplo de David, del consuelo y de la alegría de haberos reconciliado con Dios, publicad este razgo de la clemencia divina, invitad á los pecadores á probar, como vosotras, cuan bueno es el Señor, y con qué dulzura recibe à los que recurren à él; ellos serán empeñados à imitaros: su salvacion y la vuestra procurará mas gloria à Dios, que lo que podria hacer un ejemplo de justicia rigorosa.

En otro salmo David se exalta mas y mas à la confianza. Salmo 129. *De profundis*. “Del fondo de
 “mi afliccion, Señor, elevo mi voz,
 “acia tí; dignate escuchar mi sú-
 “plica, presta un oido atento al,
 “grito de mi dolor. Si atiendes à,
 “mis iniquidades, mi Dios, ¿quien,
 “sostendrá el rigor de tu justicia?
 “No, tú estas lleno de misericor-
 “dia, de tí aguardo mi socorro, por,
 “que tú me lo mandas. Mi alma,
 “no ha cesado de confiar sobre tu,
 “palabra y de esperar en tí. Que,
 “de la mañana à la noche todo Is-
 “rael reanime su confianza; por

que el Señor es la misericordia y la bondad misma, no se cansa de socorrernos: él nos librará de nuestros pecados y de los castigos que hemos merecido.”

El piadoso Rey habría querido comunicar à todos los corazones los sentimientos de confianza de que estaba penetrado. ¡Mas con qué efusion de corazon ha publicado esa bondad divina de que habia hecho una tan dulce prueba! Se exita à sí mismo à bendecirla, convida à todas las criaturas à participar de su alegría, y à celebrar al Dios de las misericordias.

Salmo 102. *Benedic, anima mea Domino.* “Bendice, ó alma mia, al Señor, y todas mis facultades empleense en alabar su santo nombre. Bendice al Señor, alma mia, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus maldades; quien sana todas tus dolencias: quien rescata de la muerte tu vida: el que te corona de misericordias y de gracias: el que sacia con sus bienes tus deseos; para que se renueve tu juventud como la del águila. El Señor hace mercedes y administra justicia à todos los

que sufren agravios. Hizo cono-
cer à Moysés sus caminos, y à los
hijos de Israel su voluntad. Com-
pasio es el Señor y benigno,
tardo en airarse y de gran cle-
mencia. No durará para siempre
su ira, ni estará amenazando per-
petuamente. No nos ha tratado
segun merecian nuestros pecados,
ni dado el castigo merecido à
nuestras iniquidades. Antes bien
cuanta es la elevacion del cielo
sobre la tierra, tanto ha engran-
decido su misericordia para con
aquellos que le temen. Cuanto
dista el Oriente del Occidente,
tan lejos ha echado de nosotros nues-
tras maldades. Como un padre
se compadece de sus hijos, así se
ha compadecido el Señor de los
que le temen: porque tiene bien
conocida la fragilidad de nuestro
ser. Tiene mui presente que so-
mos polvo: y que los dias del
hombre son como el heno: cual
flor del campo, así florece, y se
seca. Porque el espíritu estará
en él como de paso; y así el
hombre dejará pronto de existir,
y le desconocerá el lugar mismo
que ocupaba. Pero la misericor-
dia del Señor permanece abeter-

“ no, y para siempre sobre aquellos,
 “ que le temen. Su justicia no
 “ abandonará jamás à los hijos y
 “ nietos de aquellos que observan
 “ su alianza, y conservan la memo-
 “ ria de sus mandamientos, para
 “ ponerlos en práctica. El Señor
 “ asentó en el cielo su trono; y su
 “ reino dominará sobre todos. Ben-
 “ decid al Señor todos vosotros, ó
 “ ángeles suyos, vosotros de gran
 “ poder y virtud, ejecutores de sus
 “ órdenes; prontos à obedecer la voz
 “ de sus mandatos. Bendecid al
 “ Señor todos vosotros que compo-
 “ neis su celestial milicia, ministros
 “ suyos que haceis su voluntad.
 “ Criaturas todas de Dios, en cual-
 “ quier lugar de su universal impe-
 “ rio, bendecid al Señor: y tú, ó
 “ alma mia, no ceses de bendecir
 “ al Señor. ”

Si este Rey penitente no hubie-
 se tenido culpas tan enormes que
 expiar, su reconocimiento no habria
 sido tan vivo, ni su amor tan fer-
 voroso. Comienza y acaba un gran
 número de sus salmos por las pa-
 labras: *alabad al Señor, por que él
 es bueno, y su misericordia es eterna;*
 las repite sin cesar, y querria gra-
 var este sentimiento en todos los co-

razones. Ilustre ejemplo de la sabiduría con que Dios se sirve de nuestras mismas infidelidades para unirnos mas à él y hacernos mas virtuosos. ¡ Bondad soberana! ¿ podemos conoceros y amaros bastante?

No pensemos, sin embargo, que David haya olvidado enteramente sus culpas, á pesar de hallarse persuadido que Dios se las habia perdonado. La bondad divina excita en nosotros el recuerdo de nuestras miserias, no para espantarnos y desalentarnos, sinó para empeñarnos á velar sobre nosotros mismos, à desconfiar de nuestra debilidad, à no contar sinó sobre la gracia. Así, cuando este humilde penitente sentia renacer sus temores y sus remordimientos, los calmaba por la oracion, recordando los beneficios de Dios.

“ Alma mia, ¿ por qué entristecerte y
 “ turbarte? Espera en el Señor, pues
 “ que no cesas de invocarlo; éi es el
 “ autor de mi salvacion, mi Dios, y
 “ mi consolador. ” (2)

Salmo 24. *Ad te, Domine, levavi animam meam.* “ A tí, ó Señor,

(2) *Psalm.* 41 v. 6.

“ he levantado mi espíritu. En tí,
“ ó Dios mio, tengo puesta mi con-
“ fianza: no quedaré avergonzado:
“ ni se burlarán de mí mis enemi-
“ gos; porque ninguno que espere
“ en tí quedará confundido. Sean
“ cubiertos de confusion todos aque-
“ llos que vana é injustamente obran
“ la iniquidad. Muéstrame, ó Se-
“ ñor, tus caminos, y enséñame tus
“ senderos. Encaminame segun tu
“ verdad, é instrúyeme; pues tú eres
“ el Dios Salvador mio, y te estoí
“ esperando todo el dia. Acuérda-
“ te, Señor, de tus piedades, y de
“ tus misericordias usadas en los
“ siglos pasados. Echa en olvido los
“ delitos de mi juventud, y mis ne-
“ cedades. Acuérdate de mí, segun
“ tu misericordia: acuérdate de mí,
“ ó Señor, por tu bondad. El Se-
“ ñor es bondadoso y justo; por lo
“ mismo dirigirá à los pecadores por
“ el camino que deben seguir. Di-
“ rigirá à los humildes por la vía
“ de la justicia: enseñará sus ca-
“ minos à los dóciles. Todos los
“ caminos del Señor son misericor-
“ dia y verdad para los que buscan
“ su lei y sus voluntades. Por la
“ gloria de tu santo nombre, ó Se-
“ ñor, me has de perdonar mi pe-

“ cado, que ciertamente es muy
 “ grave. ¿ Quien es el hombre que
 “ teme al Señor? Dios le ha pres-
 “ crito la regla que debe seguir en
 “ la carrera que escogió: reposará
 “ su alma entre bienes, y sus hijos
 “ poseerán la tierra. El Señor es
 “ firme apoyo de los que le temen,
 “ y à ellos revela sus secretos. Mis
 “ ojos estan siempre fijos en el Se-
 “ ñor; pues él ha de sacar mis pies
 “ del lazo.”

“ Vuelve, Señor, acia mí tus
 “ miradas, y tén compasion de mí;
 “ porque me veo solo y pobre. Las
 “ tribulaciones de mi corazon se
 “ han multiplicado: líbrame de mis
 “ congojas. Mira mi humillacion y
 “ mi trabajo, y perdona todos mis
 “ pecados. Repara en mis enemi-
 “ gos como se han multiplicado, y
 “ cuan injusto es el ódio con que
 “ me aborrecen. Guarda mi alma,
 “ y líbrame: nunca quede yo sonro-
 “ jado, habiendo puesto en tí mi
 “ esperanza. Los inocentes y jus-
 “ tos se han unido conmigo, porque
 “ yo esperé en tí. O, Dios mio,
 “ líbra á tu pueblo de todas sus
 “ tribulaciones.”

Hé aquí el remedio para nues-
 tros temores. Dios es la bondad

misma, protege à los que esperan en él: nos continúa sus beneficios y no nos los concede para perdernos, sinó para salvarnos. No solo nos conserva la vida, sinó que nos inspira buenas obras, y nos excita à suplicarle; luego su gracia todavía obra en nosotros. No nos abandona ¿cómo podremos pensar que nos abandonará, y que será menos bueno despues, que lo que es hoy? Nuestras súplicas y nuestras acciones son mui imperfectas, somos tibios y distraidos. ¿Pero Dios nos hace orar para no escucharnos; cumplir nuestros deberes inutilmente, y temer el infierno para hacernos caer en él? Nos avergonzariamos de racionar de este modo sobre cualquier otra materia, ¿y no nos confundiremos de discurrir así sobre la conducta de Dios?

David no es el único pecador célebre en cuyo favor ha hecho brillar el Señor su misericordia. Acab fué un Rey idólatra é impío: Dios, irritado contra él, mandó al Profeta Elias que le hiciese amenazas terribles. Acab consternado despedazó sus vestidos, se cubrió de un cilicio, ayunó, se acostó sobre la tierra, dió todas las señales de confusion y

de dolor. El Señor se apiadó y dijo á Elias: ¿has visto como Acab se ha humillado en mi presencia? Pues que él ha temido mis amenazas, yo no las ejecutaré durante su vida, yo castigaré su familia bajo el reinado de su hijo. (3) ¿Se creeria que la humillacion pasagera de un impío fuese capaz de calmar la cólera del Señor, y de hacerle diferir sus venganzas? Si con dificultad consiente en castigar á los pecadores por los azotes de esta vida, es de presumirse que tiene mas repugnancia para condenarlos eternamente en la otra.

Nosotros deberiamos repetir continuamente con el Real Profeta: alabemos al Señor, por que es bueno y su misericordia es eterna; él tiene por nosotros la ternura y la compasion de un padre con sus hijos; no trata sinó de derramar sus gracias, y perdonar las culpas, de salvar las almas; no quiere castigar ni en este mundo, ni en el otro. Estas verdades tan santas, tan consoladoras, nos parecen mas propias para tocar los corazones, convertir los pecado-

(3) 3 Reg. cap. 21 v. 27.

res, y ensanchar à los justos, que las amenazas, los terrores, las ideas de una justicia inexorable.

Se persuadirán tal vez que Dios ha tratado á David, à Acab, à toda la nacion judaica con una indulgencia exesiva, por que ellos eran su pueblo, por que habia prometido esta bondad à sus padres; pero no ha tenido menos misericordia con las naciones paganas, con los reyes infieles, á quienes nada habia prometido, y que sin razon se supone haber sido abandonados de Dios.

CAPITULO VII.

Clemencia de Dios con el Rey de Babilonia, y con los habitantes de Nínive.

EL Real Profeta estaba bien distante de pensar que Dios hubiese abandonado las naciones extrangeras: él las invita al contrario à alabarle por su providencia y bondad para con ellas.

Salmo 66. *Deus misereatur nostri.* “Dios tenga misericordia de

“ nosotros y nos bendiga: haga res-
 “ plandecer sobre nosotros la luz de
 “ su rostro; y nos mire compasivo,
 “ para que conoscamos en la tierra
 “ tu camino, y todas las naciones
 “ su salvacion. Alábente, Dios mio,
 “ los pueblos: publiquen todos los
 “ pueblos tus alabanzas. Regocí-
 “ jense, salten de gozo las naciones:
 “ porque tú juzgas à los pueblos
 “ con justicia, y diriges las nacio-
 “ nes sobre la tierra. Alábente, ó
 “ Dios mio, los pueblos: publiquen
 “ todos los pueblos tus alabanzas:
 “ ha dado la tierra su fruto. Ben-
 “ diganos Dios, el Dios nuestro,
 “ bendiganos Dios, y sea temido en
 “ todos los términos de la tierra.”

Este sentimiento de David es-
 tá confirmado por dos ejemplos cé-
 lebres.

La historia Santa nos represen-
 ta à Nabucodonosor Rey de Babi-
 lonia como el mas poderoso monarca
 del Oriente: la vasta extencion de
 su imperio, el número de sus vasa-
 llos, la magnificencia de su capital,
 la brillantéz de sus victorias, le
 habian inspirado soberbia; se hacia
 llamar el Rey de los reyes. La
 Providencia habia proporcionado la
 cautivad del pueblo judaico en los

estados de este Príncipe, para que aprendiese à conocer al verdadero Dios, y comprendiese lo absurdo del culto que tributaba à falsas divinidades. “ Príncipe, le decia Daniel, “ el Dios del Cielo es el que te “ ha dado el reino, el poder y la “ gloria de que gozas; él es el que ha “ sugetado à tu imperio esa multi- “ tud de provincias y de vasallos “ que te obedecen; à él eres deu- “ dor de tus riquezas y de tu pros- “ peridad.” (1) Lejos de aprovecharse de esta leccion, Nabucodonosor hizo erigir una estatua de oro, y quiso obligar à los judios á que la adorasen. Tres jóvenes Israelitas se rehusaron à este culto impío: el Rey los hizo echar en un horno encendido; pero Dios los conservó en medio de las llamas.

La vista de semejante milagro habria convertido à un Rey menos orgulloso y menos ciego; pero este se contentó con prohibir à sus vasallos, por un edicto, que blasfemasen contra el Dios del Cielo que habia obrado un tal prodigio; no renunció à la idolatría. Dios le castigó por

(1) *Dan. cap. 2 v. 37.*

su obstinacion; pero quiso advertirse-
lo por un sueño profético, cuya ex-
plicacion le dió Daniel; con la cual
supo el terrible estado à que iba à
ser reducido. “ Vé aquí, le dice el
Profeta, la sentencia que el Altísi-
mo ha pronunciado contra tí: tú se-
rás desterrado de la sociedad de los
hombres, habitarás entre los anima-
les del campo, vivirás como ellos de
raices y de yerbas silvestres, estarás
expuesto al rocío del Cielo y à las
intemperies del aire por siete años
completos, hasta que reconoscas que
Dios dispone de los tronos, y de
los reinos de la tierra, y los dá á
quien quiere. Pero tu reino se te
volverá luego que confesares solemne-
mente que el poder de los reyes
viene del Cielo. Redime, pues, tus
pecados por limosnas y por buenas
obras; tal vez Dios tendrá piedad
de tí. ” (2)

Pero fué inútil este consejo.
En el momento que este Príncipe
impío se llenaba de las ideas de su
grandeza y de su poder, Dios le hie-
re y ejecuta sus amenazas. Al tér-
mino de su castigo se humilla en

(2) *Dan. cap. 4 v. 21.*

fin: "levanté yo, dice Nabucodonosor, mis ojos al Cielo, y me fué restituido mi juicio: y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive eternamente. Porque su poder es un poder eterno; y su reino dura por todos los siglos; y ante él son reputados como no nada todos los habitantes de la tierra: porque según él quiere, así dispone, tanto de las potestades del Cielo, como de los moradores de la tierra, ni hai quien resista à lo que él hace; sus decretos son justos, su conducta es equitativa, y puede humillar à los soberbios cuando quiere." (3) En recompensa de este homenaje, Dios le volvió su trono y su primera prosperidad.

Este Rey habria merecido un castigo mas largo y mas rigoroso; pero la justicia del Señor cede siempre una parte de sus derechos. Una humilde confesion de nuestras culpas, una resolucion sincéra de expiarlas y de corregirnos, una sumision perfecta à los decretos de la Providencia: hé aquí todo lo que ella exige. A este precio Dios nos

(3) *Dan. cap. 4 vv. 31, 32, 34.*

perdona, rèveoca sus mas severas sentencias, pone un término al castigo, nos vuelve sus beneficios. Así ha tratado siempre no solo á sus siervos fieles, sinó à los que él llama sus enemigos, paganos, idólatras, incrédulos, hombres que hacian profesion de desconocerle y de despreciarle. ¿ Nos tratará mas rigorosamente, à nosotros, habiéndonos hecho nacer en el seno de la verdadera religion, que le hemos tributado nuestras oraciones desde la infancia, y que nos manda llamarle nuestro padre? ¿ à nosotros por cuya salvacion entregó á su propio Hijo à la muerte, prometiéndonos su herencia por el testamento solemne de este Hijo único? Cuando tuviéramos la desgracia de ofender à este Dios tan bueno, tan tierno, tan misericordioso, ¿ tendríamos mas trabajo en apaciguarle, que el que han tenido los paganos y los infieles?

Ellos habrian vuelto à entrar en su gracia por limosnas y por obras de caridad; lo cual no es muy difícil à un Rey que abunda en bienes: pero hai obras caritativas que no exigen ni riquezas, ni tesoros. Usar de dulzura, de indulgencia, de complacencia respecto de nuestros

hermanos; sufrir, excusar sus defectos como Dios tolera los nuestros, compadecerse de sus trabajos, enjugar sus lágrimas, animarlos, y consolarlos, hacerles servicios, darles sabios consejos, reconciliar à los que están desunidos, prevenir las querellas, proteger à los desvalidos, dissipar las sospechas injuriosas, cerrar el oido à la maledicencia y à la calumnia, justificar à los que se acusan, & cuanto mas se multiplican las necesidades de la humanidad, tanto mas se extiende la caridad cristiana. “No olvidéis hacer bien, dice S. Pablo, y ejercer la fraternidad: tales son las víctimas por las cuales se aplaca Dios” (4). Añadamos las prácticas de religion y de piedad, las oraciones, las adoraciones, las pruebas de sumision, de humildad, de confianza, las mortificaciones proporcionadas à nuestra debilidad, las aficciones, las penas de cuerpo y de espíritu, todo género de adversidades soportadas con paciencia. Dios nos habria prodigado menos los medios de expiar nuestras culpas, si estuviera menos dis-

(4) *Hebr. cap. 13 v. 16.*

puesto á perdonarlas; nuestras deudas son inmensas, pero su misericordia es infinita.

Para castigar crímenes de impiedad, de rebelion, de malicia obstinada, no ha empleado Dios sinó castigos pasageros, ¡ y nos persuadimos que para vengar culpas habituales, pero ligeras, faltas de miseria y de imperfeccion mas bien que de malicia ó de obstinacion, Dios desplegará todos los rigores de su justicia, y nos entregará á los suplicios eternos? No, Señor, un Rey impío ha reconocido que tú eres el Señor de los reyes, en cuya presencia nada son los hombres; pero que eres justo en todos tus decretos, irrepreensible en tus juicios; nosotros lo sabemos mejor que él, y lo confesamos con menos repugnancia. Tu justicia no es la de un tirano, de un déspota cruel, sinó la de un padre, de un Dios bueno por esencia. Tú perdonas á tus enemigos para darnos el ejemplo; sin duda alguna perdonarás mas facilmente á tus hijos.

La ciudad de Nínive era una de las mas vastas y de las mas pobladas del imperio de Asiria; pero segun la desgracia propia de las grandes ciudades, la corrupcion de

costumbres era allí proporcionada al número de sus habitantes. Dios ordena al Profeta Jonás que vaya à anunciarle su destruccion próxima. El Profeta, convencido que Dios se resolveria dificilmente à ejecutar una amenaza tan terrible, huye y se embarca para evitar esta comision. Dios excita una tempestad, obliga à los marineros à arrojar à Jonás en la mar, le hace tragar por un enorme peje, le conserva milagrosamente en las entrañas de este animal, quien tres dias despues, le vomita sobre la arena. Jonás corregido ejecutó la órden del Señor; entra en Nínive y grita de un lado à otro: dentro de cuarenta dias Nínive será destruida. El Rey de Nínive, atemorizado, ordena un ayuno universal; este pueblo inmenso se affige y se humilla, pide gracia al Señor y la obtiene.

Jonás, indignado de ver su prediccion sin efecto, se queja à Dios: “hé aquí, Señor, lo que yo preveía, y la razon por que quise huirme; yo sabia que tú eres un Dios clemente, misericordioso, paciente, cuya bondad no tiene límites, y que te dejas siempre aplacar por los pecadores. ¿Tenia yo razon para no querer hacer amenazas de tu parte?

Dios se compadeció de la debilidad de su Profeta, y quiso corregirle por su propia sensibilidad. Hizo nacer un árbolito cuya sombra ponía à Jonas à cubierto de un sol abrazador, y la noche siguiente hizo secar este abrigo tan cómodo. Jonás desolado pide la muerte. ¿Qué, le dice el Señor, tú sientes la pérdida de un árbolillo, à cuyo nacimiento nada has contribuido, que ha crecido en una noche y ha perecido del mismo modo; y tienes à mal que yo haya perdonado una ciudad inmensa, en donde hai mas de ciento veinte mil almas que no conocen todavía la diferencia entre el bien y el mal?" (5)

La conducta de Dios ha sido la misma, en todos los tiempos respecto de todos los pueblos y de todos los hombres. Desde que el pecador se convierte à él, se confiesa culpable, pide gracia, promete renunciar al crimen, y abrazar la penitencia, Dios le perdona; sus amenazas son advertencias caritativas: no las ejecuta sinó cuando el pecador obstinado las desprecia y persevera en el mal sin temor y sin remordi-

(5) *Jonás capítulos 1, 3, 4.*

mientos. Cuando nosotros nos asombramos de esta clemencia del Señor, somos tan débiles como Jonás; cuando desesperamos de ella, somos todavía mas culpables, por que tenemos títulos de confianza cien veces mas sagrados que las naciones infieles, que los justos mismos de la antigua lei.

Sin embargo, se nos dirá, los libros santos nos ofrecen el ejemplo de un Rey impío, à quien Dios no perdonó. Antioco, herido de una enfermedad cruel y asquerosa, reconoció en vano la justicia de que un mortal se someta à Dios; en vano retractó las amenazas que habia lanzado contra el pueblo de Dios, y prometió reparar sus crueldades; no dejó por eso de perecer: el autor sagrado añade que este Príncipe malo suplicaba al Señor, de quien no debia recibir misericordia (6). S. Pablo nos advierte tambien que Esaú, despues de haber vendido su derecho de primogenitura y apresurándose despues à recibir la bendicion de su padre, fué reprobado, y no obtuvo la gracia de la penitencia,

(6) 2 Macab. cap. 9 v. 12.

la tierra: por largo tiempo sus descendientes fueron mas poderosos que los de Jacob. El no fué, pues, reprobado, sinó en el sentido de que él no entró en la linea de los Patriarcas, de quienes el Mesias debia descender. No se trata aquí de la reprobacion eterna, ni del desprecio de la penitencia para la expiacion del pecado.

Nos hallamos, pues, en la obligacion de atenernos en este particular à las reflexiones del libro de la Sabiduría. "Tú tienes misericordia de todos los hombres, Señor, por lo mismo que todo lo puedes, disimulas los pecados de los hombres à fin de darles tiempo de hacer penitencia: porque tú amas todo lo que tiene ser; y nada aborreces de todo lo que has hecho. ¿Y cómo pudiera durar alguna cosa, si tú no quisieses? ¿Lo qué has sacado de la nada, puede conservarse sin tí? Perdona à todos; por que tuyas son todas las cosas, ó Señor, amador de las almas hechas á tu imágen." (8)

En las sombrías ideas que atormentan á una alma tímida y escru-

(8) Sap. cap. 11 v. 24.

pulosa, ella vé á Dios como un enemigo mas bien, que como un bienhechor; se imagina que la crió en un momento de cólera mas bien que por un motivo de benevolencia, para ejercer su odio, y no para manifestarle su amor. Antes de darnos el ser sabia el Señor lo que seríamos en todos los instantes de nuestra vida; preveía nuestras flaquezas, nuestra tibieza en su servicio, nuestra ingratitude, nuestras infidelidades; sin embargo nos ha dado la vida, nos la conserva, todas las cualidades ventajosas de cuerpo y alma de que nos ha dotado son beneficios suyos: no ha visto, pues, en nosotros un objeto de aversion y de ira, sinó de compasion y de benevolencia. Se digna asegurarnos que nos ama, y lo prueba por las gracias continuas que nos hace; ¿sosten-dremos que no es así, por que no somos dignos de su amor? A lo menos somos dignos de compasion, pues que somos miserables; somos la obra de sus manos, pues él nos ha criado; somos sus hijos, pues él nos ha adoptado en Jesucristo. ¿Qué importa saber el motivo por que nos ama, si estamos ciertos de su amor? Si alguna cosa fuera capaz de hacer-

nos perder su afecto, sería la duda injuriosa que nos atrevemos à suscitar sobre la sinceridad de su ternura.

En una familia numerosa, cuando se halla un hijo mal conformado ó enfermo, un padre y una madre prudentes se guardan mucho de manifestarle menos ternura que à los otros; al contrario, por un aumento de cuidados y de caricias, procuran indemnizarle de las desgracias de la naturaleza. No quiera Dios que nosotros supongamos en él menos sabiduría y bondad que en aquellos de que se ha servido para darnos la vida. El mismo se compara á un padre y á una madre, para excitar nuestra confianza: dice que es mas compasivo que la madre mas tierna (9). O tú, cualquiera que seas: cuando la vista de tus defectos de tus infidelidades, de tus caidas, te turbe, figúrate que en la familia del Señor, eres ese hijo maltratado por la naturaleza, que nada amable ofrece á los ojos del padre Celestial; no tienes, sinó necesidades y miserias que presentarle. Ahora, bien: ¿no es este justamente un motivo de su

(9) *Isai. cap. 49 v. 14.*

predileccion para contigo? ¿sentirás ser deudor de sus gracias, á la bondad de su corazon, mas bien que á tus méritos? ¡ Ah! Mientras mejor conoscias cuan generoso y gratuito es su amor, mas dispuesto estará Dios à concedértelo.

Pero, es á las almas virtuosas y fieles, á los justos, á los santos, á quienes Dios ha prometido su afecto y sus gracias; yo tengo la infelicidad de no ser de este número.

Aquellos de quienes acabamos de hablar siguiendo los autores sagrados, no eran ni justos, ni santos; sinó infieles, idólatras, grandes pecadores; sin embargo Dios les ha hecho gracia, y se ha compadecido de ellos: amenazándolos y aun castigándolos, tenia en mira su enmienda y su salvacion. La Escritura Santa no dice únicamente que Dios ama á los fieles y á los justos, sinó que ama á todas sus criaturas, todas las almas hechas á su imágen. Para acabar de disipar todas las dudas, examinemos quienes son los que los autores sagrados llaman fieles, justos, santos; veremos si estos nombres deben espantarnos y hacernos desesperar de las misericordias del Señor.

CAPITULO VIII.

Quienes son los que la Escritura llama fieles, justos, santos; sentimientos que Dios exige de ellos en el culto que le tributan.

PARA no engañarnos sobre el sentido de las promesas del Señor, y sobre los motivos de confianza que nos dá, es necesario considerarlos tales como se hallan en nuestros libros santos, reunirlos, compararlos, explicar lo que parece obscuro por los lugares cuya claridad es evidente; no prestar á los personajes del antiguo Testamento, ó á los que han vivido ántes de esa época, nociones de virtud y de perfeccion, de que nosotros somos deudores al Evangelio y á las lecciones divinas de Jesucristo, y que no eran conocidas antes de él.

Las costumbres del antiguo mundo no se parecian á las nuestras; todavía hai hoy una diferencia infinita entre las naciones civilizadas, y las que comienzan solamente á salir de la barbarie. Cuando se co-

nocen unas y otras, se siente mejor el precio de la gracia que Dios nos ha hecho, colocándonos, desde nuestro nacimiento, en el seno del cristianismo. ¿Tendríamos las mismas ideas que ahora tenemos de la virtud, de la santidad, del servicio de Dios, de nuestros deberes para con el prójimo, si hubiéramos sido educados entre naciones infieles y bárbaras?

En general, las costumbres de los antiguos adoradores del verdadero Dios, instruidos por la revelación divina, fueron mucho más puras, que las de los pueblos sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Cuando leemos el modo de vivir de la mayor parte de los idólatras modernos, su estupidez, la rudeza de su carácter, lo absurdo de sus usos, la multitud de desórdenes á que se entregan, que aun son autorizados por sus leyes; este espectáculo nos aflige y nos humilla, nos avergonzamos de nuestra propia naturaleza. ¿Cómo, decimos, puede Dios sufrir sobre la tierra tantas criaturas que se asemejan menos á los hombres, que á los brutes? Tales seríamos nosotros mismos, si Dios no nos hubiese proporcionado en el seno de

la religion verdadera, una mejor educacion, conocimientos mas perfectos, medios de salvacion mas poderosos, y mas abundantes. Los Patriarcas y los judios, rodeados de naciones, cuya idolatria era mui grosera, y sus costumbres mui corrompidas, no podian ser tan perfectos como si hubiesen vivido en los siglos ilustrados por el Evangelio, entre pueblos formados en la virtud por la moral y por los ejemplos de Jesueristo. Dios, que es la justicia y la bondad misma, no exigia entonces de sus siervos una santidad tan eminente como aquella de que nuestro Divino Salvador ha sido el primer modelo; les mandaba solamente la obediencia à sus leyes tales como se las habia hecho conocer, y segun la medida de las gracias que se dignaba concederles.

Esta es ya suficiente para hacernos entender lo que la Escritura nos dice de esos hombres venerables. Ella llama *fieles* à todos los que conocian al verdadero Dios, y hacian profesion de adorarle; *santos*, à todos los que perseveraban en su culto, y no se habian manchado por la idolatria. Un *justo* era lo que nosotros llamamos un hombre hones-

to, cuya equidad es conocida y su reputacion sin mancha. *Temer á Dios*, en el estílo de los escritores sagrados, no significa siempre temer su justicia; sinó reconocer su soberano dominio. El *temor de Dios* es, segun nuestro modo de hablar, el respeto que se tiene por Dios y por sus leyes. El llama sus *santos*, á los ministros de su culto (1), aunque ellos no tengan siempre las virtudes que exige la santidad de sus funciones.

Un *santo* no fué, pues, jamás un hombre de una virtud sin defecto, de una conciencia irreprensible, de una inocencia perfecta. Exepto Jesucristo, el Santo de los santos, y la Bienaventurada Vírgen su Madre, ninguna alma ha estado libre de culpas. Si nosotros pretendemos estar sin pecado, nos dice el Apóstol S. Juan, nos engañamos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (2). David nos ha trazado el retrato de un justo tal como él lo concebía.

Salmo 14. *Domine, quis habi-*

(1) *Psal.* 49 v. 5.

(2) *Prim. Joan cap.* 1 v. 8.

abit. “ ¿ Cual es, Señor, el hombre
 “ digno de entrar en tu santuario, y
 “ de gustar la paz sobre la mon-
 “ taña santa en que eres adorado?
 “ Será el que vive sin mancha, que
 “ practica la justicia, que anuncia
 “ la verdad tal como está en su co-
 “ razon, y que no ha usado de en-
 “ gaño en sus palabras. El que no
 “ ha hecho mal á su prójimo, ni
 “ escuchado las calumnias contra sus
 “ hermanos; el que mira al malo
 “ como una no nada, y honra à los
 “ que temen al Señor, que guarda
 “ con fidelidad sus juramentos, que
 “ no ha aumentado sus riquezas por
 “ la usura, ni se deja cohechar pa-
 “ ra oprimir la inocencia: con esta
 “ conducta, su virtud no será jamás
 “ conmovida.” Tales son entre noso-
 tros los deberes comunes de un hom-
 bre de probidad, de un hombre de bien.

San Agustin ha entendido en el mismo sentido lo que el Evangelio dice de Zacarias y de Isabel, que ambos eran justos delante de Dios, y caminaban irreprensiblemente en la senda de los mandamientos y de la lei del Señor (3),

(3) *Luc. cap. 1 v. 6. S. Agust. lib. de grat. chti. cap. 48 n. 53.*

En los antiguos justos, hallamos frecuentemente razgos de una virtud heroica; pero no debemos asombrarnos de notar tambien imperfecciones y debilidades. El Espiritu Santo que ha guiado la pluma de los escritores sagrados, nos pone estos ejemplos à la vista, para consolarnos de nuestros propios defectos, y convencernos que ellos son el patrimonio de la humanidad; y que si debemos humillarnos, à lo menos ellos no impiden que el Señor ejerza su bondad y su misericordia con todos los hombres.

Cuando Dios decía à los judios, *vosotros sereis santos por que yo sois Santo*, no exigia que estos hombres tan groseros fuesen todos modelos de santidad y de perfeccion; hemos visto que la masa de la nacion estaba mui distante de esto. Esta leccion significaba: vosotros sereis fieles al culto que yo os prescribo, él os hará santos en cuanto sois capaces de serlo, y mucho menos viciosos que los pueblos de que estais rodeados. De aquí los judios concluyen mui mal que Dios no ha podido dar à los hombres por Jesucristo una religion mas santa que la suya. Moisés les dice: *vosotros sereis perfectos*

y sin mancha delante del Señor vuestro Dios; (4) y él hace consistir esta perfeccion en no imitar las abominaciones de que los pueblos idólatras se hacian culpables.

Del mismo modo cuando Jesucristo nos dice en el Evangelio: sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto; (5) no entiende que hombres débiles deban elevarse á las perfecciones de la Divinidad; sinó que ellos deban imitarlas en cuanto su flaqueza puede permitirlo. Nuestro Divino Maestro nos lo hace comprender bastantemente, pues nos exhorta en este mismo lugar à hacer bien à nuestros enemigos lo mismo que à nuestros amigos, à fin de imitar la bondad divina, que derrama sus beneficios sobre los buenos y sobre los malos.

Todavía lo manifiesta mas claramente en otra parte. “Un jóven vino à preguntar à Jesus: mi buen Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna? Si quieres llegar à ella, le dice el Salvador, guarda los mandamientos. Tú los

(4) *Deuter. cap. 18 v. 13.*

(5) *Math. cap. 5 v. 48.*

conoces: ellos prohiben el homicidio, el adulterio, el hurto, el falso testimonio; ordenan honrar à los padres y à las madres, amar al prójimo como à sí mismo. Yo los he guardado desde mi juventud, respondió el jóven. Si quieres ser perfecto, replicó Jesus, vé à vender todo lo que posees, dalo à los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; ven despues y sigueme" (6).

Jesucristo, pues, decide formalmente, que para conseguir la vida eterna, basta guardar los mandamientos de Dios, llenar los deberes que ellos prescriben, evitar los crímenes que prohiben. Lo que nos exhorta à unir à esto para una mayor perfeccion, debe merecernos en el Cielo un tesoro mas rico, una recompensa mas abundante; pero si desgraciadamente no tenemos el valor de hacer lo que nos aconseja, nuestra salvacion no estaria por esto desesperada ó en peligro. Dios no impone como un deber, estos consejos de perfeccion; no los ha exigido de los justos, de los santos, de los que llama sus amigos, ya en la antigua lei,

(6) *Math. cap. 19 v. 16.*

ya en los siglos precedentes. Estos consejos eran necesarios à los que Jesucristo destinaba al apostolado, pero no ha forzado à ninguno para que sea Apóstol; solamente ha invitado à todos los que juzgaba capaces. Guardémonos de pensar que este Divino Maestro nos haya hecho la salvacion mas difícil que lo que era ántes, ó que la justicia de Dios sea hoy mas severa que en otro tiempo. Cuando Dios multiplica nuestros deberes, aumenta sus gracias à proporcion.

Se ha dicho que Noe fué justo y perfecto entre los hombres de su tiempo, que marchó en la presencia de Dios, que halló gracia delante de él (7); porque no imitó la corrupcion de costumbres y los crímenes que reinaban entonces sobre la tierra. Dios dijo al Patriarca Abraan: “Yo soi el Dios todopoderoso, camina en mi presencia, y se perfecto, yo haré alianza contigo.” (8) Esta perfeccion debia consistir en no adorar sinó à solo Dios, en ejecutar fielmente sus órdenes, en

[7) *Gen. cap. 6 v. 8.*

(8) *Gen. cap. 17 v. 1.*

contar sobre sus promesas.

Si por una parte leemos que Dios ama à los justos y aborrece la iniquidad (9), leemos tambien por otra que no detesta al pecador, que no aborrece ningūna de sus criaturas, que todas las almas le son queridas (10). Dios ama, pues, tambien à los pecadores, supuesto que los llama, los aguarda à penitencia, y los recibe con bondad cuando se convierten à él. Está escrito que los ojos del Señor están siempre abiertos sobre los justos, y sus oídos siempre atentos à sus súplicas; (11) pero el mismo autor sagrado nos enseña que Dios escucha los deseos de los pobres y que su oído oye los sentimientos mas secretos de su corazón (12). No es, pues, necesario ser santo, basta ser pobre para orar con confianza y con fruto; quanto mas sentimos nuestra miseria, mas pronto está el Señor à aliviarnos: ya es ser *justo* reconocer nuestra indignidad. El publicano se volvió à su

[9] *Psal.* 145 v. 8.

(10) *Sap. cap.* 11 v. 28.

(11) *Psal.* 33 v. 16.

(12) *Psal.* 9 v. 17.

casa *justificado* por que habia dicho à Dios con humildad: Señor, ten compasion de mí pobre pecador (13).

David dice que el justo se regocijará en el Señor, y pondrá su esperanza en él, que los hombres de un corazon recto serán colmados de elogios (14); pero él invita tambien à todos los pueblos, à todos los hombres sin exepcion, à esperar en el Señor, á derramar su corazon en su presencia, por que es nuestro apoyo y nuestro libertador eterno (15). Justos ó pecadores, fuertes ó débiles, fervorosos ó tibios, sanos ó enfermos, debemos esperar, presentarnos à Dios con efusion de corazon, con el consuelo de hablar al Soberano médico de las almas, al distribuidor de todas las gracias.

Jamás el Real Profeta ha exhortado á alguno à que lleve al pie de los altares del Señor la amargura, la tristeza, el desaliento, la desconfianza; sus salmos estan llenos de exhortaciones contrarias. Sin cesar repite: alabad al Señor, por que es bueno, por que su misericordia es eterna.

(13) *Luc. cap. 18 v. 13.*

(14) *Psal. 63 v. 11.*

(15) *Psal. 61 v. 9.*

Salmo 32. *Exultate, justi.* “Almas justas, regocijaos en el Señor, pertenece à los corazones puros y rectos, cantar sus alabanzas. ¡ Feliz la nacion que no conoce otro Dios que él, y que él ha escogido por su herencia! De lo alto del Cielo vela sobre todos los hijos de los hombres; desde su morada eterna, considera todos los habitantes de la tierra; él es el que dirige su corazon, es testigo de todas sus acciones.... Pero sus ojos estan sobre todo atentos à los que le temen, à los que esperan en su misericordia; vela para preservar su alma de la muerte, y subvenir à todas sus necesidades. Que nuestra alma descance en él, pues que es nuestro apoyo, y nuestro protector. Nuestro corazon se regocijará en él, nosotros pondremos en su santo nombre toda nuestra confianza. Has, Señor, brillar sobre nosotros tu misericordia à proporcion de la esperanza que tenemos en tí.”

Salmo 65. *Jubilate Deo.* “Pueblos de la tierra, cantad las alabanzas del Señor, servidle con sentimientos de júbilo; venid à su presencia con transporte de alegria; reconoced que él es el solo Dios del universo, nuestro Criador, el solo autor de

nuestra vida. Vosotros, sobre todo que formais su pueblo particular, el rebaño querido de que él es pastor, entrad en su santo templo, haced brillar vuestra alegría por vuestros cánticos. Alabad su santo nombre, por que él es la bondad misma; su misericordia es eterna; cumple sus promesas sobre los padres y sobre los hijos hasta las últimas generaciones.”

Para desterrar la tristeza y hacer derramar los corazones en su presencia, Dios tuvo à bien que se emplease en su culto la pompa de las ceremonias, la poesia, el canto, los instrumentos músicos, los banquetes de fraternidad, la danza misma, y todas las expresiones de la alegría. La experiencia prueba que estos signos exteriores agitan el alma, le inspiran respeto y amor por Dios, fervor en su servicio, caridad y afecto por el prójimo. Moyses, hablando à los judios de la celebracion de sus fiestas, les decia: vosotros os regocijareis delante del Señor vuestro Dios. (16) La afliccion no les estaba mandada sinó una vez por año,

(16) *Levit. c. 23 v. 40. Deut. c. 12 v. 18.*

en el gran día de la expiación solemne (17). David invitaba à los ministros del Tabernáculo à hacer resonar los aires con el canto de las alabanzas del Señor.

Salmo 150, *Laudate Dominum in Sanctis ejus.* “Alabad al Señor en su Santuario, en el lugar santo en donde hace brillar su poder; alabadle en medio de ese ejército de adoradores que le rodean, y con un aparato digno de su grandeza. Que el sonido de la trompeta, los tonos mas dulces de la lira, el ruido del tambor, los acentos de la voz, se reunan y se sucedan; que el concierto de instrumentos músicos lleve la alegría à los corazones; que todos conspiran à celebrar la gloria del Señor.”

Un culto lúgubre no era, pues, el que Dios exigia de su pueblo; no pedia al pie de sus altares gritos del dolor, el temblor, espanto, rostros tristes y abatidos. Los Profetas no exhortaban al pueblo à llorar delante del Señor, sinó cuando se habia hecho culpable de infidelidad y de desobediencia, y que experimentaba los azotes de la justicia divina.

(17) *Levit. c. 16 v. 29. c. 23 v. 27.*

A la verdad, algunas veces el Señor se ha llamado el Dios zeloso, el Dios terrible, el Dios de las venganzas; ha dicho à los judios: temblad delante de mi Santuario; pero este tono era necesario para imprimir respeto à una nacion demasiado indócil, y que tenia el furor de entregarse à la idolatria. Para apartarla de ella, Dios dice que es zeloso de su culto, que no sufrirá que se tributen à falsas divinidades las adoraciones debidas à él solo. Aun cuando amenaza castigar este crimen hasta la tercera y quarta generacion de los culpables, añade que hace misericordia hasta la milésima à los que le permanecen fieles y guardan sus mandamientos (18). El es el Dios terrible cuando castiga à los pecadores endurecidos, que han resistido largo tiempo à sus promesas, à sus amenazas, à sus beneficios; pero se deja todavía aplacar cuando el castigo los humilla, los corrige, los hace volver à él: cien veces lo ha repetido.

El es el Dios de las venganzas, por que el derecho de vengarse per-

(18) *Exod. cap. 20 v. 4.*

tenece á él solo; y lo ha reservado á su justicia soberana (19). El hombre no debe atribuirselo, está muy sugeto á engañarse y á dejarse dominar por las pasiones. Pero es siempre con sentimiento que Dios ejerce este tremendo derecho, no hace uso de él, sinó despues de una larga paciencia; en el tiempo mismo en que su cólera se enciende, ¡son dichosos todavía los que esperan en él! (20)

Cuando ordenaba á los jüdios temblar delante de su Santuario, era para impedirles que introdugesen en él las supersticiones y los crímenes de la idolatria: él mismo lo advierte (21); pero jamás les prescribió el terror y el espanto, como un medio de agradarle y de honrarle.

Mas, si la paz interior, la alegría, la confianza en Dios estaban mandadas á los jüdios bajo una lei de rigor, que, segun el pensamiento de S. Pablo, era hecha para esclavos mas bien que para los hijos de Dios (22); ¿con cuanta mayor ra-

(19] *Rom. cap. 12 v. 19.*

(20] *Psal. 2 v. 13.*

(21] *Levit. cap. 26 v. 1.*

(22] *Rom. cap. 8 v. 15, Gala c. 4 v. 7.*

zon estos sentimientos deben reinar bajo la lei de gracia, en el corazon de cristianos que Dios se ha dignado adoptar por medio su Hijo que son los verdaderos herederos de sus promesas? Segun la doctrina constante de S. Pablo, el espíritu de la lei nueva no es ya el temor, sinó la confianza y el amor: "el espíritu de Dios, dice, dá testimonio á nuestras almas de que nosotros somos hijos y herederos de Dios y coherederos de Jesucristo." (23.)

Así S. Pablo jamás ha pretendido que el culto de los cristianos debiese ser mas triste ni mas lúgubre que el de los judios: "llenaos del Espíritu Santo, dice á los efesios, entreteneos mutuamente por salmos, himnos, cánticos espirituales; entonad con todo vuestro corazon las alabanzas del Señor. Dad gracias por todos á Dios nuestro Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo." (24) Repite lo mismo á los colosenses diciéndoles, despues de haberlos exhortado á la caridad mutua: "que la paz de Jesucristo haga saltar vues-

(23) *Rom. cap. 9 v. 16.*

(24) *Ephe. cap. 5 v. 18.*

tros corazones; vosotros habeis sido llamados á formar un solo cuerpo, una misma familia, sed reconocidos. Que la palabra de Jesucristo se haga oír entre vosotros abundantemente y con sabiduría. Instruíos, edificaos unos á los otros por salmos, himnos, cánticos espirituales: cantad las alabanzas de Dios con decencia y de todo vuestro corazón." (25)

La Iglesia cristiana ha seguido, pues, las lecciones de los Apóstoles, cuando ha introducido en el culto del Señor un aparato pomposo, el canto, las iluminaciones, y todos los signos de la alegría. Ella invita á los fieles al comenzar el oficio divino diciéndoles: "venid, regocijémonos en el Señor; cantemos con júbilo las alabanzas del Dios Salvador nuestro. Corramos á presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias y entonando himnos á su gloria." (26)

Pero Jesucristo ha dicho en el Evangelio: bienaventurados los que lloran, por que ellos serán consolados (27). Añade hablando á sus

(25) *Colos. cap. 3 v. 14.*

(26) *Psalm. 94 v. 1.*

(27) *Math. cap. 5 v. 5.*

discípulos: vosotros llorareis y gemireis; el mundo estará en la alegría, y vosotros en la tristeza; pero vuestra tristeza será mudada en gozo, . . . Vosotros os afligis ahora, yo os volveré á ver y vuestro corazón se regocijará y ninguno os podrá quitar la alegría que yo os daré (28). Nosotros, pues, no podemos esperar placer sino en el Cielo; las lágrimas, la aflicción, los gemidos de la penitencia, son el patrimonio del verdadero cristiano sobre la tierra.

¿Y es este verdaderamente el sentido de las palabras del Salvador? Su vida no fué ni para él, ni para sus discípulos un tiempo de alegría y de consuelo; su muerte fué precedida de tres años de persecuciones y de sufrimientos: pero él promete á estos mismos discípulos borrar la memoria de sus padecimientos, y consolarlos por su resurrección: y cumplió su palabra. Durante los primeros siglos de la predicación del Evangelio, los cristianos fueron tratados como su Divino Maestro: objeto del odio público, temblaron continuamente por su vida;

(28) Joan. cap. 16 v. 20,

no era este el tiempo de regocijarse. Felices sin embargo los que tenían el valor de preferir la tristeza y el oprobio de los cristianos á la alegría insensata de los paganos; por ellos fué que Jesucristo dijo: bienaventurados los que lloran: sus lágrimas estan mezcladas de una santa alegría. Así S. Pablo escribiendo á los fieles, les decia: "regocijaos siempre en el Señor; yo os lo repito, regocijaos: que vuestra modestia sea conocida de todos los hombres (29). En lo demás, mis hermanos, regocijaos, sed perfectos, exitaos los unos á los otros, sed del mismo parecer, tened la paz; y el Dios de la paz y de la caridad estará con vosotros (30]. Yo rebozo en alegría en medio de todas nuestras tribulaciones." (31) Los frutos del Espíritu Santo son: la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longaminidad, la mansedumbre, la fidelidad, la modestia, la continencia, la castidad (32). Un

(29) *Philip. cap. 4 v. 4.*

(30) *2. Cor. cap. 13 v. 11.*

[31) *2. Cor. cap. 7 v. 4.*

(32) *Galat. cap. 5 v. 22.*

exterior triste jamás ha sido propio para hacer la virtud amable.

La Iglesia, fiel intérprete de las lecciones de Jesucristo su esposo, pide á Dios para sus hijos una alegría interior que nada pueda turbarla. “ Señor, que por las humillaciones de vuestro Hijo, habeis levantado el mundo del estado miserable á que se hallaba reducido; conceded á vuestros fieles una alegría perpetua, y poned en posesion de los contentos del Cielo á los que habeis arrancado de los peligros de la muerte eterna. Por Jesucristo nuestro Señor. (*Segunda Dominica despues de Pascua*).

En toda la duración de los siglos que han precedido al Evangelio, la conducta de la Divina Providencia, lejos de llevar á nuestras almas la turbacion, la desconfianza, el terror, no tiende sinó á inspirarnos sentimientos contrarios. Si la lei antigua era en comparacion de la nueva, un estado de servidumbre, es necesario convenir que los judíos eran esclavos de un buen Señor; él los trató como padre, mas bien que como soberano. No quiera Dios sin embargo que nosotros desconoscamos nuestras ventajas en calidad de cris-

tianos. La misma bondad infinita, que no ha cesado de mostrarse á los hombres, y de derramar gracias sobre ellos en todas las edades del mundo, se ha hecho aún mas sensible y mas palpable en la persona del Hijo de Dios: en el ésta bondad se ha humanizado, segun la expresion de S. Pablo: Dios nuestro Criador y nuestro Padre ha venido á ser nuestro Salvador, la víctima y el precio de nuestra redencion. " Dios lo ha hecho, no por nuestros méritos, sino por su misericordia; él ha derramado sobre nosotros su Espíritu Santo por Jesucristo, para que justificados por su gracia, seamos herederos de la vida eterna (33). Desde aquel momento, la esperanza, la confianza, la paz interior de nuestras almas, no se funda ya solamente sobre la bondad infinita de Dios, sino tambien sobre los méritos y las promesas de Jesucristo; sobre un tratado solemne è irrevocable de paz, que el Divino Mediador concluyó entre la justicia de Dios y la naturaleza humana.

(33) *Ad Tit. cap. 3 v. 4.*

CAPITULO IX.

Designio que Dios se ha propuesto en la Encarnacion de su Hijo: él ha querido que nuestro culto sea santificado por la confianza y por el amor.

DIOS habia dicho por la boca de Jeremías: “llegará el dia en que yo haré con los Israelitas una alianza nueva: no se parecerá á la que hice con ellos cuando los saqué del Egipto, y que no han observado.....pero yo gravaré mi lei en los corazones, la imprimiré en las almas; seré su Dios, y ellos serán mi pueblo...perdonaré sus iniquidades, y no me acordaré mas de sus pecados” (1).

Asi una de las verdades que San Pablo se ha propuesto establecer y persuadir á los fieles, es la diferencia infinita que hai entre la antigua alianza; y la nueva, entre la lei que Dios habia impuesto á los Judíos por Moysés, y la que nos ha dado por Jesucristo. Este es el principal objeto

(1) Jerem. c. 31. v. 31.

que el grande Apóstol se propone en su carta á los Hebréos: todas sus reflexiones se dirijen á inspirarnos un tierno reconocimiento para con Dios; una confianza firme en su bondad, una paz interior, entera y perfecta.

Es necesario notar que la lei de gracia ha sido dada no por un legislador humano tal como Moysés, no por el ministerio de los ángeles como la lei antigua; sinó por el Hijo de Dios á quien pertenecen todos los derechos de la Divinidad, que es tan superior á los ángeles, como Dios lo es á sus criaturas. Este Verbo Divino, revistiéndose de nuestra naturaleza, nos ha hecho participar de la suya; él se digna llamar nos sus hermanos. Ha sido necesario, dice San Pablo, que él fuese semejante á nosotros en todas las cosas, para que fuese misericordioso, hiciese las funciones de Soberano Sacerdote entre Dios y nosotros, y espíase los pecados de su pueblo. Despues de haber probado las enfermedades de nuestra carne, él reunió á la omnipotencia divina la voluntad de socorrer á todos los que estan espuestos á las mismas pruebas (2).

(2) Hebr. c. 1, 2.

Si nosotros tuvieramos por mediador un puro hombre, este seria muy débil, careceria de poder para sostener nuestros intereses; si fuese un Dios con todo el resplandor de sus perfecciones infinitas, su santidad enemiga de todo defecto, nos haria temblar. Pero nosotros tenemos un Dios hecho hombre revestido de todas nuestras debilidades, hecho nuestro hermano, que conoce por su propia experiencia la fragilidad de nuestra naturaleza; y la ha querido probar, para ser mas misericordioso con nosotros: ¿temeremos hallar en él un juez rigoroso, y nos recelaremos de poner nuestra suerte en sus manos? Si nuestras enfermedades fuesen un obstáculo á la salvacion, el Hijo de Dios no habria querido revestirse de ellas; sinó tuvieramos necesidad de compasion y de indulgencia, él mismo no habria tenido necesidad de abatirse hasta nosotros. Lo que nos aflige y confunde deberia mas bien animar nuestra confianza." Tenemos, continúa San Pablo, un Soberano Pontífice bajado del Cielo, Jesus Hijo de Dios: no es un Pontífice incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo experimentado todas las tentaciones á excepcion del pecado, por

razon de la semejanza con nosotros. Acerquémonos, pues, con confianza al trono de su bondad para recibir allí misericordia, y hallar el socorro de la gracia conveniente á nuestra debilidad (3).

De aqui resulta una diferencia infinita entre el antiguo sacerdocio y el nuevo: el de Jesucristo no es pasajero, sinó eterno; ya este divino Salvador ha egercido las funciones durante su vida mortal: “ha ofrecido sus votos, sus oraciones, sus gemidos, y sus lágrimas al que podia eximirle de la muerte, y ha sido escuchado por el respeto que le es debido; pero, aunque Hijo de Dios, sufriendo él, nos ha enseñado á obedecer, y cumpliendo todas las órdenes de su Padre, ha venido á ser el principio de la salud eterna para todos los que le estan sugetos (4).” Lo que comenzó á hacer sobre la tierra, lo continúa en el Cielo.” Siempre vivo, siempre ocupado en orar por nosotros, puede en toda la eternidad salvar á los que se dirijen á Dios por su intercesion. Tal es el soberano

(3) *Hebr. c. 4. v. 14.*

(4) *Hebr. c. 5. v. 7.*

sacerdote de que nosotros tenemos necesidad, Santo, inocente, esento de manchas, separado de los pecadores, colocado en lo mas alto del cielo; no necesita como los otros Sacerdotes ofrecer todos los dias víctimas por sus propias culpas, despues por las del pueblo; él lo ha hecho una vez ofreciéndose á sí mismo. La antigua lei establecia sacerdotes sugetos á las debilidades humanas; la que Dios ha confirmado por juramento nos da por Pontífice eterno al Hijo de Dios, modelo de toda perfeccion" (5).

No digamos mas que nuestras oraciones son indignas de ser escuchadas: no somos nosotros los que las presentamos á Dios, es Jesucristo. Consignadas y recibidas en sus manos divinas, ellas participan de sus méritos y se confunden con las suyas: no somos nosotros los que obtenemos de Dios gracia y misericordia, es él, y nos ha prometido que todo lo que pidiesemos á su Padre en su nombre, nos será concedido (6). Todo lo que podemos ofrecer á Dios, todo lo que podemos hacer por Dios, es na-

(5) *Hebr. c. 7. v. 24.*

(6) *Joan. c. 15. v. 7.*

da, pues somos siervos mui inútiles; (7) pero Jesucristo recibe nuestras ofrendas, y nuestras buenas obras, las presenta á su Padre, se ofrece á sí mismo en el Cielo y sobre los altares: tal es la función de mediador y de Soberano Sacerdote que ejerce eternamente. Débiles, tibios, inconstantes, pecadores, hijos ingratos, hermanos indignos de acercarnos á Jesucristo, debemos sin embargo unirnos á él, pues nos convida, lo quiere, lo ordena: insistir siempre sobre nuestra indignidad, no es una humildad sincera, es una resistencia formal.

San Pablo continúa el paralelo y opone los sacramentos de la ley nueva á las ceremonias de la ley antigua. Esta habia establecido á la verdad un culto pomposo, un tabernáculo, y despues un soberbio templo, una arca de alianza en la cual estaban las tablas de la lei, y un vaso lleno de maná; altares, sacrificios, ofrendas, purificaciones de toda especie: pero todo este aparato no afectaba sinó á los sentidos, nada obra sobre el alma ni sobre la conciencia de los pecadores; ved aqui por que

(7) *Luc. c. 17. v. 10.*

era necesario renovarlos sin cesar. Jesucristo, Pontífice de la lei nueva, no ha entrado en un templo edificado por la mano de los hombres, sinó en el Cielo; no ha ofrecido á Dios la sangre de los animales, sinó su propia sangre; no ha purificado los cuerpos; sinó las almas. “ Si la aspersion de la sangre de las víctimas, prosigue San Pablo, bastaba para purificar la carne de los que habian contraído alguna mancha, ¿ con cuanta mayor razon la Sangre de Jesucristo, que se ha ofrecido á Dios como una víctima pura, limpiará nuestra conciencia de todas las obras muertas, y nos hará dignos de servir al Dios vivo? (8)

Mas los sacramentos que este divino Salvador ha instituido y dejado á su Iglesia, nos aplican los méritos de esta sangre preciosa; Jesucristo la reproduce todos los dias sobre los altares para perpetuar sus efectos saludables; permanece en nuestros tabernáculos en estado de víctima, para que tengamos la oportunidad de beber en esta fuente abundante de gracias y de beneficios. La voz de nuestros crímenes, por enormes que sean,

(8) Hebr. c. 9. v. 13.

no puede sofocar la del Hijo de Dios que pide misericordia por nosotros; cuando Dios tuviese siempre los rayos en la mano, sus golpes serian detenidos por la presencia del cordero sin mancha inmolido por nosotros.

Ninguna práctica de devocion puede por sí misma hacernos santos. Un espíritu caprichoso, un corazon dañado puede unir las con pasiones mui vivas y mal reprimidas; pero las que la Iglesia nos propone y nos ordena, vienen de Jesucristo por el canal de su esposa. Bajo este punto de vista, ellas son tan tiernas, tan capaces de hablar al corazon, que es imposible practicarlas constantemente sin sacar fruto de satisfaccion. Guárdemonos de despreciarlas, de disgustarnos de ellas, bajo pretesto que las hacemos mal, que no sacamos alguna utilidad, que somos siempre los mismos, que no hacemos algun progreso en la perfeccion. Se ha adelantado mucho con haber aprendido á ser constante, á no desmayar jamás, á llenar nuestros deberes, no para estar contentos de nosotros mismos, sino de temor que Dios no lo esté. Frecuentemente la pereza toma el lenguaje de la humildad, y la molicie se oculta bajo el manto de la descon-

fianza: lazo peligroso, del cual es necesario preservarnos.

No es de admirarse que las promesas unidas à la nueva alianza sean infinitamente superiores à las que Dios habia hecho en la antigua: San Pablo nos lo ha hecho notar. Dios habia prometido à los Judíos la abundancia de los bienes temporales, la prosperidad en este mundo; pero estas promesas miraban mas bien al cuerpo de la nacion judaica que à los particulares, y frecuentemente las infidelidades de este pueblo impidieron los efectos de la benevolencia del Señor. Cuando los judíos hubiesen sido mas sumisos y su felicidad mas constante sobre la tierra, esta no era, dice San Pablo, sinó la sombra de los bienes futuros y de las bendiciones que Dios nos reservaba por Jesucristo; era una imágen mas bien que la realidad (9). Dios hacia esperar à sus adoradores un reposo del cual se han privado de su incredulidad y sus desobedencias continuas (10); David ya los habia reprendido sobre el particular. (11) Por Jesucristo nos pro-

(9) *Hebr.* c. 10. v. 1.

(10) *Hebr.* c. 4. v. 1.

(11) *Psal.* 94. v. 11.

mete Dios un reposo eterno en el seno de su gloria. No se ha limitado á una simple palabra: “ para hacer conocer mejor á los herederos de su promesa la firmeza inmutable de su consejo, añade un juramento; á fin de que en este doble lazo, á que es imposible que Dios falte jamas, tengamos el mas poderoso motivo de consuelo, y la mas firme esperanza de los bienes que nos están prometidos. Sobre esta áncora inmóvil debe estar fundada la tranquilidad de nuestras almas ” (12).

¿ Por una incredulidad semejante á la de los judíos haremos vanas, promesas tan sagradas y consoladoras ? Dios les habia prometido hacerlos gozar de reposo en la Palestina que les destinaba; ellos se desalentaron ; cuando tuvieron que conquistar aquel pais, se atemorizaron de los enemigos que tendrian que vencer, y prorumpieron en murmuraciones y en llantos. Dios irritado, les juró que á la tierra prometida no entrarían, los retuvo cuarenta años en el desierto, é hizo perecer á todos los que pasaban de la edad de veinte años (13). Ved aqui

(12) *Hebr. c. 6. v. 17*

(13) *Numer. c. 14. v. 29.*

la suerte á que se esponen las almas que se espantan de las dificultades de la salvacion, y desconfian de las promesas de Dios; San Pablo lo ha advertido: "Guardémonos, dice, de renunciar á la promesa que Dios nos hace de entrar en su reposo, de temor que alguno de vosotros sea privado de él: por que Dios nos ha hablado como á los judíos; pero esta palabra de nada les sirvió, por que ellos carecieron de fé. Exitémonos al contrario á entrar en este reposo eterno, y á no caer en semejante ejemplo de incredulidad" (14).

Para llegar á esa recompensa, es necesario combatir y vencer; pero Dios que nos la preparaba, nos ha prometido tambien los auxilios, las gracias, la fuerza necesaria; Jesucristo que se dignó adquirírnosla por su sangre, es tambien el dispensador de los medios que conducen á ella, supuesto que Dios quiere que espere- mos el fin, quiere tambien que contemos sobre los medios; ni de una, ni de otra cosa debemos desconfiar.

En efecto, San Pablo nos enseña que la fé es la que nos asegura la

(14) *Hebr. c. 4. v. 1. 2. 11.*

posesión de las ventajas unidas á la nueva alianza; ¿pero en qué consiste esta fé, según el mismo Apostol? No se trata solamente de creer las verdades que Dios nös ha revelado, y de convenir con las máximas de moral que nos ha enseñado, sinó tambien de contar sobre las promesas que nos ha hecho. Sea que Dios hable para instruirnos, sea que mande para arreglar nuestras acciones, sea que prometa para exitar nuestro valor; él es siempre la misma verdad, y siempre estamos igualmente obligados á creer á su palabra. En este sentido es, según San Pablo, que la fé es el fundamento de lo que esperamos, y la convicción de las cosas que no vemos (15); y así es que los Patriarcas y los justos de la antigua lei, han creído en Dios: la fé que ellos han dado á sus promesas, los ha hecho capaces de resistir á todas las pruebas en que frecuentemente puso su obediencia.

Abraam, llamado el padre de los creyentes, es un ilustre ejemplo. Dios le ordenó dejar su patria, y le prometió colmarle de bendiciones en una

(15) Hebr. c. 11. v. 1.

tierra extranjera: Abraan partió y consintió en viajar toda su vida. Dios le aseguró que le daría un hijo en una edad en que su esposa y él no se hallaban en estado de tenerlo: Abraan creyó á la palabra del Señor, y tuvo el consuelo de verla cumplida. Bien pronto Dios le mandó inmolar este hijo querido y hacerle un sacrificio: Abraan no vaciló; creyó, dice San Pablo, que Dios resucitaria mas bien este hijo que faltar á su palabra. Lo mismo sucede con los otros justos, cuya fé, constancia y virtud alaba el Apóstol.

Ved aqui, continúa él mismo, una nube de testigos que deponen de la certidumbre de las promesas del Señor; testimonio tanto mas heroico, quanto que ellos han muerto sin ver su entero cumplimiento; este estaba reservado para el tiempo en que el Hijo de Dios debía aparecer sobre la tierra (16). Ninguno está mas espuesto á no imitar este ejemplo que las almas que se entregan al temor, á la tristeza, á la desconfianza; que se persuaden que las promesas de Dios no las miran, ni se cumplirán respecto de ellas.

(16) Hebr. ca. 11. 12.

Nosotros nos aflijiríamos si nos hubiese sucedido caer en el crimen de incredulidad, revocando á duda las verdades que Jesucristo nos ha enseñado, rehusando prestar asenso á las lecciones sublimes de moral que nos ha dado; pero no contar sobre sus promesas, persuadirnos á que no sentiremos sus efectos, que nuestra resistencia las hará vanas, ¿no es otra incredulidad de la misma especie, un crimen contrario al verdadero espíritu del cristianismo? Nosotros no somos cristianos sinó por la fé, y la fé no puede subsistir sin la confianza en las promesas de Dios.

El mismo Jesucristo ha considerado la fé en este sentido; y era la primera disposicion que exigia de los que le pedian milagros: todo es posible, decia, al que cree (17). Era necesario creer, no solo que él era el enviado y el Hijo de Dios, sinó que tenia el poder y la voluntad de conceder lo que se aguardaba de él. El Evangelio nota que hizo pocos milagros en la ciudad de Nazaret, á causa de la incredulidad de sus habitantes (18). Cuando una alma

(17) *Marc. c. 9. v. 22.*

(18) *Math. c. 13. v. 58.*

tímida y escrupulosa pregunta: ¿ Obraré yo mi salvacion? ¿ Seré yo mas fiel á Dios en la serie de mis dias? ¿ Me concederá él el don de la perseverancia? Se le debe responder con Jesucristo *todo es posible al que cree*; pero si comienzas por dudar y desconfiar de su palabra, este es el verdadero medio de caer en la desgracia que temes. Dile, pues, continuamente como ese padre aflijido, cuyo hijo atormentaba horriblemente el demonio: yo creo ya, Señor, pero ayúdame, acabad de disipar lo que me resta de incredulidad (19).

A la verdad, los libros santos nos dicen que el temor de Dios es el principio de la sabiduría; pero este principio es estéril, cuando nos detenemos en él, y Dios nos advierte que debemos pasar adelante. “ Vosotros todos los que temeis al Señor, dice el Eclesiástico, aguardad su misericordia, y no os aparteis de él, para no caer. Vosotros que temeis al Señor, cred en él, y vuestra recompensa no será vana; esperad en él, y su misericordia hará vuestro consuelo; amadle, y la luz se difundirá

en vuestros corazones. Contemplad, hijos, las generaciones de los hombres, y vereis como ninguno que confió en el Señor quedó burlado. ¿ Cual es el hombre fiel à sus mandamientos que haya sido abandonado? ¿ Quien le ha invocado, y ha sido despreciado? Dios siempre bueno, misericordioso, paciente, os perdonará vuestros pecados cuando esteis aflijidos: él es el protector de todos los que le buscan con sinceridad" (20).

Dios nos manda amarle; pero no puede parecernos amable sinó en cuanto es bueno y le creemos dispuesto à hacernos bien. Su grandeza, su sabiduría, su poder, su santidad, su justicia, y todas sus otras perfecciones divinas, pueden inspirarnos admiracion, respeto, temor; su bondad sola excita nuestro amor. Si desgraciadamente llegamos à dudar de su caridad por nosotros, es imposible que todo sentimiento de afecto por él, no se extinga en nuestros corazones. Una queja bastante ordinaria de las personas turbadas por el temor es la de decir: yo conozco que no amo à Dios, ó que le amo mui debilmente.

asi debe ser, el temor exesivo no puede subsistir con un amor fervoroso. La caridad perfecta destierra el temor, dice el Apóstol San Juan (21). ¿ Cómo amar à Dios, cuando se le vé como un Señor severo, difícil de contentarse inclinado à la cólera, siempre pronto à castigar ?

Pero no es esta la idea que nos dan de Dios los libros santos, y sobre todo el Evangelio. Cuando por boca de Moysés mandó à los judíos que le amasen, les espuso los motivos; y estos fueron sus beneficios, su bondad, su misericordia, su paciencia, su conducta paternal, y el afecto que les tenia (22). Cuando Jesucristo repitió este precepto, y le dió como el compendio de la lei, se propuso ganar los corazones por su dulzura, su paciencia, su indulgencia para con los pecadores, sus milagros, su condescendencia con oyentes mui indóciles. Este divino Salvador es el mismo Dios hecho visible, y revestido de nuestra carne. Por sus sentimientos, y por su conducta podemos juzgar de la de Dios su Padre.

(21) *Joan. c. 4. v. 18.*

(22) *Deut. c. 6. v. 5. c. 10. v. 12. c. 11. v. 13.*

Ninguno, dice San Juan, ha visto à Dios; pero el Hijo único que està en el seno del Padre no lo ha hecho conocer (23). Nosotros debemos, pues, estudiar, en la persona de Jesucristo, los razgos amables que pintan à nuestros ojos la misma divinidad. En sus palabras, en sus milagros, en sus mismas reprensiones, en todas las circunstancias de su vida, nada veremos que se dirija à inspirarnos un terror estúpido, una desconfianza cruel; no hallaremos sino motivos de consuelo, de reconocimiento, de amor, de confianza. No es la justicia de Dios la que se ha revestido de nuestra carne, y que ha querido mostrarse en la encarnacion del Verbo; es su misericordia; y para servirnos siempre de los términos de San Pablo, es la dulzura y la humanidad de Dios nuestro Salvador. (24).

(23) *Joan.* c. 1. v. 18.

(24) *Tit.* c. 3. v. 4.

CAPITULO X.

Uno de los principales objetos de la venida del Hijo de Dios ha sido hacer reinar en las almas la paz y la confianza.

“**D**ECID á los pusilánimes: aseguraos, nada temais, vuestro Dios vá á vengaros de vuestros enemigos, él mismo vendrá á salvaros..... Entonces las almas rescatadas por el Señor entrarán en su templo al sonido de cánticos de alabanza, una alegría universal se apoderará de todos los corazones y no se acabará jamás, el dolor y los gemidos serán desterrados.” (1) Así anunciaba el Profeta Isaías los beneficios con que Dios queria colmar á su pueblo: esta prediccion no ha sido plenamente cumplida, sinó en la venida del Redentor. El mismo Profeta, que veía en espíritu el nacimiento de éste Niño Divino, le llamaba con anticipacion “el Dios fuerte, el Padre

(1) *Isai. cap. 35 vv. 4, 10.*

del siglo futuro, el Príncipe de la paz: su imperio, dice él, se extenderá y la paz no terminará jamás." (2) Cuando habla de sus sufrimientos, dice: "el castigo que debia darnos la paz ha caido sobre él, y nosotros hemos sido curados por sus heridas." (3) Dirigiendo despues la palabra á la Iglesia formada de los adoradores del Divino Mesías añade: "mi misericordia no se apartará mas de vosotros, el tratado de paz que hago con vosotros no será jamás revocado, dice el Señor movido à compasion por vosotros." (4) Si se hallasen almas tan enemigas de sí mismas que se privasen voluntariamente de esta paz preciosa, ¿podriamos lamentarlas suficientemente?

En el nacimiento de S. Juan Bautista, Zacarias su padre, ilustrado con una luz sobre natural, repite las mismas promesas.

Cántico de Zacarias: *Benedictus Dominus Deus Israel.* "Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido à su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salva-

(2) *Isai. cap. 9 vv. 6, 7.*

(3) *Isai. cap. 53 v. 5.*

(4) *Cap. 54 v. 10.*

dor en la casa de David su siervo; segun lo tenia anunciado por boca de sus Santos Profetas, que han florecido en todos los siglos pasados: para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen: ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y teniendo presente su alianza santa, conforme al juramento con que juró á nuestro padre Abraan que nos otorgaria la gracia, de que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con verdadera santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los dias de nuestra vida. Y tú, ó niño, tú serás llamado el Profeta del Altísimo; porque irás delante del Señor á preparar sus caminos, enseñando la ciencia de la salvacion à su pueblo, para el perdon de sus pecados, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que ese sol naciente ha venido à visitarnos de lo alto del Cielo, para alumbrar à los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte: para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz.” (5)

(5) *Luc. cap. 1 v. 68.*

¡ De qué admiracion no debieron estar penetrados los que oyeron anunciar tantos beneficios ! El mismo Dios viene á habitar y conversar con nosotros, à cumplir las promesas que habia hecho à los antiguos Patriarcas, à traernos la ciencia de la salvacion, la remision de nuestros pecados, la paz del corazon, à hacernos marchar sin temor y sin obstáculo en los caminos de la justicia y de la santidad; viene à libertarnos del imperio del demonio, borrando el pecado y la condenacion pronunciada contra la posteridad de Adan; de nuestras propias pasiones, enseñándonos à combatirlas, y dándonos fuerzas para subyugarlas; de los temores de la muerte, asegurándonos una inmortalidad bienaventurada; de la turbacion de nuestras conciencias, mostrándonos la justicia de Dios satisfecha y reconciliada con nosotros. ¡ Qué inquietud podrá ya turbar nuestro reposo ?

Si nosotros hubiéramos sido testigos de los trasportes de Zacarias, habriamos participado de ellos, y prorrumpido como él en acciones de gracias. Los beneficios que anunciaba no son ya simplemente prometidos; estan cumplidos, desde el

momento de nuestro nacimiento los hemos participado, y estamos rodeados y colmados de ellos. Si la paz no reina en nuestro corazón, es indispensable que seamos insensibles é ingratos. En vano hace resonar la Iglesia en nuestros oídos el cántico de Zacarias; no atendemos à él, ni nos inspira sentimiento alguno de gratitud. Semejantes à ricos fatigados de la opulencia, que experimentan enfado, disgusto, desgracia en medio de los tesoros, no sabemos gozar y felicitarnos de los bienes que Dios nos ha prodigado. ¿Qué desearemos? ¿Qué será necesario para contentarnos?

En el nacimiento del Salvador, los ángeles prorrumpieron en cánticos de alegría: “gloria à Dios en lo mas alto de los cielos, y paz sobre la tierra à los hombres de buena voluntad.” (6) Jesucristo, en efecto, nos trae la paz con Dios, pues que apacigua la justicia Divina, y suspende los castigos, paga las deudas que habíamos contraído con ella, nos purifica de nuestros pecados por la sangre preciosa que se prepara a

(6) Luc. cap. 2 v. 14.

derramar por nosotros. Nos enseña à conservar la paz con nuestros hermanos, à cumplir para con ellos todos los deberes de justicia y de caridad, nos dá poderosos motivos para sufrir á nuestros semejantes, para perdonarlos, y amarlos. Nos procura la paz con nosotros mismos, imponiendo silencio á las pasiones tumultuosas, únicas enemigas de nuestro reposo; calmando los remordimientos, y los terrores que nos causa la memoria de nuestros crímenes; asegurándonos la posesion de los bienes eternos, los únicos dignos de nuestra ambicion y de nuestros deseos. Almas verdaderamente cristianas, que creen firmemente el misterio de la redencion del género humano, ¿pueden dejar vacilar su fé por temores y escrúpulos infundados?

S. Pablo nos descubre las ventajas de este gran misterio con la sublimidad ordinaria de su estílo. “Todo viene de Dios, dice, que nos ha reconciliado por Jesucristo, que ha confiado á nosotros, que somos sus enviados, un ministerio de reconciliacion. En efecto, Dios estaba en Jesucristo reconciliándose con el mundo y perdonando los pecados de

los hombres, y nos ha encargado que anunciemos este tratado solmne de paz y de reconciliacion. De parte de Jesucristo es, pues, que ejerceremos esta funcion, y es Dios el que habla por nuestra boca: os conjuramos por Jesucristo, para que os reconcilieis con Dios. El ha hecho víctima de pecado al que no conocia el pecado, para que por él ven-gamos á ser justos delante de Dios (7).

No es sin razon que este tratado solemne ha sido llamado evangelio, ó buena nueva; ¿se podia anunciar á los hombres un acontecimiento mas capaz de consolarlos y de llenar sus deseos?

¿Cual es, pues, nuestro error creyendo que la justicia de Dios está siempre irritada contra nosotros, por los pecados que hemos cometido, y que somos todavía capaces de cometer? En virtud de la redencion de los hombres por Jesucristo, la justicia Divina ha renunciado sus derechos, ha perdonado nuestros pecados, y no revocará esta gracia; ella sabia que nosotros eramos incapaces de satisfacerla, y ha re-

(7) 2 Cor. cap. 5 v. 18.

cibido la satisfaccion de Jesucristo. La tememos por que estamos desnudos de virtudes y de méritos; pero ella nos cuenta los del Salvador, que se ha substituido por nosotros. Ella exige solamente que nos los apliquemos, en cuanto nuestra debilidad puede permitirlo; el mismo Jesucristo prescribe los medios de hacernos esta aplicacion, y nos garantiza su eficacia.

Al juzgar por los temores y las agitaciones de ciertas almas, se diria que el Evangelio, lejos de ser un tratado de paz entre Dios y sus criaturas, ha sido una declaratoria de guerra; que, para tener parte en la adopcion de los hijos de Dios, es necesario comenzar por desarmar un vencedor siempre pronto à herir. No es esta la idea que Jesucristo ha querido darnos, ni la doctrina que S. Pablo ha predicado.

“Ha querido Dios, dice este santo Apóstol, cumplir todos sus designios en Jesucristo, reconciliarlo todo consigo por él, restableciendo por la sangre derramada sobre la cruz, la paz entre el cielo y la tierra. Así, continúa él mismo hablando à los Colosenses, aunque vosotros erais como extrangeros y enemi-

gos de Dios por vuestras obras criminales, al presente estais reconciliados con él por la muerte que Jesucristo ha sufrido en su carne, y podéis presentaros à él como santos, sin mancha, é irreprehensibles, con tal que perseveréis constantemente en la fé, y en las esperanzas que os dá el Evangelio que habeis oido y que se ha predicado à todas las criaturas." (8) Si la fé en el Evangelio y la esperanza eran capaces de producir un tan grande efecto en los nuevos fieles, ellas no serán menos eficaces para nosotros, habiéndose dignado Dios de darnos la fé en nuestra infancia, y excitado la esperanza por tantos beneficios particulares.

Jesucristo ha ejercido las funciones de mediador, de salvador, de conciliador, no solamente sobre la cruz, sinó desde su nacimiento: S. Pablo nos lo enseña. " Como el pecado no podia ser borrado por los sacrificios de la antigua lei, Jesucristo, desde su entrada en el mundo, ha dicho à su Padre: las víctimas y las oblaciones no han podi-

(8) Colos. cap. 1 v. 19.

do aplacares, pero Vos me habeis dado un cuerpo, vedme aquí pronto á hacer vuestra voluntad." (9) Con este designio de ser víctima por el pecado, el Hijo de Dios comenzó á sufrir desde su nacimiento las necesidades, las debilidades, los dolores á que la naturaleza humana está sujeta; por treinta y tres años de sufrimientos se preparó á la muerte, y consumó en fin su sacrificio sobre la cruz. Pues que no hai alguna especie de sufrimientos que este Divino Salvador no haya querido probar, tampoco hai alguno que no haya santificado y á que no haya unido sus gracias. Así ha templado la amargura de todos los que Dios quiere enviarnos; estamos seguros que sufriendolos como Jesucristo, y por su amor, ellos tomarán en él la virtud de borrar nuestros pecados, y de hacernos agradables á Dios.

Tal es el medio de que la sabiduria divina se ha servido para reformar nuestras ideas, y corregir nuestros errores. En todo tiempo los hombres habian mirado los sufrimientos como un efecto de la cólera del Cielo, y los veían con hor-

(9) *Hebr. cap. 10 v. 4.*

ror; el Hijo de Dios, tomándolos sobre sí, les ha quitado el carácter de vergüenza y de anatema que la ceguedad de los hombres les había impreso: una alma afligida ha venido á ser, por decirlo así, sagrada y respetable. ¿Quién de nosotros tendrá rubor ó repugnancia de parecerse al Dios que adora? ¿Quién se atreverá á rehusar la compasion y socorros caritativos á una persona marcada con el sello de la cruz de Jesucristo? La pobreza, las enfermedades, los oprobios, los reveces de la fortuna, la injusticia de los hombres, los dolores del cuerpo, las amarguras del espíritu, todo es precioso. El Divino Salvador ha empapado en su sangre todos estos remedios tan amargos, y nos ha inspirado valor para beber el cáliz á su ejemplo. “Regocijaos, dice S. Pedro, cuando participais de los sufrimientos de Jesucristo, para que seais tambien colmados de alegría cuando él haga brillar su gloria. Vosotros sereis felices si sufris injurias y ultrages por el nombre de Jesucristo, por que el honor, la gloria, la fortaleza del mismo Dios y su espíritu reposan sobre nosotros.” (10)

(10) *Petri. cap. 1 v. 6.*

Jesucristo al comenzar su ministerio, declara cual es su objeto; aplicándose estas palabras de Isaías: "el espíritu de Dios ha descendido sobre mí, y me ha consagrado con su unción divina, me ha enviado à instruir à los pobres, à curar los que tienen el corazon contrito, à anunciar à los cautivos su redencion, à dar la vista à los ciegos, y la libertad à los que la han perdido, à publicar el tiempo de los favores del Señor, y el dia de sus recompensas." (11) Acordémonos, y reflexionemos bien en esto; Jesucristo no viene à anunciarnos los rigores y los castigos de la justicia de Dios, sinó las efusiones de su misericordia, gracias, medios de salvacion, recompensas. No solamente las promete, sinó que las concede; cura à todos los enfermos que se le presentan, consuela à los afligidos, instruye con dulzura, reprende sin hiel y sin aspereza, perdona con bondad, derrama sus beneficios sin ostentacion; todos estaban pasmados de las palabras llenas de gracia que salian de su boca (12).

(11) *Luc. cap. 4 v. 18.*

(12) *Luc. cap. 4 v. 22.*

Si en esos días felices hubiésemos sido habitantes de la Judea; si hubiéramos sido testigos de los milagros del Divino Salvador, nuestras necesidades, nuestra pobreza, nuestra indignidad, no nos habrían impedido acercarnos á él é implorar su socorro; esto mismo nos habría obligado á ello. El no es hoy menos poderoso, menos bueno, menos compasivo. Por un efecto de su amor, habita todavía en medio de nosotros; hace no solo en el Cielo, sino también sobre nuestros altares las mismas funciones que ejerció durante su vida mortal. Del fondo de sus tabernáculos nos grita como en otro tiempo: “venid á mí, vosotros todos los que estáis fatigados y oprimidos, yo os aliviaré.” (13) Bastaba que un enfermo le digese con humildad: Jesus, Hijo de David, tén piedad de mí; al punto obtenía su curación. El caritativo Salvador no ha subido hoy el precio á sus beneficios.

Escandalizados los Fariseos de verle conversar con hombres que ellos despreciaban, preguntaban orgullosamente á sus discípulos: ¿por qué

(13) *Math. cap. 11 v. 28.*

vuestro Maestro come con publicanos y pecadores? Jesus respondió con su ordinaria dulzura: el médico no es necesario para los que están buenos, sinó para los enfermos; yo no he venido á llamar á los justos, sinó á los pecadores á la penitencia (14). Almas tímidas y desoladas ¿imitareis la imprudencia de los Fariseos? Vosotras temeis recurrir al soberano médico, sintiendoos enfermas, cuando por lo mismo debiais buscarlo. El no se avergonzó sobre la tierra de ser llamado por desprecio, amigo de los publicanos y de los pecadores (15), ¿y pensais que os ha de desdeñar?

Lejos de aguardar que se le pidiesen milagros, prevenia los votos y los deseos de los afligidos. Movido à compasion à vista de una madre que lloraba amargamente la muerte de su hijo único, le dice, no lloréis; resuscita al muerto y lo vuelve à su madre (16). Ofrece la curacion á un paralitico que no pensaba en pedirselo, y le dá una salud

(14) *Luc. cap. 5 v. 30.*

(15) *Luc. cap. 7 v. 34.*

(16) *Luc. cap. 7 v. 6.*

perfecta [17]. Recorre los pueblos de la Judea para proporcionar sus favores à todos los que necesitan de su socorro (18). Cura milagrosamente uno de los soldados que van à prenderle [19]. Salvador amable, vos haceis bien à corazones insensibles, à vuestros perseguidores, à vuestros enemigos; ¿ y despreciais la humilde oracion de vuestros adoradores, y no tendreis compasion de sus enfermedades ? Pensarlo solo seria ultrajar vuestra bondad.

La única condicion que exige de los que recurren à él, es la confianza. Se le presentó un paralítico extendido sobre su lecho; Jesus viendo la confianza de estas gentes, dijo al enfermo: “ hijo mio, tén confianza, tus pecados se te han perdonado: ” lo cura y lo manda à su casa. (20) Una muger, afligida despues de doce años de un flujo de sangre, procura penetrar por medio de la multitud y acercarse à Jesus, diciendo interiormente: si puedo solamente tocar

(17) *Joan. cap. 5 v. 6.*

[18) *Math. cap. 9 v. 35.*

(19) *Joan. cap. 18 v. 10.*

(20) *Math. cap. 9 v. 2.*

la orla de su vestido, yo seré sana. Jesus se vuelve acia ella y le dice: tén confianza, hija mia, tu fé te ha salvado: y fué curada al instante (21). Dos ciegos se hallaban en un lugar por donde pasa Jesus, y exclaman: Hijo de David, tén piedad de nosotros. Jesus los hace acercar y les pregunta: ¿ creis que yo puedo daros la vista? Si, Señor, responden los ciegos. El toca sus ojos y les dice: que se haga segun vuestra fé; sus ojos se abren, y ellos ven (22). Se pueden citar veinte ejemplos semejantes.

Despues de tantos milagros que Jesus habia ya hecho, no era un grande esfuerzo creer y tener confianza en su poder; y no obstante se contenta con esta disposicion tan fácil. No pide ni una oracion fervorosa, ni una humildad profunda, ni un amor ardiente, ni un dolor amargo de los pecados pasados, sinó una firme confianza. Ved aquí sin embargo sobre lo que no cesan de argumentar las almas tímidas y turbadas. Ninguna disposicion es bas-

(21) *Math. cap. 9 v. 20.*

(22) *Math. cap. 9 v. 27.*

tante perfecta á su modo de ver para obtener solamente una mirada misericordiosa del Salvador. ¿ Pero vino acaso á ser mas avaro de sus dones, mas difícil de contentarse, mas puntilloso sobre el respeto que le es debido? En vano se les dice como à la muger del flujo de sangre: tén confianza, hija mia; en lugar de confianza ellas quieren mas bien temblar y retirarse. ¿ Cuando podremos decirles, vuestra fé os ha salvado? Cuando ellas quieran ser menos obstinadas, y mas dóciles á la voz del Salvador.

Un solo ejemplo parece autorizar su temor, y sin embargo este mismo deberia antes corregirlo. Se trataba de reprimir el orgullo de los Judíos que pretendian que los beneficios del Mesías estaban reservados para ellos solos, y que los Paganos debian ser excluidos; Jesucristo los confundió con su sabiduria ordinaria. Una extranjera, una Cananea vino á implorar su socorro: “Señor, Hijo de David, tén piedad de mí, mi hija es cruelmente atormentada por el demonio. Jesus nada responde. Los discípulos fatigados de los gritos de esta muger, decian: Señor, despáchala, por que no cesa

de gritar tras de nosotros. El responde: yo no soi enviado sinó para las ovejas que han perecido de la casa de Israel. La extrangera no se desalienta, y se postra diciendo: Señor, socórreme. El le responde: no conviene, arrojar à los perros el pan destinado á los hijos de la casa. Es verdad, Señor, replica la affigida; pero estos animales viven á lo menos de las migajas que caen de la mesa de su Señor. O muger, replicó Jesus, tu fé es grande; que tus deseos sean cumplidos. Su hija fué curada desde este momento" [23]. Una confianza menos firme habria privado à la Cananea de la gracia que obtuvo.

Esta conducta del Saivador es mui diferente de la que habia observado con un Centurion, oficial de tropas romanas, pagano por consiguiente. Este hombre pide á Jesus la curacion de uno de sus domésticos que se hallaba enfermo; Jesus promete ir á curarle. Señor, responde este buen militar: yo no soi digno de que vayas á mi casa; dí solamente una palabra, y mi siervo

(23) *Math. cap. 15 o. 22.*

será sano: baste que yo mande á mis soldados, para que ellos me obedezcan. Jesus admirado dice: "en verdad, yo todavía no he hallado en Israel una fé tan grande; pero os aseguro que vendrá del Oriente y del Occidente una multitud de fieles á tomar lugar en el reino de los cielos con Abraan, Isac, y Jacob, mientras que los hijos de este reino serán arrojados á las tinieblas, en donde llorarán y se entregarán á la desesperacion. Vé, dijo al Centurion, que se haga, segun has creido que yo podia hacer. Y en la misma hora su siervo quedó sano [24]."

Ved aquí la explicacion de la dureza aparente que Jesucristo manifestó al principio á la Cananea. El queria no solamente corregir las falsas ideas de los judíos, sinó enseñar tambien á sus discípulos que los paganos debian ser el objeto de su apostolado y de su zelo, lo mismo que los judíos; que ellos hallarian aun mas docilidad y fé entre los primeros que entre los segundos: así sucedió en efecto. Aun cuando hubiéramos nacido paganos é infieles,

(24) *Math. cap. 8 v. 5.*

no seríamos excluidos de los beneficios de Jesucristo, si tuviéramos docilidad, humildad y confianza. Pero por una gracia singular é inestimable, Dios nos ha hecho nacer hijos de su reino y de su Iglesia; imitaremos la incredulidad, la desconfianza, la obstinacion de los judíos, mas bien que la humildad, la esperanza, la constancia de los paganos? Nosotros somos pecadores, indignos de las gracias de Dios, culpables por haber abusado de ellas mas de una vez; Dios lo sabe bien: sin embargo tiene mas deseos de concedernos sus beneficios que nosotros de obtenerlos. Los pecadores son los primeros objetos de la tierna y compasiva caridad de Jesucristo; él lo ha dicho, repetido, y probado de cien modos; su conducta constante, su Evangelio desde el principio hasta el fin nos predicán esta verdad consoladora.

“Todos han pecado, dice S. Pablo, todos tienen necesidad de la gracia de Dios. Judíos, paganos, patriarcas antiguos, israelitas modernos, todos se hallan en el mismo caso. Todos nos hemos justificado gratuitamente, y sin algun mérito de nuestra parte, por la gracia de Dios,

y por la redencion que Jesucristo ha obrado..... Una vez justificados por la fé, mantengamos la paz con Dios, por nuestro Divino Redentor, á quien somos deudores de este beneficio" (25).

La paz, la tranquilidad de la conciencia, la fé en las promesas del Señor, la confianza en su misericordia, el descanso en los brazos de su ternura paternal: hé aquí la herencia preciosa que Jesucristo ha venido á traernos. "Yo os doi mi paz, decia á sus discípulos, yo os la dejo, no como el mundo puede darla, sinó constante y sólida; que vuestro corazon no esté en la turbacion ni en el temor" (26). No rehusemos un tan grande beneficio, no imitemos al impío, cuyos oidos estan siempre heridos de un sonido de terror, y que cree siempre que se le tiende un lazo, cuando se le habla de paz (27).

"Dios, dice S. Juan, es la caridad misma; ha manifestado su amor por nosotros enviando al mundo á

(25) *Rom. cap. 3 v. 23. C. 5 v. 1.*

[26) *Joan. cap. 14 v. 27.*

(27) *Job cap. 15 v. 21.*

su Hijo único, para hacernos vivir por él. Esta caridad se ha mostrado, no por que nosotros háyamos amado á Dios, sinó por que él nos ha amado primero; nos ha dado á su Hijo para ser la víctima y la redencion de nuestros pecados.... Esta caridad perfecta de Dios permanece con nosotros para inspirarnos la confianza en el dia del juicio" (28).

Tengámosla, pues, y conseguiremos la paz. ¿Y será difícil esto contando con un Dios que es la caridad misma, y con un Salvador que es la misericordia divina revestida de nuestra carne?

Cuando la Iglesia pide á Dios la paz temporal, la paz civil, le dirige una oracion de que podemos servirnos para pedir la paz de la alma. "Señor, que inspiras santos deseos, sabios consejos, y acciones justas: concede á tus siervos la paz que el mundo no puede dar; has que nuestros corazones sugetos á tus mandamientos, y nuestro siglo libre de todo temor de nuestros enemigos, gozen bajo tu proteccion de una tranquilidad perfecta. Por Jesucristo, Nuestro Señor."

(28) Joan, epist. 1 cap. 4 vv. 8, 17.

CAPITULO XI.

Parábolas bajo las cuales Jesucristo pinta la bondad de Dios para con los pecadores. El divino Salvador á ninguno ha despreciado.

“**D**IOS, dice nuestro divino Maestro, ha amado de tal manera al mundo, que ha dado á su Hijo único, para que todo el que cree en él, no perezca, sinó que reciba la vida eterna. Porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para juzgarle, sinó para salvarle” (1). Esta era la leccion que daba Jesucristo á un doctor judío mas dócil que los otros y que procuraba instruirse. En efecto, este divino Salvador no juzgó ni condenó á ningun pecador, perdonó á todos; y no reprobó, sinó el orgullo incrédulo de los judíos y su resistencia obstinada á la luz que brillaba á sus ojos.

Estos hombres sobervios no podian sufrir la dulzura de Jesucristo para con los pecadores, la familiari-

(1) Joan. c. 3. v. 16.

dad en que vivia con ellos para instruirlos y convertirlos; ellos le renovaban sin cesar la misma reprension; pero el caritativo Salvador los confundia sin trabajo “ ¿ Cual es, decia, entre vosotros el poseedor de cien ovejas, que si llega á perder una, no deja todas las otras en el desierto, y no busca la que se ha desviado hasta que la halla ? Cuando la ha recobrado, la carga con alegria sobre sus hombros, la lleva á su casa, convidada á sus amigos á felicitarle por haber hallado la oveja que habia perdido. Yo os aseguro que habrá mas alegria en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan de ella ” (2). ¿ Qué podia responder el orgullo farisaico á esta comparacion ?

“ Yo soi el buen pastor, dice nuestro Salvador, un buen pastor da su vida por sus ovejas; pero el mercenario á quien no pertenece el rebaño, en viendo venir al lobo desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebatada y dispersa el rebaño: el mercenario huye, porque obra por intereses, y la suerte del rebaño no le afec-

(2) *Luc. c. 15. v. 4.*

ta: en cuanto á mi que soi el buen pastor caritativo, conozco mis ovejas, y soi conocido de ellas, como el Padre me conoce á mi, asi yo conozco al Padre, y doi mi vida por mis ovejas. Tengo tambien otras ovejas que no son todavía de este aprisco, las cuales debo yo recoger y oirán mi voz y de todas se formará un solo rebaño bajo un solo pastor. Yo soi amado de mi Padre, porque doi mi vida para tomarla de nuevo..... Yo conozco mis ovejas, ellas oyen mi voz y me siguen. Yo les doi la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrancará de mi mano" (3).

Tal es la fuente de la caridad paciente, benéfica, infatigable de Jesucristo; él es el poseedor lejítimo del rebaño, todas las ovejas le pertenecen, todas las almas son suyas; él las ha pagado con el precio de su sangre, él solo conoce su valor. Ninguna puede desviarse, sin que su corazon sea herido; él no perdona cuidados ni trabajos para recobrarla, y cuando la encuentra se llena de alegría; que parábola tan sencilla y tan tierna! ¿Puede una alma cristiana

(3) Joan. c. 10. v. 11. &c.

considerarla sin sentirse penetrada de confianza, y sin derramar lágrimas de placer y de consuelo?

¿Qué añadiremos á la promesa que hace aquí el buen pastor, de dar la vida eterna á sus ovejas, de retenerlas para siempre bajo su mano? Es claro que sus ovejas son los fieles, los que le conocen y le adoran, que escuchan su voz y se confían de él. Su redil es su Iglesia; él ha reunido no solamente á los judíos convertidos, sinó los paganos, y ha hecho un solo rebaño. Apesar de la palabra formal de Jesucristo ciertas ovejas tímidas se persuaden á que no tendrán la vida eterna que perecerán para siempre, que los peligros del mundo, los asaltos del infierno, su propia debilidad las arrancarán de la mano del buen pastor. Él protesta lo contrario: "mi Padre que me las ha dado, dice, es mas grande que todas las cosas; ninguno puede arrebatarnos de la mano de mi Padre" (4). Si estas palabras no pueden asegurarlas, entonces ellas mismas se separan por su incredulidad del rebaño de Jesucristo.

Pero el pincel divino que ha tra-

(4) Joan. c. 10. v. 29.

zado esta imágen, no ha agotado con ella toda su energía; la ternura de un padre es todavía mas fuerte que la de un pastor.

“Un hombre, dice el Salvador, tenia dos hijos. Padre mio, le dice el mas jóven, dame la porcion de tu herencia que debe corresponderme. El padre hizo la division. Pocos dias despues, el jóven reune lo que habia recibido, parte, se va à un pais distante, disipa todos sus bienes en el desórden. Sobreviene una hambre, y se vé reducido á la necesidad; de resultas púsose á servir á un ciudadano que le envia à su casa de campo á guardar los puercos. Allí deseaba con ansia ser saciado con las reliquias de lo que se daba á estos animales; y ninguno se las proporcionaba. Vuelto en sí dijo: ¡cuantos mercenarios tienen en casa de mi padre, pan con abundancia, mientras que yo muero aquí de hambre! Yo volveré á él, y le diré: padre mio, pequé contra el cielo y contra tí, no soi digno de ser llamado tu hijo, pero tratame como uno de tus jornaleros! y partiendo al punto vuelve à casa de su padre. Todavía estaba distante cuando el padre lo conoció; enternecióronsele las entrañas, y corriendo à su encuentro

le echó los brazos al cuello y le dió mil besos. Padre mio, le dice su hijo, he pecado contra el cielo, y contra tí, no soi mas digno de ser llamado tu hijo. El padre llama à sus siervos: traed aqui prontamente los antiguos vestidos de mi hijo, su anillo, su calzado, vestidle, matad un ternero gordo, que se prepare un festin, entreguémonos à la alegria: este mi hijo estaba muerto, y ha resucitado: se habia perdido, y ha sido hallado; comenzaron à celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino, y se acercó à la casa, oyó la sinfonía y el coro. Y llamando uno de los criados, le preguntó que era aquello; y este le dijo: es tu hermano que ha venido, y tu padre ha hecho matar un ternero cebado por su feliz regreso. Este indignado no quiso entrar: mas sabiéndolo el padre comenzó à rogarle, y respondió à su padre: he aqui tantos años ha que te sirvo, nunca he traspasado tus mandamientos, y no me has dado un cabrito para comerle alegremente con mis amigos: mas cuando ha venido este tu hijo, que ha gastado su hacienda con rameras, le has hecho matar un becerro gordo. Entonces el padre le dijo: hijo mio, tu siem-

pre-estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos: razón era celebrar un banquete, y regocijarnos, por que este tu hermano estaba muerto y ha resuscitado; se había perdido, y ha sido hallado" (5).

Jesucristo nada añade: bien elocuente es este silencio. No hay uno de nosotros que no se reconozca bajo la imàgen del pródigo, y que no vea à Dios en la conducta del padre; y si no es uno estúpido, no puede ver lo uno, y lo otro, sin adorar la misericordia divina. La falta era enorme, todo concurre à agravarla. El pródigo había carecido de prudencia, de respeto y de ternura para con su padre, de vergüenza y de sentimientos de honor; el desvío había sido largo, la vuelta era forzada por la necesidad. No importa. El perdón está pronto, el padre es el que sale al encuentro à su hijo; el acogimiento es tierno, le estrecha en sus brazos, la gracia es completa; no le hace reprehension alguna, lo restituye à su primer estado, le manifiesta predileccion, todo es echado al olvido. No tenemos necesidad de preguntar cual de los

(5) *Luc. c. 15. v. 11. &c.*

dos está mas contento, el que recibe la gracia, ó el que la concede: *razon era regocijarnos*, el corazon paterno es el que habla.

Pero si ha habido recaidas...? Jesucristo se ha dignado tambien asegurarnos sobre este punto, "*sed misericordiosos*, nos dice, como vuestro Padre celestial lo es. No juzgueis, y no sereis juzgados; no condeneis, y no sereis condenados; perdonad, y sereis perdonados... Vosotros sereis medidos como hubiereis medido à los otros" (6) Si perdonais à los hombres sus faltas, vuestro Padre celestial os perdonará las vuestras; pero sinó perdonais à los otros, él no os perdonará (7). Cuando tu hermano ha pecado contra tí, vé y reprendele sin testigos: si te escucha, habrás ganado à tu hermano; sinó emplea la mediacion de muchas personas; en caso de resistencia, dilo à la Iglesia; sinó atiende à la Iglesia, mírale como un pagano y un publicano"... San Pedro le preguntó "Señor, cuando mi hermano haya pecado contra mi, cuantas veces debo perdonarle? ¿Siete

(6) *Luc. c. 6. v. 36.*

(7) *Math. c. 6. v. 14.*

veces? Yo no digo siete veces, replicó Jesus, sino hasta setenta veces siete (8)". Se comprende facilmente que segun la intencion de Jesucristo, los perdones no deben ser contados.

¿ Contará Dios los suyos ? Seria mui extraño que la misericordia de los hombres debiese estenderse mas que la de Dios. Seria bastante grande si ellos siguiesen à la letra el precepto de Jesucristo: sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial.

Nuestro divino Salvador no se ha limitado à discursos, à exhortaciones, à preceptos; todo lo ha confirmado por su ejemplo: jamás ha rehusado el perdón à ningun pecador, jamás ha humillado, despreciado, ni condenado, à ninguno.

Un dia Jesus estaba en la mesa en casa de un fariseo de la Ciudad de Nain: una muger conocida por una gran pecadora, informada de la casa en que Jesus comia, vino, con un vaso de perfumes, puesta detras de los pies de Jesus los bañó con sus lagrimas; los enjugaba con sus cabellos, los bezaba con respeto, y los unjia

(8) *Math. c. 18. v. 15.*

con el unguento. El fariseo, testigo de este espectáculo, decia dentro de sí mismo: si este hombre fuera Profeta, sabria que esta muger que le toca, es una muger pecadora. Jesus que conoció el pensamiento del Fariseo, le dirigió la palabra: Simon, te quiero decir una cosa; y él respondió: Maestro, dí: un acreedor tenia dos deudores: el uno le debia quinientos denarios, y el otro cincuenta. Mas como no tuviesen de que pagarle, se los perdonó à entrambos. ¿ Cual de los dos le ama mas? Respondió Simon y dijo: pienso que aquel à quien mas perdonó. Y Jesus le dijo: rectamente has juzgado. Ved esa muger, continuó volviéndose acia ella; cuando entré en tu casa, no me diste agua para los pies, mas ella con sus lágrimas los ha regado, y con sus cabellos los ha enjugado. No me diste el ósculo de paz, y ella no ha cesado de bezarme los pies. No ungiste mi cabeza con oleo, y ella derrama el suyo sobre mis pies. Por lo cual te digo que muchos pecados se le han perdonado, por que amó mucho: aquel à quien menos se perdona, ama menos. Dirigiendo despues la palabra à esta muger: tus pecados le dice, estan perdonados. tu fé te ha salvado,

vete en paz" (9).

Jesucristo no atiende al escándalo de los convidados: ¿quien es este hombre, decian ellos, que se atreve à perdonar los pecados? (10). Él perdona, ha salvado una alma, y no necesita de apología.

Uno de los principales publicanos, llamado Zaquéo, deseaba mucho ver à Jesus...el Salvador que lo conoció le dijo: hoi debo alojarme en tu casa... Zaquéo, lleno de alegría, le recibió con ardor. Los judíos murmuraban tambien de que Jesus se alojase donde un pecador. Zaquéo, tocado de este favor, le dice: Señor, yo voi à dar la mitad de mis bienes à los pobres; y si he perjudicado á alguno, le vuelvo el cuádruplo. Ah, replicó Jesus, la salud ha entrado en esta casa; he aquí un hijo de Abraan. El hijo del hombre ha venido à buscar y salvar lo que estaba perdido (11).

Sin embargo hai almas que se creen perdidas, y se persuaden que Jesucristo no quiere ni buscarlas, ni salvarlas. Se imaginan que no lo ha-

(9) *Luc. c. 7. v. 36.*

(10) *Luc. c. 7. v. 49.*

(11) *Luc. c. 19. v. 2.*

llarán, sinó le buscan primero. ¡ Ai de mí! él no aguarda que nosotros demos los primeros pasos, siempre es su gracia la que nos previene; aun cuando resistimos á ella, él no se retrae. Yo estoi en la puerta, dice; si alguno oye mi voz y me abre, entraré á su casa, me sentaré en la mesa y le haré comer con migo (12).” Zaqueo no es, pues, el último, á quien quiere conceder este favor. Nosotros veremos en otra parte que él se queja amargamente, cuando los convidados á su festin rehusan concurrir. El odio era mutuo entre los judíos y entre los samaritanos, ningun comercio, ninguna sociedad habia entre ellos: la diferencia de religion los habia hecho enemigos irreconciliables; la mayor injuria que un judío podia decir á otro, era llamarle Samaritano. Jesus, viéndose obligado á pasar por Samaria, y fatigado del camino que habia andado, se sentó cerca de un pozo, y trabó conversacion con una muger que venia á llevar agua. El tomó ocasion de esto para instruirla y hacerla reflexionar sobre su estado. La dijo que fuese á buscar á su marido:

(12) Apoc. c. 3, v. 20.

yo no lo tengo, respondió esta muger. Dices la verdad, contestó Jesus; has tenido cinco, y el que ahora tienes, no es tu marido.

Como los Samaritanos abusaban del divorcio, lo mismo que los judios, la Samaritana habia usado cinco veces de él, y mantenía un comercio ilejítimo; Jesucristo se lo hace notar: la instruye sobre el culto que se debe tributar á Dios, y sobre los errores de los Samaritanos. Esta muger sospecha que Jesus es un Profeta, y tal vez el Mesías. Jesucristo la confirma en este pensamiento, y la declara que lo es verdaderamente. Ella corre á la ciudad á anunciar esta nueva á sus habitantes, que vienen á verle, y Jesus permanece entre ellos por dos dias; muchos creen en él y publican que es realmente el Salvador del mundo (13).

El cumple ciertamente con este oficio, pues se servia de una pecadora para instruir y salvar un pueblo entero. No se puede leer la conversacion de Jesus con la Samaritana, sin admirar la dulzura, la sabiduria, el arte divino con que gana la confianza de esta muger, la conduce á re-

(13) Joan. c. 4. v. 5.

conocer el desorden de su vida, la desengaña de sus errores, la inspira el ardiente deseo de anunciar á sus conciudadanos la venida del Mesias y la redencion del mundo. Sus discípulos se admiran de que converse con una extranjera, y le instan para que coma. Mi alimento, dice él, es hacer la voluntad del que me ha enviado, y consumir la obra de que me ha encargado... Ved la abundante cosecha que se prepara; el que cosecha es recompensado, recoge frutos para la vida eterna, y participa de la alegría del que ha sembrado (14). De este modo exita el zelo de sus discípulos por la conversion de los pecadores. La salvacion de las almas no es para él una fatiga, una molestia, un trabajo penoso; es una cosecha, un motivo de regocijo, una recompensa; como si nuestra felicidad pudiera aumentar la suya.

Nada aguardaba menos la Samaritana, que encontrar al Autor de la salvacion, y en nada pensaba menos que en su conversion; pero Jesucristo estaba ocupado de esto: se habia fatigado por llegar al momento que

(14) *Joan. c. 4. v. 34.*

conocia ser favorable; aparta á sus discípulos, de temor que su presencia no mortifique á la persona que quiere ganar. La aguarda, finje pedirle de beber, á fin de excitar en ella la sed de oír la palabra de Dios, y de abrirle la fuente de agua viva que da la vida eterna (15).

Otra vez los escribas y los fariseos le trajeron una muger criminal, y la pusieron en medio de la asamblea. Maestro, le dijeron, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio. Moysés nos ordena en la lei apedrear á los culpables de este crimen; ¿ y tú qué dices ? “ Era un lazo que ellos le tendian con el designio de acusarle.” Jesus se inclina y escribe con su dedo sobre la tierra; y como porfiasen en preguntarle, se levantó y les dijo: el que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la primera piedra, é inclinándose de nuevo, continuaba trazando caracteres sobre la tierra. Los judíos confundidos salieron unos en pos de otros, comenzando por los mas ancianos; y quedó Jesus solo con la culpable. El se endereza y le pregunta: muger, ¿ en donde estan los que te acusaban ?

[15] *Joan. c. 4. v. 31.*

¿ Ninguno te ha condenado ? Ninguno, Señor, dijo ella. Ni yo tampoco te condenaré, contestó Jesus: ve-te y no peques mas (16). ”

Parece que Jesucristo ha escogido espresamente los crímenes que se veian con mas horror entre los judíos, para hacerlos ejemplos de su misericordia: la prostitucion, las injusticias y las concusiones de los publicanos, el cisma de los Samaritanos, el adulterio. Respecto de los crímenes que no causan perjuicio al prójimo, perdona sin reserva, se contenta con la confesion, y la confusion de los culpables; en quanto à las injusticias, acepta la promesa que hace Zaqueo de repararlas por la restitucion, y por limosnas. Por lo demas; no hai rigor, no hai dilacion, no hai reprehension de parte de él. No toca á nosotros dar consejos, ni prescribir reglas à los que Jesucristo ha encargado de la funcion santa de reconciliar á los pecadores; pero si despues de haber meditado sobre semejantes ejemplos, ellos creen todavia que el rigor, la austeridad, el zelo amargo, son el mejor medio de ganar las almas para Dios, no ve-

[16] Joan. c. 8. v. 3.

mos sobre qué pueda fundarse su opinion, y su práctica.

Mucho menos concebimos de donde pueden venir el terror, la turbacion, las angustias de las personas que desconfian de la misericordia de Dios, desesperan de su salvacion, se creen perdidas para siempre. La mayor parte de ellas no son culpables de algunos de los crímenes que Jesucristo perdonó tan facilmente. Son por lo ordinario almas inocentes que no tienen que reprenderse, sinó las debilidades comunes de la humanidad, defectos, negligencias, mas bien que pecados graves. Cuando sus deudas fuesen tan enormes como se las representa su imaginacion, Jesucristo las asegura diciéndoles que los deudores à quienes mas se perdona, son los que mas le aman. Su temor, su desaliento, son el único obstáculo que se opone à la vivacidad de su amor; que ellas se entregen à la confianza, y todos sus males serán curados.

Almas demasiado tímidas, no dilateis mas en aliviar el corazon del caritativo Salvador que os pide el vuestro; él os busca, os llama, os aguarda, no desea sinó consolaros. *Id en paz y no pequeis mas.* Cien veces habeis oido salir de la boca de sus

ministros esta palabra de gracia; él mismo es el que la pronuncia por su órgano. Vosotras llevais quizá la infatuacion hasta no creer, hasta desconocer el perdon que ellos os conceden, y hasta improbar una caridad formada sobre el modelo de la de Jesucristo: Vosotras querriais que ellos fuesen mas duros y mas severos; pensais que reprensiones amargas, dilaciones prolongadas, comuniones diferidas, satisfacciones penosas, serian remedios mas eficaces para vuestros males. El divino Salvador jamas usó de ellos, al contrario reprimió la indignacion de sus discípulos que querian hacer descender fuego del cielo sobre los Samaritanos incrédulos. “Vosotros no sabeis, les dice, cual es el espíritu que os anima; el Hijo del hombre no ha venido à perder las almas, sinó á salvarlas” (17) Una dulzura constante, una caridad infatigable, una paciencia invencible: ved aqui las únicas armas de que él se sirvió para vencer la resistencia de los pecadores: ¿ os quejareis de que él las emplee para santificaros à vosotras mismas? ¿ Emprendereis sostener

(17) *Luc. c. 9. v. 54.*

los derechos de la justicia divina, contra Jesucristo mismo, y contra las efusiones de su misericordia?

Esta nos parece excesiva respecto de los judíos. Después de tres años de trabajos, de lecciones, de beneficios, el divino Salvador no había ganado sino un pequeño número, prevenía las desgracias que esta nación rebelde iba à traerse por su ineducidad. Tendiendo la vista sobre Jerusalem, decia: “Ciudad desgraciada, que entregas à muerte à los Profetas, que haces apedrear à los enviados del Señor, ¿cuantas veces he querido reunir tus hijos, como una gallina reúne sus polluelos debajo sus alas, y tú no has querido? Tú seràs mudada en un desierto horroroso (18)”. Cuando entra en triunfo pocos dias antes de su muerte, derrama lágrimas sobre la suerte de que esta ciudad amenazada. “¡ Ah! Si tú hubieras conocido, si tú conocieras hoy lo que hago para darte la paz! Pero todo està oculto à tus ojos. Vendrá el dia que tus enemigos te citiaràn, te estrecharàn por todas partes, te destruiràn, exterminaràn tus hijos, no

(18) *Math. c. 23. v. 37.*

los derechos de la justicia divina, contra Jesucristo mismo, y contra las efusiones de su misericordia?

Esta nos parece excesiva respecto de los judíos. Después de tres años de trabajos, de lecciones, de beneficios, el divino Salvador no había ganado sino un pequeño número, prevenía las desgracias que esta nación rebelde iba à traerse por su ineducidad. Tendiendo la vista sobre Jerusalem, decía: “Ciudad desgraciada, que entregas à muerte à los Profetas, que haces apedrear à los enviados del Señor, ¿cuantas veces he querido reunir tus hijos, como una gallina reúne sus polluelos debajo sus alas, y tú no has querido? Tú seràs mudada en un desierto horroroso (18)”. Cuando entra en triunfo pocos dias antes de su muerte, derrama lágrimas sobre la suerte de que esta ciudad amenazada. “¡ Ah! Si tú hubieras conocido, si tú conocieras hoy lo que hago para darte la paz! Pero todo està oculto à tus ojos. Vendrà el dia que tus enemigos te citiaràn, te estrecharàn por todas partes, te destruiràn, exterminaràn tus hijos, no

(18) *Math. c. 23. v. 37.*

CAPITULO XII.

Conducta particular del Salvador con sus discípulos; hasta donde lleva su bondad y su paciencia para con ellos.

NO sin razon quiso Jesucristo tomar por Apóstoles, simples pescadores, hombres groseros, sin estudio, sin educacion: queria demostrar que, para convertir al mundo, no necesitaba de los talentos naturales de sus enviados; que sus sucesos no serian la obra de la sabiduria, ó del poder humano, sinó de la gracia del Espíritu Santo. “No sois vosotros los que hablareis, les dice; el espíritu de vuestro Padre es el que se anunciará por vuestra boca.” (1) Con el mismo designio, no escogió hombres de un carácter mui docil, esentos de las pasiones, y de las debilidades de la humanidad; queria que las virtudes de que ellos han dado ejemplo despues, fuesen un efecto de aquel espíritu divino que les habia prometido.

(1) Math. cap. 10 v. 20.

No temamos faltar al respeto que debemos á estos grandes hombres, recordando sus debilidades; ellos mismos han tenido la humildad y el valor de referirlas; sabian que esta sinceridad nos seria útil, nos haria comprender la fuerza de la operacion divina, y el poder de la gracia, nos inspiraria desconfianza de nosotros mismos, y la confianza en Dios.

Jesucristo quiso comenzar por verificar en sus discípulos lo que habia anunciado desde el principio, que habia venido á llamar, no á los justos, sinó á los pecadores á la penitencia (2). El pone en el número de sus primeros discípulos un publicano, cuya profesion se veía con horror entre los judíos [3].

S. Pablo nos hace notar esta conducta. “ Dios, dice, ha escogido lo que es una locura segun el mundo para confundir á los sabios, lo que hai de mas débil, para derribar á los fuertes; hombres ignobles, despreciables y que nada son, para destruir lo que hai mas sólidamente

(2) *Luc. cap. 5 v. 32.*

(3) *Luc. cap. 5 v. 27.*

establecido, à fin de que ninguno se glorie delante de él." (4) La sinceridad con que ellos convienen en la relacion de sus imperfecciones, de su indocilidad, de sus caidas, demuestra que ellos no nos han engañado sobre ningun hecho, que Jesucristo ha sido verdaderamente tal como ellos lo representan. Por prodigios de dulzura, de paciencia, de indulgencia, los formó para el apostolado, y los hizo en fin capaces de sacrificarse por él y por el establecimiento del Evangelio.

Para atraerse à S. Pedro, lo hace por un milagro análogo à su profesion: le proporciona una pesca abundante, despues de una noche entera de fatigas inútiles. Pedro admirado se postra à los pies de Jesus, y le dice: "Señor, apártate de mí, yo no soi sinó un pecador." (5) Pero Jesucristo no huye de los pecadores: "nada temas, le dice: en adelante serás pescador de hombres." Por esta atencion de consultar al genio de sus discípulos, los prepara

(4) 1 *Corin.* cap. 1 v. 27.

(5) *Luc.* cap. 5 v. 8.

para entender las verdades mas sublimes.

Los Escribas y Fariseos se escandalizan de que estos nuevos prosélitos no ayunen y oren tanto como los discípulos de Juan Bautista y los suyos; Jesus toma su defensa y escusa su debilidad. “ Los amigos del esposo, responde, no pueden ayunar mientras el esposo está con ellos; vendrá un tiempo en que el esposo les será quitado y entonces ayunarán. No se debe poner vino nuevo en unos cueros viejos, se expondría à que se rompiesen los cueros, y se perdiese el vino.” (6) Leccion sabia para corregir las direcciones severas, el celo fogoso de la juventud, los fervores de los que comienzan; esto no se sostiene largo tiempo: vale mas comenzar dulcemente, y perseverar con constancia.

Cuando Jesus vé que sus discípulos no comprenden el sentido de las lecciones que dá al pueblo, los instruye en particular, y les explica lo que exede su inteligencia. “ A vosotros, les dice, es dado conocer los misterios del reino de

(6.) *Luc. cap. 5 v. 34.*

Dios; en cuanto á los otros hombres, basta que ellos sean instruidos por parábolas." (7) Les deja la libertad de preguntarle y de proponerle sus dudas, jamás se disgusta de su ignorancia ni de su grosería.

En todas las ocasiones, les manifiesta el afecto mas tierno. Se le anuncia que su Santa Madre y algunos de sus parientes quieren verlo, cuando se halla ocupado en instruir los pueblos; y extendiendo la mano á sus discípulos, dice: "ved aquí á mi Madre y mis hermanos; los que escuchan la palabra de Dios y hacen la voluntad de mi Padre son mis hermanos, mis hermanas, y mi Madre." (8) Palabras consoladoras para las almas que se han dado enteramente á Jesucristo, que han renunciado al mundo para consagrarse á su servicio; asegurándolas él de su afecto ¿pueden alguna vez desconfiar de su palabra?

Aunque los Apóstoles hubiesen ya sido testigos de muchos milagros de su Maestro, no comprendían todavía hasta donde se extendía su

(7) *Luc. cap. 8 v. 10.*

(8) *Math. cap. 12 v. 49. Luc. c. 8 v. 4.*

poder. Para acostumbrarlos à confiar en él, entra con ellos en una barca con el designio de atravesar un lago; y estando dormido sobreviene una tempestad que pone el bajél en peligro de ser sumergido. Los discípulos aterrados, despiertan bruscamente à Jesus. “¿ Maestro, no se te dá nada de que perezamos? Jesus les dice: ¿ por qué temeis, hombres de poca fé? El amenaza al viento, y manda à la mar que se apacigüe, y la calma se restablece. ¿ Quien es este, decian, aturdidos los discípulos, à quien los vientos y la mar le obedecen?” (9)

Sin embargo no tardaron en olvidarse de esto. Despues de una noche durante la cual habian estado fatigados por un viento contrario, Jesus, al amanecer vino à ellos caminando sobre las aguas. Creyeron que era un fantasma, y dieron un grito de temor. “ Cobrad ánimo, les dice Jesus; yo soi, no temais. S. Pedro, para convencerse mejor, le dice: Señor, si tú eres, mándame ir acia tí sobre las aguas. Ven, le respondió Jesus. Pedro obedece y

(9) *Marc. cap. 4 v. 38.*

anda sobre las aguas. Un viento fuerte le causó temor, y como se sumergia, dió voces diciendo: Señor, sálvame. Jesus, extendiéndole la mano, le apoyó y le dijo: hombre de poca fé, ¿por qué has titubeado? Y luego que subieron à la barca calmó el viento, y los discípulos le adoraron, exclamando: Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios." (10)

Tal es tambien la tierna reprehension que el Salvador dirige à las almas que se turban, que se creen perdidas à vista de sus debilidades, de las tentaciones que las persiguen, de los peligros que las rodean. Almas de poca fé, ¿por qué temeis? Cuando Jesus os pareciera dormido, ¿creis que os olvida en su sueño? Una palabra de su boca hace cesar las borrascas, restablece la paz y el reposo en los corazones. El está siempre pronto à extendernos la mano para afirmarnos. Descansad sobre su poder y sobre su bondad, y estareis libres de peligros.

Jesus no rehusa un milagro para confirmar la fé de sus discípulos; pero su fé era siempre bien débil,

(10) *Math. cap. 14 v. 24.*

y à cada paso era preciso comenzar de nuevo. Retirado à un campo desierto, el Salvador fué allí seguido por una gran multitud de pueblo. Acia el fin del dia, sus discipulos se inquietan, le representan que esta multitud morirá de hambre, que es necesario despedirla para que busque alimento en las inmediaciones. “No es necesario, respondió friamente Jesus, dadle vosotros mismos de comer.” En verdad, dijo uno de ellos, cuando tuviéramos doscientos denarios de pan, esto no bastaria para dar à cada uno un pedaso. Ved, dijo Jesus, lo que tuviereis. Se hallaron cinco panes. Jesus los toma, levanta los ojos al Cielo, dá gracias à Dios, bendice los panes, los parte, y manda à sus discipulos que los distribuyan. Cinco mil hombres quedan saciados, y se recogieron doce canastos de lo que sobró. Jesus hace pasar el milagro por las manos de sus discipulos para exitar su confianza en su poder (11).

Segun la reflexion de S. Agus-

(11) *Math. cap. 14. Marc. cap. 6. Luc. c. 9. Joan. 6.*

En (12), el milagro de la multiplicación de panes no es mas admirable que la conducta ordinaria y diaria de la Providencia. Despues de seis mil años Dios continúa en sacar del seno de la tierra con que alimentar la multitud enorme de criaturas vivientes que cubren su superficie; en tantos siglos la fecundidad de esta madre comun no se ha disminuido. ¿Es mas fácil comprender como un grano de semilla ha podido producir un árbol que vemos cargado de frutos, que como cinco panes han podido bastar para alimentar cinco mil hombres? Cualesquiera que sean nuestras necesidades espirituales y temporales ¿podemos desconfiar de una providencia benéfica que continuamente obra prodigios à nuestra vista? Para inspirarnos la confianza ¿serán necesarios nuevos milagros, por que no nos dignamos atender à tantos de que somos habitualmente testigos?

En esto imitamos perfectamente la estupidez de los discípulos del Salvador. Ellos vieron bien pronto renovar el mismo milagro en favor

(12) Trac. 24 in Joan. n. 1,

de cuatro mil hombres, y su fé no fué mas firme. Jesus les dijo un dia: “guardaos de la levadura de los Fariseos, y de los Saduceos.” Los discípulos imaginaron que queria reprimirles de no haber llevado panes consigo. Jesus, viendo su error, les dijo: “¿por qué ocuparos todavía del pan, y del alimento? ¿Habeis olvidado los cinco mil hombres saciados con cinco panes, los cuatro mil alimentados con siete, y lo que sobró? ¿Cómo, pues, no comprendéis que yo hablo de la doctrina de los Fariseos, y de los Saduceos?” (13)

Pocas almas cristianas hai que teman carecer del pan necesario para su alimento temporal; ¿pero cuantas hai que estan en la inquietud de que les falten socorros espirituales, fortaleza en las tentaciones, el don del fervor y de la perseverancia, la gracia divina en la hora de la muerte? Nosotros les decimos como Jesus à sus discípulos: ¿habeis olvidado los beneficios, las atenciones, los milagros mismos de vuestro Divino Maestro, todo lo que ha

(13) *Math. cap. 16 v. 5.*

hecho por vosotras desde que estais en el mundo? Su bondad no se agota, ella no se disminuye ni se limita; los prodigios no le cuestan sinó una palabra, un simple querer; para derramar sus gracias no pide sinó la confianza de los que las necesitan. ¡Es, pues, tan difícil creer en esta Bondad Divina despues de haberla experimentado tan frecuentemente?

No solo Jesus hace todos sus milagros en presencia de sus discipulos; sinó que tambien les dá el poder de hacerlos. Cuando los envía á anunciar el reino de los cielos, les dice. “Curad los enfermos, resucitad los muertos, purificad los leprosos, arrojad los demonios; gratuitamente habeis recibido estos dones, concededlos del mismo modo.” (14) Ellos no tardaron en concebir orgullo: “Señor, le digeron con un aire de satisfaccion, los demonios mismos nos estan sugetos en vuestro nombre.....No es de esto, les dice, que debeis gloriaros; regocijaos mas bien de que vuestros nombres estan escritos en el Cielo.” (15)

(14) *Math. cap. 10 v. 8.*

(15) *Luc. cap. 10 v. 17.*

Lejos de aprovecharse de esta lección se dejaron tentar por la envidia. Uno de entre ellos dijo á Jesus: "Maestro, nosotros hemos visto á un hombre que arrojaba los demonios en vuestro nombre; se lo hemos impedido por que no viene con nosotros. No se lo impidais, respondió el Salvador, el que hace milagros en mi nombre, no puede hablar mal de mí; cualquiera que no está contra vosotros, está con vosotros." (16)

En la mayor parte de las quejas que hacen las almas afligidas de sus defectos ¿no entra un poco de la vanidad y de la envidia de los Apóstoles? Yo no era en otro tiempo, dicen ellas, como soi hoi; yo servia al Señor con gusto, llenaba mis deberes con fervor, gozaba de reposo y de paz. Yo veo todavía personas cuya virtud se sostiene mientras que la mia desmaya; yo querria parecerme à ellas: ellas reciben el consuelo de la gracia, y yo estoi privado. Es mui de temer que estas comparaciones entre los otros y nosotros, entre nuestro estado pasa-

do y nuestras disposiciones presentes, no vengan de un amor propio encubierto. Como los discípulos, querriamos gloriarnos de obrar prodigios en punto de devoción; el ejemplo de los otros nos humilla. Dios, sin duda, lo permite para nuestro bien: si esta humillación puede convencernos en fin que la piedad y el fervor vienen de él, y no de nosotros; que nuestra salvación debe ser la obra de su gracia, y no el fruto de nuestras virtudes; que cuanto menos podamos contar sobre nosotros, mas debemos reposar sobre él; esta persuación nos será mas útil que si hiciéramos milagros: entonces sí que nuestros nombres estarán escritos en el Cielo.

Para corregir á los discípulos, Jesucristo quiso que ellos se estrella- sen en la curación de un poseso; se vieron obligados à llevárselo, y él lo libertó. Los discípulos humillados le preguntaron en particular: “¿por qué no hemos podido arrojar este demonio? Por vuestra incredulidad, les respondió el Salvador; si tuvierais el menor grado de fé, podriais transportar las montañas.” (17)

(17) *Math. cap. 17 v. 15.*

Esta es tambien la respuesta que puede darse à la mayor parte de las almas que gimèn sobre su estado. ¿Por qué soi yo tan tibia, tan inconstante en el bien, tan disgustada de mis deberes, tan sujeta à cometer defectos? Por vuestra incredulidad; no quereis creer en las promesas de Jesucristo, en el poder de su gracia, en la extension de su bondad, en el exeso de sus misericordias: si tuvierais el menor grado de fé para estas verdades saludables, nada os seria imposible, nada os pareceria dificil.

Esta correccion del Salvador no produjo un grande efecto sobre sus discípulos, la ambicion se introdujo entre ellos. Un dia habian disputado entre sí para saber cual era el mas grande, y à quien debia pertenecer el primer lugar. Jesus, à quien nada se ocultaba, les preguntó: “¿de qué hablabais en el camino? Ellos no se atrevieron à responder. El que quiere ser el primero, añadió Jesus, debe ser el último, y hacerse siervo de todos.” Ellos insistieron: “¿quien será pues el primero en el reino de los Cielos? Jesus tomó un niño, le puso en medio de ellos, le abrazó, y les dijo: sinó os

mudais y venis á ser semejantes á los niños, no entrareis en el reino de Dios. Cualquiera que se humillare como este párvulo, será allí el primero. ” (18)

Ellos quisieron apartar unos niños que se presentaban á este Divino Salvador para que los bendigese. “ Dejad, les dice, que se acerquen á mí, de ellos es el reino de Dios; cualquiera que no le recibe con la sencillez de un niño, no entrará en él. Abrazó á estos niños, les impuso sus manos, y les dió su bendición. ” (19)

Si las almas turbadas por escrúpulos, por vanos terrores, por el disgusto de la piedad, tuvieran la docilidad de los niños, bien pronto se tranquilisarian con las lecciones de Jesucristo, con sus promesas, y las bendiciones que han recibido. Pero muchas se obstinan, escuchan poco los consejos de sus directores, no ponen mucha atención en las lecturas que podrian corregir sus ideas, se resisten á las palabras mismas que Jesucristo les dirige en el Evan-

(18) *Math. cap. 18 v. 1. Luc. cap. 9 v. 46.*

(19) *Marc. cap. 10 v. 13.*

gelio. Cien veces repiten las mismas objeciones, y las mismas quejas; se persuaden á que los que las aconsejan no conocen su estado, se engañan sobre sus disposiciones interiores, y no son bastante ilustrados para conducirlos: querrian que se les aplaudiesen todas sus ideas.

Cuando Jesucristo dijo: que es difícil que los que aman las riquezas entren en el reino de los cielos; sus discípulos exclamaron: ¿quien podrá pues salvarse? “Esto es imposible para los hombres, replicó el Salvador; pero todo es posible para Dios.” (20)

¿Quien podrá salvarse? ved aquí todavía la cuestion que hacen todos los dias las almas pusilánimes. Todo es posible á Dios; por consiguien- te cualquiera que sinceramente quie- ra salvarse, lo será. Dios no rehu- sa sus gracias á ninguno, no nos pide sinó la voluntad y él mismo la dá. Exige la confianza ¿y es acaso difícil tenerla? S. Pedro, poco sa- tisfecho, insistió: “y á nosotros que todo lo hemos dejado por seguirte, ¿qué se nos dará? El céntuplo en este mundo, respondió Jesus, y la

(20) *Math. cap. 19 v. 23.*

vida eterna en el otro. ”

El céntuplo en este mundo arrojó á los discípulos en otro error; se persuadieron, como la mayor parte de los judíos, que el Mesías era enviado para restablecer el reino temporal de Israel (21), y que ocuparían en él los primeros destinos. Dos de entre ellos empeñaron á su madre á pedir para ellos esta distincion. Jesus les dijo: “ ¿podeis beber el cáliz de los sufrimientos que me estan reservados? Ellos no vacilaron en prometerlo. Sin duda lo hareis, añadió Jesus; pero no me toca à mí concederos los primeros lugares en mi reino; son para aquellos, à quienes mi Padre los ha preparado. Aquel que entre vosotros quiera ser primero, debe ser el siervo de todos; esto es lo que yo mismo hago con vosotros. ” (22)

¡ Qué dulzura, que sabiduria, que condescendencia en este modo de instruir! Sin embargo poco era el fruto que sacaba. Los Apóstoles no fueron curados de sus debilidades, sinó por la venida del Espíritu

(21) *Actor. cap. 1 v. 6.*

(22) *Math. cap. 20 v. 27.*

Santo; hasta entonces Jesucristo se vió obligado à sufrir sus defectos y perdonárselos. No se sabe qué admirar mas, si la paciencia del Maestro, ó el carácter incorregible de los discípulos. Pero este ejemplo era necesario para hacernos esperar que Jesucristo no se cansará de sufrirnos á nosotros mismos. Frecuentemente les hablaba de sus sufrimientos y de su muerte; les anunciaba los oprobios, los ultrages, el suplicio de la cruz que le estaban reservados. Ellos nada concebían, un destino tan cruel no se conciliaba con sus ideas. S. Pedro disgustado de oír á su Maestro hablar tan frecuentemente de sufrimientos, le dijo con vivacidad: “no quiera Dios, Señor, que esto os suceda, no será esto así.” Jesus le reprendió con firmeza: “tú eres, como un enemigo obstinado, queriendo apartarme de obedecer à mi Padre, no tienes gusto por las cosas de Dios, no piensas sinó en las de este mundo.” (23)

Pocas almas hai, à quienes Jesucristo no pueda hacer la misma reprehension: ellas le estarían fielmente

(23) *Math. cap. 16 v. 21. Marc. c. 8 v. 13.*

adheridas, si nada tuviesen que sufrir en su servicio, si probaran siempre en la piedad un atractivo sensible, consuelos interiores; desde que es necesario vencer disgustos, sequedades, la inconstancia que nos es natural, ellas se afligen y desmayan, teniendo ese yugo por insoportable.

Sin embargo, á pesar de la repugnancia de sus discípulos, el Divino Maestro no les dejó ignorar lo que ellos mismos tendrían que sufrir. “ Vosotros sereis perseguidos, les dice, aprisionados; os entregarán à las sinagogas, y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza ante los reyes y gobernadores por mi nombre; pero yo os daré una elocuencia y una sabiduría á que no podrán resistir vuestros enemigos. No sereis vosotros los que hablareis, será el Espíritu Santo..... Vosotros sereis entregados por vuestros padres, por vuestros amigos, y vuestros conciudadanos; sereis entregados à muerte y desterrados de todos los pueblos por mí; pero no perecerá un cabello de vuestra cabeza: por la paciencia poseereis vuestras almas en paz. ” (24)

(24) *Math. c. 24 v. 9. Luc. c. 21 v. 12.*

Todo se cumplió à la letra. Estos hombres tan tímidos, tan poco unidos à su Maestro durante su vida, fueron despues revestidos de la fuerza de lo alto (25), sacrificaron su vida y derramaron su sangre por Jesucristo y por su Evangelio. Tal fué en ellos el poder de la gracia Divina; ¿y será menos eficaz en nosotros, si queremos corresponderle? El Salvador no prometió el Espíritu Santo à los Apóstoles solos: S. Pedro dice que Dios quiere derramarlo sobre toda carne, sobre todos los que invocasen su santo nombre (26); él mismo lo prometia à los judíos que quisiesen hacerse bautizar (27). Los Apóstoles daban este Espíritu Divino por la imposicion de sus manos (28): la Iglesia administra todavía el Sacramento que Jesucristo instituyó, para perpetuar este don precioso. Nosotros mismos hemos tenido la dicha de recibirlo; ¿por qué dudaremos de sus efectos? A pesar

(25) *Luc. cap. 24 v. 49.*

(26) *Actor. cap. 2 v. 17.*

(27) *Actor. cap. 2 v. 38.*

(28) *Actor. cap. 8 v. 17.*

de las imperfecciones y caídas de sus discípulos, todas sus promesas se cumplieron en ellos. ¿Es menos poderoso para verificarlas en nosotros?

Llegó en fin la hora que este Divino Salvador jamás había perdido de vista, el momento de su pasión. Para preparar à sus Apóstoles, quiso dejarles el ejemplo de una humildad profunda, una prueba de amor que solo Dios era capaz, una prediccion clara de lo que iba à sucederles, una oracion ardiente que dirigió por ellos à su Padre. Meditemos todas estas circunstancias; este es el último testamento de un padre en favor de sus hijos.

Despues de haber hecho con ellos la última Pascua, se humilla à lavarles los pies. En vano protesta S. Pedro no consentir tal cosa: Jesus le obliga à ello: “sinó te lavo, le dice, no tendrás parte conmigo.” Es necesario obedecer; todos se confunden al ver à su Divino Maestro postrado à sus pies. Vuelto à la mesa con ellos les dice: “Vosotros veis, lo que he hecho por vosotros.... Si os he lavado los pies, yo que soi vuestro Señor y vuestro Maestro, vosotros debeis mutuamente hacer lo mismo; os he dado el ejemplo para

que me imiteis." (29) ¿A vista de este divino modelo quien se resistirá á humillarse por sus hermanos?

¿No podemos decir nosotros frecuentemente como S. Pedro: Señor, no me laves solamente los pies, sinó el cuerpo entero, y sobre todo mi alma, cuya pureza jamás es perfecta? No olvidemos tampoco la respuesta del Salvador: el que ya está purificado no necesita sinó lavarse los pies, y entonces él está enteramente puro. Las faltas diarias, las caidas de debilidad en el estado de la vida mas inocente, son como el polvo que se une à los pies; es necesario lavarlas sin cesar, acusarlas y arrepentirse de ellas: entonces no nos hacen indignos de tener parte con Jesucristo.

¡Exeso incomprendible del amor de un Dios por frágiles criaturas! Jesus toma el pan y el vino, los bendice, los distribuye à sus discipulos, y les dice: " comed y bebed todos; esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros, esta es mi propia sangre, la sangre de una nueva alianza que es derramada por

(29) Joan. cap. 13 v. 11. (05)

vosotros y por muchos en remision de los pecados." (30) ¡Qué! es à estos mismos hombres débiles, tímidos, frágiles, indiferentes, cuya próxima caída prevee y predice Jesucristo; à estos, repito, es à quienes se digna darse por alimento y les ordena que coman su carne y beban su sangre!..... ¡Ai de mí! ¿Quién se atreveria à acercarse si fuese necesario ser perfectos para racibirlos?

En aquella misma noche, continúa Jesus: "vais à ser escandalizados en mí; por que está escrito: heriré al pastor, y el rebaño se dispersará; pero cuando yo resucite, os precederé en la Galilea. Todos, Pedro en particular, le protestan que no le abandonarán, que están prontos à sufrir, y à morir por él. Vanas promesas. ¿Cuántas veces las hemos hecho semejantes, y no han sido mejor guardadas? Jesus dice à Pedro: "te aseguro que antes que el gallo cante, me negarás tres veces." ¡Y él se dá á ellos!.....

No menos deseoso de animarlos y consolarlos, les dirige el discurso

(30) *Math. c. 26 Marc. c. 14. Luc. c. 22.*

mas afectuoso que jamás se ha oído. Les advierte que su muerte será para ellos la prenda de una felicidad eterna; les asegura del amor y protección de su Padre, les promete escuchar sus súplicas, y enviarles el Espíritu Santo, les dá su paz, les recomienda la union y la caridad mutua (31). De ésta manera obra tambien Jesucristo con las almas débiles, sujetas á infidelidades pasageras, cuyo corazon conoce á fondo, y sabe le estan unidas, y bien resueltas á no dejar jamás su servicio. ¿ Cual sería su ceguedad y su desgracia, si se rehusasen á las pruebas de su ternura ?

¿ Y quien podrá pintar el ardor y la energia de la oracion que hace por ellas en la persona de sus discípulos ? Levantando los ojos al Cielo dijo: " Padre mio, se acerca la hora, glorifica á tu Hijo, para que él te glorifique, y dé la vida eterna á los que le has confiado. Yo he hecho conocer tu nombre á estos hombres que has sacado del mundo para dármelos; . . . ellos saben ahora que yo he salido de tí, y

(31) Joan. capítulos 13, 14, 15.

que tú eres el que me has enviado. Yo no ruego por el mundo, sinó por estos que me diste, por que tuyos son, todo lo que es tuyo es mio, y en ellos he sido glorificado.... ¡O Padre Santo! guarda en tu nombre á los que me has dado, à fin que ellos estén unidos entre sí, como tú y yo somos una misma cosa. Mientras yo estaba con ellos, los defendia en tu nombre y ninguno de ellos se ha perdido, sinó el hijo de la perdicion. No te pido que los saques del mundo, sinó que los preserves del mal. Santificalos por una verdadera fé; tu palabra es la verdad misma. Yo los he enviado al mundo como tú me has enviado: yo me santifico por ellos, para que ellos mismos sean santificados por la profesion de la verdad.”

“Yo no ruego solamente por ellos, sinó tambien por los que crean en mí por su predicacion; que todos sean una misma cosa; y como tú, ó Padre, estas en mí, y yo en tí, así mismo sean ellos una misma cosa en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.... Padre mio, yo deseo que aquellos que tú me has dado, esten conmigo en donde ya yo estoi, para que

contemplan la gloria que me has dado, y el amor que has tenido por mí antes de la creacion del mundo.....Yo por mi parte les he dado y daré á conocer tu nombre, para que el amor que has tenido por mí esté en ellos, y yo en ellos. " (32)

Notemos que Jesucristo ruega no solamente por sus Apóstoles, sino por todos los que creerán en él: hemos tenido la dicha de ser de este número; por una gracia especial, Dios nos ha hecho nacer en el seno de la Iglesia fundada por los Apóstoles y en la profesion de la fé que ellos han establecido. Esta oracion del Salvador no quedará sin efecto para nosotros. El guarda las almas que Dios le ha dado; ninguna perderá, sino la que, á ejemplo de Judas, quiera absolutamente perderse. ¿Y cuantas gracias no empleó Jesucristo para separar á este pérfido discípulo del crimen que lo perdió?

Aunque habia previsto desde el principio esta perfidia no tuvo por Judas menos bondad que por sus otros discípulos. El infeliz ya tenia

la trahicion en su corazón, ya habia prometido á los judios entregarles á su Maestro, cuando Jesus le lavó los pies. El caritativo Salvador profirió una palabra que habria debido tocar al corazón mas perverso. " Vosotros estais puros, dice á sus Apóstoles, pero no todos. " Segun nota el Evangelista, Jesucristo designaba por esto al que iba á venderle. Sentados á la mesa, Jesus experimenta una turbacion interior, y les dice sin rodeos: " yo os aseguro que uno de entre vosotros me venderá.....pero infeliz de él; mejor le estaria no haber nacido. El discípulo amado de Jesus se acerca á él, y le pregunta secretamente: ¿ Señor, quien es este trahidor? Jesus responde; es aquel á quien yo voi á dar un pedazo de pan mojado, y lo dió á Judas. Todos preguntan con espanto, ¿ quien será, pues, el pérfido capaz de este crimen: ? el mismo Judas se atreve á levantar su voz y preguntar á su turno: ¿ Maestro; seré yo? Tú lo has dicho, responde Jesus sin emocion; has pronto lo que estás resuelto á hacer. Judas sale, y vá á consumir su maldad (33). Cuando

llega al frente de los soldados, y les señala á su Maestro dándole un ósculo, Jesus le dice con dulzura: “¿mi amigo, qué vienes á hacer? ¿Con un ósculo entregas al Hijo del hombre?” (34.) Esta tierna reconvenccion no le mueve.

Cuando sabe que Jesus se halla condenado á muerte, el remordimiento se apodera de él, y vá á decir á los judios: “he pecado entregandoos la sangre de un justo; arroja en el templo el dinero que habia recibido, y desesperado vá á ahorcarse. ¡Ejemplo terrible de reprobacion! él nos llena de espanto. Sin embargo los Padres de la Iglesia no han vacilado en decir que si Judas movido del arrepentimiento, hubiese pedido perdon á su Maestro, lo habria obtenido.

Y en efecto ¿podriamos dudarlo cuando vemos la conducta del Salvador con sus otros discípulos? Ellos habia prevenido, les habia advertido de su debilidad, habia redoblando su bondad para con ellos, y sin embargo no fueron mas valerosos. En el huerto de los olivos, se en-

(34.) *Math. c. 26. Marc. c. 14. Luc. c. 22.*

tregaron al sueño, mientras que su Maestro oprimido de tristeza se preparaba para padecer y morir. Les manda velar, orar, para prevenir la tentacion, y ellos no lo hicieron. Al prenderlo los judios, su primer cuidado es proveer à la seguridad de sus discípulos; dice à los soldados: "pues que á mí es á quien buscáis, dejad ir estas gentes;" no quiere que se les haga violencia. Ellos huyen luego que le ven en las manos de los judios. Despues de su resurreccion, Jesus no les hace reconvencion alguna; les manifiesta el mismo afecto, y les cumple todas sus promesas.

¡ Salvador adorable! de este modo has querido reanimar nuestra confianza. Tan débiles, tan inconstantes, tan infieles, como tus discípulos, temblamos al menor peligro, huimos al primer aspecto de los sufrimientos; pero à lo menos no llevaremos la perfidia hasta venderte y entregarte à tus enemigos. Si esta desgracia nos hubiese sucedido, todavía esperaríamos; confundidos, arrepentidos, desolados, nos postraríamos à tus pies, y tendríais compasion de nosotros.

S. Pedro, que habia parecido al

principio mas fiel que los otros; que para defender à su Maestro, habia herido à uno de los soldados de los judios; que habia seguido à Jesus en los tribunales de Jerusalem, es interrogado para saber si es uno de sus discípulos, y le niega, y jura que no le conoce, y renueva tres veces este perjurio. Una mirada de Jesus le penetra, sale, y llora amargamente (35). Apóstol débil, consuélate, la mirada de Jesus no es la de un Señor irritado que piensa en vengarse, sinó la de un Salvador que perdona. Tú le verás lleno de vida, siempre bueno, tierno, compasivo; nada perderás de las gracias y de los beneficios que te ha prometido.

En efecto, Jesus resucitado olvida la ingratitud y la infidelidad de sus discípulos; sufre con paciencia aun su incredulidad. Apesar de sus reiteradas promesas, estos hombres desconfiados dudan de su resurreccion, apenas quieren creer à sus propios ojos. Jesus los asegura, les habla, los invita à tocarle, bebe, y come con ellos; lleva la complacencia

(35) *Math. cap. 28. Marc. cap. 14. Luc. cap. 22. Joan. cap. 18.*

hasta mostrar sus llagas à Santo Tomás, á hacerle poner la mano sobre la de su costado. Este Apóstol era culpable de una incredulidad obstinada; la palabra que Jesus habia dado de resucitar dentro de tres días; el testimonio de los otros Apóstoles que le habian visto vivo, oído, y tocado, bastaba para convencer à todo espíritu racional. Jesus no le hace reprehension alguna, le invita à verificar por sí mismo el prodigio de que afectaba dudar.

Jesus no se venga de S. Pedro, sinó haciéndole repetir tres veces las protestas de su amor, para expiar las tres faltas que habia cometido negando á su Maestro. No por esto Jesus deja de confiarle el cuidado de su rebaño, el gobierno de su Iglesia, el poder de confirmar á sus hermanos en la fé, y le predice que en su vejez glorificará á Dios por un generoso martirio (36).

Se diria que este Divino Salvador ha contemplado de propósito los defectos de sus discípulos, los diversos grados de su debilidad, las circunstancias de su infidelidad, para

(36) Joan. cap. 21 v. 15.

darnos pruebas mas convincentes de su bondad, de su paciencia, de su compasion por nuestra miseria; que, por este ejemplo de los fundadores mismos de su Iglesia, ha querido demostrar que si los justos no deben jamás presumir de sus fuerzas, los pecadores no deben jamás desespearar de las misericordias del Señor.

¿Qué podemos pensar en efecto, cuando vemos en los discípulos de Jesucristo la imágen de nuestra propia conducta? Nosotros creemos; pero la menor prueba conmueve nuestra fé; esperamos, y la primera caída nos lanza en la desconfianza; protestamos á nuestro Divino Maestro que le amamos, y no tenemos el valor de sufrir nada por él; prometemos siempre, y nada cumplimos; lloramos nuestras culpas, y recaemos en ellas; así se pasa toda nuestra vida. Pero la misericordia del Salvador no se retrae; cuando recurrimos á él, no nos responde, sinó lo que decia á sus discípulos: “la paz sea con vosotros, no temais, yo cumpliré todas las promesas de mi Padre hechas á vosotros.” (37)

(37) Luc. cap. 24. vv. 36, 49.

No nos sorprendamos, si despues de la venida del Espiritu Santo los Apóstoles estuvieron tan firmemente consagrados al servicio de su Maestro: quanto mas débiles é infieles habian sido durante su vida, tanto mas constantes, é intrépidos aparecen. Ellos no hablan sinó de Jesucristo, no piensan sinó en él, no viven, no respiran, no trabajan sinó por él, no desean sinó su gloria, los progresos de su doctrina, la salvacion de las almas. El recuerdo de sus bondades, de su paciencia, de su misericordia para con ellos, los penetra y transporta; nada les parece imposible ó dificil para manifestarle su amor. Se creen mui felices de ser perseguidos y humillados, de sufrir, y de derramar su sangre por él. Le ven sentado á la diestra de su Padre, que los aguarda, los anima, les prepara un lugar; la conversion del mundo entero les parece una empresa mui débil para testificar su reconocimiento, para merecer la felicidad de estar reunidos á Jesucristo.

Despues de haber experimentado de su parte la misma bondad, la misma indulgencia que sus discípulos ¿cuando le amaremos como

ellos? En el Cielo, sin duda; nuestro corazon es mui helado sobre la tierra. Un dia, alumbrados con la luz eterna, veremos mejor que aquí todo lo que el Divino Salvador ha hecho por nosotros, los exesos de su ternura, el precio de sus gracias, los efectos de su muerte: entonces le amaremos, y este amor hará nuestra dicha.

Pero es en la pasion de Jesucristo, sobre el Calvario, al pie de su cruz, que debemos meditar todavía su misericordia infinita, y tomar nuevos motivos de consuelo y de confianza.

CAPITULO XIII.

Sentimientos y palabras de Jesucristo durante su pasion; reflexiones de San Pablo sobre los efectos de la muerte del Hijo de Dios, y sobre su propia conversion.

NUESTRO divino Maestro siempre hablaba de su pasion como del momento de su gloria. Cuando se separó Judas de la última cena para

ir á entregarle á los judíos, dijo: “ahora el hijo del hombre es glorificado, y él da gloria á Dios; si Dios es glorificado en él, Dios le glorificará tambien en sí mismo, y bien pronto le glorificará” (1). En su oracion repite estas mismas palabras “Padre mio, la hora se acerca; glorifica á tu Hijo, para que él mismo te glorifique. Tú le has dado el poder sobre todas las criaturas, para que él conceda la vida eterna á todos los que le has confiado” (2).

En efecto, jamás pareció Jesucristo mas grande que en medio de los oprobios y de los sufrimientos. Sin hablar de los milagros que en la hora de su muerte atestiguaron que él era el Hijo de Dios; de la paciencia heroica con que sufrió los ultrages de sus enemigos; de la sabiduría que hizo brillar en todas sus palabras, y hasta en su silencio, jamás ejerció con mayor magnificencia la divina funcion de Salvador, y derramó las gracias de la salvacion con mas profusion. Ved aqui la verdadera gloria y el fundamento de nuestras esperanzas.

(1) Joan. c. 13. v. 31.

(2) Joan. c. 17. v. 1.

Cuando los soldados van á prenderle en el huerto de los Olivos, se contenta con darles una respuesta firme derribándolos en tierra; no obstante que podia aniquilarlos. Cura por milagro uno de entre ellos que San Pedro habia herido; si fué inútil este beneficio, que debió enseñarles que ellos acometian al Hijo de Dios; no fué menos un razgo de su misericordia.

Delante de sus jueces declara altamente su calidad de Mesias, de Salvador, de Hijo de Dios; les muestra la luz, con cuyo brillo debieron abrir los ojos. Se sirve de la esposa de Pilatos para exhortarle á no condenar un justo calumniado; da testimonio á este gobernador romano de su reino eterno; quiere inspirarle el deseo de oír la verdad; quiere que Pilatos testifique públicamente su inocencia al pueblo reunido; hace entrar á San Pedro en sí mismo por una mirada de compasion. Las gracias de conversion salen de su boca, de sus ojos, de todas las llagas de que está cubierto, las cuales habrian producido mas fruto en corazones menos endurecidos.

Yendo al Calvario cargado de su cruz, encuentra una tropa de mu-

geres que se enternecen y derraman lágrimas sobre sus penas “Hijas de Jerusalem, les dice, no lloreis sobre mi, sinó sobre vosotras y sobre vuestros hijos; vendrá un tiempo en que se dirá: felices las mugeres estériles y que no tienen hijos; se deseará estar sepultado bajo las montañas y en las entrañas de la tierra. Si el leño verde es así tratado, ¿qué sucederá con el seco” ? (3). El caritativo Salvador se conmueve menos por sus sufrimientos que por las desgracias de que está amenazada la nacion Judaica; el querria detener los golpes de la justicia divina y hacer que no cayesen sobre la cabeza de sus enemigos.

La primera palabra que profiere sobre la Cruz es una oracion por ellos “Padre mio, perdónales, que no saben lo que hacen” (4). Oracion adorable, que no podia salir sinó de la boca de un Dios. Jesucristo, siempre presente á los ojos de su Padre en estado de víctima, la repite sin cesar; escusa los errores, los crímenes la malicia de los pecadores, con mas fuerte razon, las debilidades y las im-

(3) *Luc. c. 23. v. 28.*

(4) *Luc. c. 23. v. 34.*

perfecciones de las almas inocentes; él no pide sino gracia y misericordia.

De dos malhechores crucificados con Jesus, el uno blasfema contra él, otro se reconoce culpable y castigado con justicia: “ Señor, dice, á Jesus, acuérdate de mi cuando esteis en tu reino. El Salvador le responde: yo te aseguro que hoi estareis con migo en el paraiso ” (5). No pronuncia sentencia de reprobacion contra el blasfemo; pero perdona al penitente: asi confirma lo que ha dicho, que no ha venido para juzgar al mundo, sino para salvarle, no para perder las almas, sino para rescatarlas (6). Hoi en posesion de su reino y sobre el trono de su gloria, Jesucristo no es menos misericordioso que sobre la Cruz; su sangre preciosa nada ha perdido de su valor, sus entrañas caritativas no se han endurecido. Perdona á un malhechor á la primera señal de su arrepentimiento; pidió gracia por los que le habian ultrajado, por los que le habian condenado, por los que le habian crucificado: no tratará con mas rigor á almas menos cul-

(5) *Luc. cap. 23. v. 39.*

(6) *Luc. c. 9. v. 56. Joan. c. 3. v. 17.*

pables, que lloran sus defectos, que querrian ser mejores, amarle mas, servirle con mas fidelidad.

Al pie de la Cruz de Jesus estaba su discípulo amado y Maria su Santa Madre; trata de aliviar su dolor, de consolarnos á nosotros mismos. Dice á Maria: ved ahí á tu hijo; y á San Juan ved ahí tu madre (7). Estas palabras, dicen los Padres de la Iglesia, se dirijian á todos los fieles; les dió á la Santa Vírgen por madre en la persona de su discípulo, y á esta tierna madre tantos hijos cuantos cristianos hai sobre la tierra que creen, y esperan en él. Tal es el fundamento de la devocion que la Iglesia nos inspira para con la Santa Vírgen, de las exhortaciones que nos hace para recurrir á ella en todas nuestras necesidades: Esta es la ejecución de las últimas voluntades de Jesucristo sobre la Cruz.

Próximo á morir, dice á su Padre " Dios mio, Dios mió, ¿ por qué me has desamparado ? " Estas son las primeras palabras del salmo veinte y uno, que es una prediccion clara de los sufrimientos del Mesias.

(7) Joan. c. 19. v. 26.

Jesucristo se hacia la aplicacion, para convencer á los judíos que crucificándole, no hacian sino cumplir las antiguas profesías; que insultándole sobre la Cruz, hacian todavia el cuadro mas completo y mas semejante. Este era un nuevo rayo de luz por el cual el divino Salvador queria abrir los ojos á estos insensatos, una gracia á que ellos todavia resistieron. Habian dejado ya exangüe su cuerpo, pero no habian quitado de su corazon la ternura de un Dios por sus ingratas criaturas.

El Cielo se obscurece, el velo del templo se despedaza, la tierra tiembla, las rocas se parten, los sepulcros se abren, muchos muertos salen y se manifiestan.... ¡Qué! ¿Todavía nuevas gracias? Jesus muerto procura todavia mover corazones endurecidos. Un nuevo prodigio se obra: el oficial Romano, testigo de este espectáculo, esclama: verdaderamente este era el Hijo de Dios. Muchos judíos llenos de consternacion se vuelven hiriéndose el pecho; y conocen al fin la enormidad de su crimen (8) Ellos no merecian sino los rayos de la jus-

(8) *Mat. c. 27. v. 51. Luc. 23. v. 47.*

ticia divina. ¡ Misericordia del Señor! sinó fuerais infinita, habriais sido agotada en aquel momento.

No, San Pedro nos enseña que Jesus muerto fué á instruir á las almas que estaban cautivas en el seno de Abraan, que se hizo conocer de los que habian sido incrédulos en tiempo de Noé, y que habian contado demasiado sobre la paciencia del Señor. “ Asi, dice el mismo Apóstol, el Evangelio ha sido anunciado á los muertos, á fin de que despues de haber sido juzgados en su carne á los ojos de los hombres, viviesen en espíritu á los ojos de Dios ” (9). Ellos habian abusado de la bondad divina, pero habian sido castigados; Dios no queria que fuesen perdidos para siempre: los habia reservado para honrar el triunfo de su Hijo en el dia de su Ascension.

Jesus resucitado, es el mismo que Jesus caritativo y dulce, paciente y benéfico cuando vivia y en su muerte. Toma precauciones para no aterrar á ninguno: se aparece no por la noche, sinó en pleno dia: hace hablar á los ángeles antes de mostrar-

(9) *Prim. Pet. c. 3; 3. v. 19, c. 4. v. 6.*

se; permite á las santas mugeres, que venian para embalsamar su cuerpo, que le besen los pies; les manda prevenir á sus discípulos; viene à hallar á estos sin ruido, los saluda, los asegura, deja que se acerquen y le toquen; bebe y come con ellos. Sus primeras palabras son siempre: “ la paz sea con vosotros, no temais, estad seguros, yo soi ” (10). Emplea los cuarenta dias que quiere pasar todavia sobre la tierra en instruirlos, en exitar su virtud, en prepararlos para la venida del Espiritu Santo.

Verdaderamente este era el Hijo de Dios: un puro hombre no habria obrado así. La paciencia de los hombres se cansa facilmente; la de Jesus es inagotable: los hombres olvidan rara vez una injuria, por ligera que sea: Jesus no se acuerda ni aun de los ultrajes; los hombres se hacen un punto de honor de la venganza: Jesus pone su gloria en perdonar; los hombres pretenden que la justicia, el bien público, la gloria de Dios estan interesados en su resentimiento: Jesus no conoce otro interés que el de la

(10) *Mat. c. 28. v. 10. Luc. c. 24. v. 36.
Joa. cap. 20. v. 26.*

salvacion de las almas: los hombres son difíciles, puntillosos sobre las satisfacciones y las excusas, es necesario disputar para saber quien dará los primeros pasos: Jesus nos previene y se contenta con el arrepentimiento; si los hombres consienten en no hacer mal al que los ha ofendido, rara vez tienen la generosidad de hacerle bien: Jesus confirma el perdon por medio de beneficios.

Verdaderamente este era el Hijo de Dios. Si él no hubiese dirigido la pluma de los autores sagrados que han escrito su vida y su muerte, hombres ordinarios jamás habrían conseguido trazar el cuadro de una bondad, de una paciencia, de una misericordia tan superior á las fuerzas humanas, de que no hai ejemplo ni en las fábulas, ni en las historias.

Almas tímidas y turbadas: no lo olvidéis, no os conjuramos á que contéis sobre la bondad de los hombres, sinó sobre la de Dios; todas las ideas que podeis formaros de su misericordia, no se acercarán jamás á lo que ella es en efecto: las que concebís de la justicia divina y que os espantan, se asemejan todavía menos á la conducta del Salvador. El os dice: “la paz sea con vosotros, no te-

mais, no os turbeis, yo soi: acer-
 caos y ved, considerad mis pies, mis
 manos, mi costado herido, tocad mis
 llagas; estas son las pruebas de mi
 amor por vosotras. No seais mas in-
 trédulas á mis promesas, ni rebeldes
 á mi bondad; no dudeis mas de mi
 dulzura para recibiros, de mi pacien-
 cia para sufiros, de mi anhelo por
 sanaros" ¡ felices aquellas almas mas
 dóciles que vosotras ! Su paz no será
 jamás turbada.

¿ Con qué fuerza, con qué elo-
 cuencia no releva San Pablo el exe-
 so de la bondad divina en el minis-
 terio de nuestra redencion, los salu-
 dables efectos de la muerte de Jesu-
 cristo, los motivos de confianza y de
 paz que nos da su sangre derramada
 por nosotros" ? ¿ Por que, dice este
 Apóstol, de donde nace que Cristo,
 estando, nosotros todavia enfermos del
 pecado, al tiempo señalado murió por
 los impíos ? A la verdad, apenas hai
 quien quisiese morir por un justo: tal
 vez se hallaria quien tuviese valor de
 dar su vida por un bienhechor. Pero
 lo que hace brillar mas la caridad de
 Dios hacia nosotros, es que entonces
 mismo, cuando eramos aun peca-
 dores, fué cuando al tiempo seña-
 lado murió Cristo por nosotros: luego

es claro que ahora mucho mas, estando justificados por su sangre, nos salvaremos por él de la ira de Dios. Por que si cuando eramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados por la muerte de su Hijo, mucho mas estando ya reconciliados nos salvará por la vida del mismo" (11).

Nosotros somos pecadores; pero no hai una razon para creer que no tendremos parte en los frutos de la muerte de Jesucristo, y en la vida eterna. Todos los hombres lo eran; su estado era todavia mas deplorable que el nuestro, cuando este mismo Salvador dió su vida por todos. El nos ha hecho participar de su redencion por el bautismo, y por las otras gracias de salvacion de que nos ha llenado. Segun el pensamiento de San Pablo, este beneficio inestimable es una prenda de la vida eterna que Dios nos destina; pues que él quiere dárnosla, nos proporcionará los medios, como se ha dignado de hacerlo hasta el presente. Nosotros jamás hemos merecido este exeso de bondad; por consiguiente no hai motivo de creer que ella cesará por que no la mere-

(11) *Rom. c. 5. v. 6.*

temos: Jesucristo la ha merecido por nosotros.

San Pablo nos hace observar despues quanto excede la gracia de la redencion á los efectos del pecado de nuestro primer padre. “No sucede, dice, en la gracia lo mismo que en el pecado; por que si, por el pecado de uno solo murieron muchos, mucho mas copiosamente se ha derramado sobre muchos la misericordia y el don de Dios, por la gracia de un solo hombre que es Jesucristo. No, no es el don de Dios, como el mal que ha producido un solo pecado; por que nosotros hemos sido condenados en el juicio de Dios por un solo pecado, en lugar que somos justificados por la gracia de Jesucristo despues de muchos pecados. Si por el pecado de Adan la muerte ha reinado por solo un hombre, con mayor razon los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia, reinarán en la vida por un solo hombre que es Jesucristo. Asi como por el pecado de uno solo, todos los hombres han caido en la condenacion, del mismo modo, por la justicia de uno solo, todos los hombres reciben la justificacion y la vida....en donde habia abundancia de

pecado, Dios ha derramado una gracia superabundante" (12).

Espíritus preocupados se imaginan que, después del pecado de Adán, Dios no ha visto al género humano mas que como una raza proscripta y reprobada, digna de toda su cólera y de sus eternas venganzas; Dios de bondad! ¿Es esta la idea que tus santas escrituras nos dan de tu misericordia, de la redención jeneral obrada por tu Hijo único, de tu amor por los hombres? Nuestro primer padre nos habia perdido consigo; pero tus designios eternos eran redimirnos: señalaste la víctima, y ordenaste el sacrificio en el mismo momento que el crimen fué cometido. ¿Has podido jamás mirar de otro modo nuestra frágil especie que como el precio de la sangre de tu Hijo?

Cualquiera que sea el número y la enormidad de nuestros pecados, no igualarán jamás á los méritos de Jesucristo; estos méritos son infinitos: el pecado no los aniquilará para nosotros, á menos que no muramos en el estado de pecado, y de impenitencia final. "Si alguno peca, dice

(12) Rom. c. 5. v. 15.

San Juan, tenemos por Abogado cerca de nuestro Padre á Jesucristo que es el justo por exelencia y la víctima de propiciacion por nuestros pecados, no solamente por los nuestros, sinó por los del mundo entero (13). Pues que esta víctima adorable se ha entregado por los pecados de todos, yo no seré tan insensato para creer que ella me ha exep tuado; indigno como soi, me atreveré á decir con San Pablo, hablando de Jesucristo: *él me ha amado y se ha sacrificado por mi* (14).

¿Temeré yo carecer de gracias, de socorros, de medios de salvacion? San Pablo me responderá: “pues que Dios no ha perdonado á su propio Hijo, y le ha entregado á la muerte por todos nosotros ¿cómo dejará de darnos con él todas las cosas? ¿Quién acusará á los escojidos de Dios? El mismo es el que los justifica. ¿Quién los condenará? ¿Será Jesucristo, que ha muerto y resucitado, que está á la diestra de Dios, y que tambien intercede por nosotros? (15).” Pero la justicia de Dios....

(13) Joan. c. 2. v. 2.

(14) Galat. c. 2. v. 20.

(15) Rom. c. 8. v. 32.

Esta justicia no puede ser inexorable, cuando Jesucristo está colocado entre ella y nosotros. No es para ejercer su justicia que Dios ha entregado su Hijo, sinó para hacer brillar su misericordia. “Bendito sea Dios padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha colmado en él de toda suerte de bendiciones espirituales del Cielo. Nos ha escogido por él antes de la creación del mundo, por el amor que él tiene por nosotros; para que fuésemos santos é irrepreensibles en su presencia. Por un efecto de su amor nos ha predestinado para ser sus hijos adoptivos en Jesucristo, à fin de que la alabanza y la gloria sean atribuidas à su gracia. Por ella nos ha hecho agradables á sus ojos en su Hijo bien amado, en el cual hallamos nuestra redencion por su sangre y la remision de nuestros pecados, segun la estension de las riquezas de su gracia que ha derramado sobre nosotros con abundancia” (16).

Dios nos ha amado en Jesucristo antes de la creacion del mundo; no nos ha dado, pues, el ser para entregarnos á la condenacion eterna;

(16) *Ephes. c. v. 3.*

¿podemos pensar que él no nos ama mas, ó que le somos menos queridos que lo que eramos antes de haber nacido? Desde toda la eternidad ha visto Dios lo que seriamos, nos ha conocido tales como somos. Nos ha predestinado para ser sus hijos adoptivos, nos ha hecho tales por el bautismo; nuestros pecados no pueden borrar este carácter sagrado, ni borrar en Dios la ternura paternal. Apesar de nuestra indignidad, y de nuestros defectos, nos ha hecho agradables á sus ojos en su Hijo bien amado que ha venido á ser nuestro hermano; no es, pues, la perfeccion de nuestras virtudes y de nuestros servicios lo que hace cerca de él nuestro principal mérito, es la santidad de Jesucristo. Él quiere que la gloria de nuestra santificacion y de nuestra salvacion sea atribuida toda á su gracia, á su misericordia enteramente gratuita; luego no podemos pretenderla nosotros mismos, por nuestras obras, por nuestros méritos sinó por los de Jesucristo.

“ Cuando estabais muertos por vuestros delitos y pecados, decia tambien San Pablo á los Efesios; cuando todos eramos por nuestro nacimiento hijos de ira, Dios, que es rico

en misericordias, por el amor extremo que ha tenido por nosotros en este estado de muerte y de pecado, nos ha dado la vida en Jesucristo, por cuya gracia sois salvos. Nos resucitó con él, y nos ha hecho sentar en el reino celestial, para mostrar en los siglos venideros las riquezas de las gracias; y su bondad sobre nosotros. Por que de gracia sois salvos por la fé, y esto no viene de vosotros, por que es un don de Dios; ni por vuestras obras para que nadie se glorie" (17)

No se sigue de aqui que estemos dispensados de hacer buenas obras, pues que Dios lo manda. ¿ Hai un motivo mas fuerte para comprometernos á practicarlas, que el reconocimiento que debemos á Dios ? Pero aunque hubiésemos hecho cien veces mas, no es sobre ellas que podemos fundar la esperanza de nuestra salvacion, es sobre la bondad de Dios, y sobre la gracia de Jesucristo: jamás estas obras podrian merecer por si mismas una eternidad bienaventurada. Que hayamos hecho mas ó menos, que sean mas ó menos per-

(17) *Ephes, c. 2. v. 1.*

fectas, esto nada decide: la misericordia de Dios, los méritos infinitos de Jesucristo, he aquí el principio de donde debemos esperarlo todo, sinó queremos renunciar à la fé y al carácter de cristianos. Dios quiere que estemos tranquilos y resignados, como si la salvacion no dependiese sinó de él, y que trabajemos por ella, como sinó dependiese mas que de nosotros; asi previene la presuncion y la desconfianza, el orgullo, y el desaliento, el amor propio y la falsa humildad, la pereza y los fervores desordenados.

“Que Dios, continúa San Pablo, alumbre los ojos de vuestro corazon, para haceros comprender cual es la esperanza á vuestra vocacion, cuales son las riquezas, y la gloria de la herencia que destina á los Santos, y cual aquella soberana grandeza sobre nosotros que creemos segun la eficacia y la fuerza de su omnipotencia. El las ha manifestado en la persona de Jesucristo resucitándole de entre los muertos y haciéndole sentar á su diestra en el Cielo” (18). El Apóstol compara la fuerza de la gracia al inmenso poder por el cual Dios resucita á los muertos. Por débiles,

(18) *Ephes. c. 1. v. 18.*

por viciosos que seamos, esto no debe aterrarnos: la gracia es todavia mas fuerte que nuestra perversidad.

San Pablo la habia experimentado en sí mismo; su testimonio no es sospechoso, pues que era dictado por el reconocimiento. Pablo celoso partidario del judaismo habia tenido parte en la muerte de San Estevan; perseguia á los discípulos de Jesucristo: iba à Damasco con el designio de prenderlos, de conducirlos à Jerusalem, de entregarlos á la crueldad de los judíos. En el camino, Jesucristo se le aparece, le reprende sus violencias, le declara que quiere hacerle su apóstol. Pablo consternado, ciego, sanado despues, y bautizado, se hace instruir, llega à ser predicador del Evangelio; y él mismo refiere sus culpas, su conversion, se humilla, da gracias à Dios.

“ Yo soi, dice, el menor de los apóstoles, que no soi digno de llevar este nombre, por que he perseguido à la Iglesia de Dios; pero por la gracia de Dios soi lo que soi, y su gracia no ha sido estéril en mi: he trabajado mas que todos los otros, sin embargo no yo, sinó la gracia de Dios que está conmigo ” (19). Es

(19) *Corint. c. 15. v. 9.*

pues una verdad cierta y digna de ser recibida con una entera diferencia, que Jesucristo ha venido al mundo á salvar á los pecadores, entre los cuales yo soi el primero. Pero yo he recibido misericordia para que fuese el primero en quien Jesucristo hiciese brillar su extrema paciencia, para la instruccion de los que crean en él para la vida eterna" (20).

Si San Pablo hubiera dicho como los pecadores impenitentes y como las almas pusilánimes: yo he hecho mucho mal para ser perdonado, yo he escandalizado mucho á mis hermanos para poder contribuir á su salvacion, yo soi mui débil para tener jamás la virtud y el fervor de un apóstol; la Iglesia de Jesucristo habria sido privada de uno de sus principales fundadores, y la gracia divina de su mas ardiente defensor. San Pablo no cuenta consigo, sinó sobre la misma gracia; no se atribuye la gloria del bien que hace, sinó que lo refiere al poder de la gracia. Tal es la humildad sincera; ella nos anima, y nos inspira el fervor; pero lo que nos quita

(20) *Timot. c. 1. v. 15.*

la paz del alma y el valor, es una falsa humildad.

No hai alguno de nosotros que no pueda decir como San Pablo guardada la debida proporcion, "por la gracia de Dios, y no por algun mérito, soi cristiano, hijo de la Iglesia, educado en la fé y en la doctrina de Jesucristo; esta gracia no ha sido enteramente estéril en mi: aunque soi un gran pecador, yo habria podido serlo mas si Dios no me hubiese preservado." Espero que él me hará misericordia, aunque soi indigno, para mostrar en mi un ejemplo de su paciencia, y de su bondad, para instruir y consolar à todos los que crean en él, y que aguardan la vida eterna. Cuanto menos capaz soi de practicar grandes virtudes, mas brillará el poder de la gracia divina en la obra de mi santificacion; Dios lo hará para su gloria, para la de Jesucristo, para la edificacion de mis hermanos."

Tal es la intencion con que la Iglesia dirige á Dios por sus hijos esta oracion, el dia de la conversion de San Pablo: "O Dios Todopoderoso, y clemente, que manifiestas tu gran virtud y misericordia en la conversion de los pecadores: te rogamos que nos convierta á tí aquella gracia que hizo

al bienaventurado Apóstol Pablo de perseguidor un vazo de eleccion: por Nuestro Señor Jesucristo ” (21).

CAPITULO XIV.

Eficacia de los medios de salvacion que Jesucristo ha dejado á su Iglesia: la oracion, los sacramentos, la comunion de los santos, la indulgencia de la Iglesia para con los moribundos.

EL Señor decia por boca de Exequiel: “yo reuniré mis ovejas dispersas, y las pondré en un pasto abundante; seré su pastor, y aseguraré su reposo. Buscaré lo que estaba perdido, atraeré lo que estaba desviado, curaré las enfermas, fortaleceré las débiles, guardaré con cuidado las mas sanas, las haré pastar en los caminos de la justicia.” (1.) Esta promesa no ha sido plenamen-

(21) *Esta oracion es la del Breviario de Paris.*

(1) *Exeq. cap. 34 v. 14.*

te cumplida sinó por Jesucristo: él se llamó el buen pastor, y llenó perfectamente todas las funciones de tal. Su Iglesia es el redil en que ha reunido sus ovejas; nos dá allí, no solamente un alimento abundante, sinó todo lo que es necesario para curar nuestros males, para remediar nuestras debilidades, para prevenir los peligros; él mismo se digna velar en nuestro reposo. ¿Qué puede turbarlo ya, sinó la ignorancia, ó el olvido de las ventajas de que gozamos? Aprendamos à conocerlas.

Jesucristo nos promete escuchar todas nuestras súplicas. “Pedid, y recibireis; buscad, y hallareis; tocad, y se os abrirá. El que pide recibirá, el que busca no lo hará en vano, la puerta no se cerrará al que toque (2). Yo concederé todo lo que pidieréis à mi Padre en mi nombre, para que el Padre sea glorificado por el Hijo; si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré (3). Hasta ahora no habeis orado de este modo; pero pedid, y recibireis, para

(2) *Mat. cap. 7 v. 7.*

(3) *Joan. cap. 14 v. 13,*

que vuestra alegría sea completa (4). Yo os aseguro que si dos de entre vosotros se reúnen y hacen la misma petición sobre la tierra, mi Padre que está en el Cielo se la concederá. Cuando dos ó tres personas se reúnen en mi nombre, yo me hallo en medio de ellas." (5)

Nuestro Divino Maestro quiere que nuestras oraciones sean comunes, santificadas por la caridad mutua, por el espíritu de fraternidad, por la confianza en sus méritos: de allí es que ellas sacan todo su valor. La tibieza de nuestros deseos, las distracciones y los desvios de la imaginación, el disgusto que nos sobreviene, no son un obstáculo á la gracia divina: "el espíritu de Dios, dice S. Pablo. ayuda nuestra debilidad. Nosotros no sabemos ni lo que debemos pedir, ni la manera como debemos hacerlo; pero el mismo Espíritu Divino pide por nosotros con gemidos inefables." (6).

Después de habernos dicho que es necesario siempre orar, y no can-

(4) *Juan. cap. 16 v. 24.*

(5) *Mat. cap. 18 v. 19.*

(6) *Rom. cap. 8 v. 26.*

Dios reine en ellos soberanamente, arregle todos nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras acciones: esta será para nosotros la mas perfecta dicha, una prenda y un principio de la felicidad eterna. *Que su voluntad se haga sobre la tierra como se cumple en el Cielo:* en esto consiste toda la gloria que débiles criaturas pueden tributar à Dios.

El quiere que nosotros le pidamos *el pan nuestro de cada dia*, y todo lo que es preciso para subvenir à las necesidades à que ha querido sugerarnos; sin superfluidad, para hoy solamente, sin inquietud para lo futuro, sin reservar para nosotros solos los dones de Dios, que debemos dividir con nuestros semejantes. Suplicándole que nos *perdone nuestras deudas como nosotros perdonamos à los que nos han ofendido*, ponemos una condicion que es de la mas exacta justicia: Jesucristo nos ha advertido continuamente que seremos tratados como hubiésemos tratado à los otros (9).

Cuando le pedimos que *no nos deje caer en la tentacion*, que no nos ponga en pruebas superiores à nues-

(9) *Mat. cap. 6 v. 14. &c.*

tras fuerzas, y que nos libre del mal, sobre todo del pecado; reconocemos que su gracia nos es necesaria, que la salvacion no puede ser la obra de nuestra sola voluntad, sinó de su misericordia infinita, y de los méritos de Jesucristo.

Esta oracion divina, concebida en tan pocas palabras encierra todo lo que podemos pedir racionalmente; Jesucristo que se ha dignado prescribirla, la hace con nosotros y por nosotros, pues que ella se hace en su nombre: ¿y podrá ella ser alguna vez inútil y rechazada de Dios? Cuando no pudiéramos hacer alguna otra, esta bastaria para llenar la obligacion de orar que Dios nos impone.

Así la Iglesia, convencida de la liberalidad de Dios para con sus hijos, le dirige por ellos estas palabras: “ Dios todopoderoso y eterno, que concedes à los que te invocan mas de lo que ellos merecen y desean; derrama sobre nosotros tu misericordia, perdónanos lo que nuestra conciencia nos reprende, y concédenos lo que no nos atreveriamos ni aun á pedirte; por Jesucristo Nuestro Señor. ” (10).

Pero Jesucristo, cuya sabiduría y bondad no tienen límites, ha provisto todavía de otra manera à nuestra impotencia é indignidad. Ha hecho de su Iglesia un solo cuerpo, una misma familia de que es la cabeza, de que todos los fieles son los miembros, en la que todos los bienes son comunes; sus méritos infinitos son el tesoro de ella, y la caridad su alma. “Jesucristo, dice S. Pablo, es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y es ante todas las cosas, y todas subsisten y se reúnen en él..... Por la influencia de esta cabeza divina, por la union y correspondencia de todas las partes, todo el cuerpo se mantiene, crece, y recibe el aumento que Dios le dá.” (11)
 “El es, dice tambien el mismo Apóstol, la piedra del ángulo sobre la cual se apoya todo el edificio y viene à ser un templo consagrado al Señor. Todos vosotros sois partes de este templo en el cual habita Dios por su espíritu.” (12) Esta union espiritual es lo que llamamos la comunión de los santos, uno de los

(11) *Colos. cap. 1 v. 17. C. 2 v. 19.*

(12) *Ephes. cap. 2 v. 20.*

artículos de nuestra fé.

En esta sociedad santa, ninguno posee nada en propiedad y para sí solo: oraciones, buenas obras, sacrificios, satisfacciones, méritos, gracias de salvacion, todo es comun. Por pobre que cada uno sea en particular, es rico con todos los bienes de sus hermanos; estos oran, trabajan, atesoran para él, como él lo hace para ellos; Jesucristo es todo para todos, y todos son de él. Nuestra confianza en la bondad de Dios, y en los méritos de este Divino Salvador, no está fundada sobre nuestras fuerzas y nuestros recursos personales, sino sobre los derechos y los títulos que Jesucristo ha dado á su Iglesia. Nuestra indigencia, nuestra indignidad, nuestra impotencia, no derogan estos títulos sagrados; nada somos, y nada podemos por nosotros mismos; pero todo lo podemos en Jesucristo como miembros del cuerpo místico de que él es la cabeza.

Si alguno tuviera lugar de dudar de su propia salvacion, seria el que se separa en cuanto puede de la comunión de los santos; el que por molicie y por orgullo se ausenta de las oraciones y del culto público de la Iglesia, se forma una religion

doméstica, y aislada; se atribuye á sí solo lo que debe hacerse por el cuerpo entero de los fieles; quiere sugetarlo todo á su comodidad particular y á sus caprichos; teme hallarse al pie de los altares, confundido en la multitud de un pueblo que desprecia. No es este el cristianismo, religion fraternal y caritativa que Jesucristo ha instituido para reunir, igualar, estrechar entre sí á todos los hombres. Desconfiemos de devociones particulares, de prácticas que la Iglesia no ha aprobado; de un culto dirigido por el interés personal, de una piedad de que nosotros solos somos los arbitros: los Apóstoles no las han conocido, Jesucristo no las ha instituido, Dios no puede aceptarlas.

La comunión de los santos no está limitada á la vida presente, por que la caridad no muere jamás (13). Nosotros formamos una sociedad inmortal con la Iglesia triunfante; Jesucristo preside á esta, como á la que trabaja y sufre sobre la tierra. Nosotros participamos de los méritos y de las súplicas de los santos; ellos

(13) *Prim. Corint. cap. 13 v. 8.*

no han dejado de ser nuestros hermanos, la muerte no ha roto los vínculos dichosos que los unian á nosotros. Ellos se interesan en nuestra salvacion; cuanto mas abrazados estan del amor divino, mas desean nuestra santificacion y nuestra felicidad eterna.

Si nosotros creemos firmemente todas las verdades que nuestra religion nos enseña, ¿ cómo podemos tener dudas, desconfianza, inquietudes sobre nuestra salvacion ?

Nosotros somos pecadores y grandes pecadores; todos pecamos en muchas cosas (14); Jesucristo lo sabia, y por eso ha preparado el remedio. Dando á sus Apóstoles el poder de perdonar los pecados, ha remediado una necesidad que renace todos los dias. Su promesa es general, absoluta, sin restriccion y sin reserva. " Todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado en el Cielo.....los pecados serán perdonados à aquellos á quienes los perdonareis. " (15) El pueblo, testigo del poder que Jesucristo ejercia de

(14) *Jacob. cap. 3 v. 2.*

(15) *Mat. cap. 18 v. 18. Joan, c. 20 v. 23;*

perdonar los pecados y que era confirmado por milagros, glorificaba á Dios por haber dado semejante poder à los hombres (16). A nosotros toca bendecirle por haber dejado á su Iglesia este poder tan necesario, por haber establecido en ella un baño sagrado en el cual podemos purificarnos de nuestras culpas cuantas veces lo necesitamos.

Pero el uso frecuente de la confesion todavía nada ha obrado en mí; yo pecco tan continuamente como si nó me confesase. Guárdate de faltar al respeto y al reconocimiento debido à Jesucristo. El no prometió que el sacramento de la penitencia nos haria impecables, sinó que perdonaria nuestros pecados; ¿ cómo sabes que no ha obrado en tí este efecto? El deseo de no pecar mas, no es quizá tan puro en su motivo como lo piensas. Querrias no tener mas necesidad de confesar tus pecados, de humillarte, de arrepentirte, de implorar la misericordia divina; ¿ y no conoces el tósigo del orgullo, oculto bajo este deseo tan perfecto en la apariencia? Jesucristo

(16) *Mat. cap. 9 v. 6.*

vino á este mundo no para hacer á los hombres impecables, sinó para salvar á los pecadores; (17) no para hacernos la penitencia inútil, sinó para santificarnos por la penitencia misma. Haced penitencia, decia San Juan Bautista al pueblo de la Judea, por que el reino de los cielos se acerca. (18) Jesucristo comenzó su predicacion por estas mismas palabras; (19) San Pedro las repitió cuando anunció el Evangelio por la primera vez. (20) En vano querriamos llegar al reino de los cielos por la justicia perfecta, y no por la penitencia ; sabemos nosotros mejor que el mismo Jesucristo lo que Dios quiere ?

Apesar del defecto propio de nuestra naturaleza, este Divino Salvador ha querido alimentar nuestra alma con su cuerpo y su sangre. Del mismo modo que se entregó á la muerte, no por justos sinó por pecadores; (21) ha instituido el sacra-

(17) *Mat. c. 9 v. 13. Prim. Tim. c. 1 v. 15.*

(18) *Mat. cap. 3 v. 2.*

(19) *Mat. cap. 4 v. 17.*

(20) *Act. cap. 2 v. 58.*

(21) *Rom. cap. 5 v. 8.*

mento de su amor, no para justos perfectos, sinó para pecadores penitentes. Cuando nos separamos de él, por que nos creemos indignos, abandonamos el remedio destinado á curar nuestra indignidad. ¿ Quien será jamás digno ? El sentimiento de nuestra indignidad es la primera disposicion necesaria para aprovecharnos de él. Por que el Centurion se reconoció indigno de recibir á Jesucristo en su casa, admiró el Salvador la vivacidad de su fé, y le concedió lo que pedia: " Señor, yo no soi digno de que entres en mi morada; pero dí solo una palabra, y el siervo enfermo será sano." (22) Hé aquí la confianza que acompaña á la verdadera humildad. El ministro de la Iglesia nos repite estas palabras llenas de fé, cuando nos presenta el cuerpo adorable de Jesucristo; ¿ y nos persuadiremos por una incredulidad obstinada, que este Divino Salvador que se dá á nosotros, no querra pronunciar una palabra para curar nuestra alma ?

Bajo la figura de un padre de familia se queja amargamente de los

(22) Mat. cap. 8 v. 8.

convidados que rehusan asistir á su festin. “ Un hombre, dice, preparó un banquete suntuoso y convidó á muchas personas. A la hora de la cena, envió á sus siervos à advertir à los convidados que todo estaba pronto. Ellos se escusaron..... El padre de familia, indignado dijo à sus domésticos: id á las calles de la ciudad, y á las plazas, traed á los pobres, à los enfermos, à los ciegos y à los cojos..... Os aseguro que ninguno de los que han sido convidados gustará de mi festin.” (23) No es, ciertamente, propia esta amenaza para asegurar las almas tímidas que se apartan de la mesa de Jesucristo por que se creen indignas. El padre de familia no hace llamar á los malos, sinó á los pobres y à los enfermos; quiere que se les haga una especie de violencia para hacerlos entrar: luego sin razon alegamos nuestras enfermedades y nuestra indigencia para dispensarnos de asistir à la mesa del Salvador. Es mui de temerse que el verdadero motivo de nuestra resistencia sea el desig- nio de eximirnos de la preparacion.

(23) *Luc. cap. 14 v. 16.*

A la verdad S. Pablo dice, que el que recibe el pan y el cáliz del Señor indignamente, come y bebe su juicio, por que no discierne el cuerpo del Señor (24). Pero recibirlo indignamente, es acercarse á él en estado de pecado mortal. ¡ No permita Dios que un cristiano se exponga jamás á recibirlo de este modo! S. Pablo reprendia á los Corintios el defecto de caridad para con los pobres, la intemperancia en los banquetes que hacian entre sí los fieles; estas faltas eran graves, y no queria que en este estado recibiesen la divina Eucaristía. Les recomienda probarse antes; pero no determina ni el tiempo, ni el rigor de esta prueba. La Iglesia la ha suplido por una práctica constante, y por una declaracion formal: ella prohíbe á todo fiel á quien la conciencia reprehenda un pecado mortal, acercarse á la mesa santa sin haberse purificado antes por la confesion sacramental, cualquiera que sea por otra parte la contricion que crea tener (25). La prueba mas sabia es, pues, referir-

(24) *Prim. Cor. cap. 11 v. 29.*

(25) *Conc. Trid. seccio. 13 c. 7 Can. 11.*

se à un confesor prudente y virtuoso, y no privarse por una humildad mal entendida, de un alimento necesario à la salud de nuestra alma.

Pensemos frecuentemente en el número y enormidad de nuestras culpas, este es un recuerdo saludable; pero no olvidemos que Jesucristo hace continuamente sobre nuestros altares la funcion de mediador renovando allí todos los dias su sacrificio para apaciguar la justicia divina. Segun la expresion de la Escritura, la sangre de Abel pedia venganza contra su homicida; (26) pero la de Jesucristo, Redentor de los hombres, pide misericordia, y clama mejor, dice S. Pablo, que la de Abel (27). No solo restableció este Divino Salvador la paz entre Dios y nosotros, sinó que él mismo es nuestra paz, (28) la prenda eterna de la reconciliacion con el mundo, nuestra seguridad, nuestro consuelo. Cuando participamos de esta víctima adorable, en el momento mismo que ella acaba de ser inmolada por nosotros, ¿pode-

(26) *Gen. cap. 4 v. 10.*

(27) *Hebr. cap. 12 v. 24.*

(28) *Ephes. cap. 2 v. 14.*

mos pensar que este sacrificio nada ha obrado en nuestra alma, que la voz de esta sangre preciosa derramada por nuestros pecados nada ha obtenido de Dios en nuestro favor?

No nos asombremos de la indulgencia con que la Iglesia obra con todos sus hijos, y sobre todo, con los moribundos. Ella no quiere que se les rehuse la gracia de la penitencia, la remision de sus culpas, desde que den signos de fé, y de arrepentimiento. Recomendando à Dios una alma agonizante, la Iglesia no se la presenta como inocente, como exenta de mancha y de pecado, sinó como rescatada por la sangre de Jesucristo. "Reconoce, Señor Jesus, tu criatura que hiciste renacer por el agua y el Espíritu Santo, que consagraste por la señal de tu cruz, alimentaste con tu cuerpo y tu sangre, instruiste de la verdad en el seno de tu Iglesia. No la dejes perder el fruto del precio que diste por su salvacion eterna. Perdona con bondad las culpas de su juventud, sus errores, sus debilidades; olvida aquellos pecados antiguos que le hizo cometer la violencia de las pasiones. Acuérdate de tus

misericordias y de la gloria de tu nombre. Aunque ella ha pecado, sin embargo ha esperado en tí, te ha adorado fielmente, como à su Dios y à su Salvador con el Padre y el Espíritu Santo." (29)

Almas escrupulosas y agitadas que desesperais de vuestra salvacion: ved aquí los sentimientos y los votos que la Iglesia dirigirá un dia á Dios por vosotras; ¿los desconoceis desde ahora? ¿Quereis desmentir las esperanzas que esta tierna madre ha concebido de la salvacion de todos sus hijos? No tengamos la temeridad de creer que poseemos ideas mas verdaderas de la justicia de Dios y de sus misericordias, de la confianza sólida y de la presuncion, de la verdadera ó de la falsa piedad, que la Santa Esposa de Jesucristo. Ella no desespera de la salvacion de ningun cristiano, à ninguno rehusa la gracia de la reconciliacion, jamás ha presumido la condenacion eterna de ninguno. Ruega por todos, concede sus socorros à todos, por que quiere, como Jesucristo, salvarlos à todos (30). Imitemos su sabiduria

(29) *Orac. de la Igl. por los agon.*

(30) *Prim. Timot. cap. 2 v. 4.*

y su confianza. No juzgueis, nos dice nuestro Divino Maestro, y no sereis juzgados; no condeneis, y no sereis condenados: (31) á ninguno exeptua, comprende tanto á los vivos, como á los muertos. No toca, pues, á nosotros prevenir el juicio de Dios y limitar sus misericordias. Cuando se considera la multitud y la eficacia de los medios de salvacion que Jesucristo ha dejado á su Iglesia, la caridad inmensa de que dió ejemplo, apenas puede concebirse como una alma cristiana puede ser perdida para siempre.

CAPITULO XV.

Motivos ordinarios de nuestros temores: los rigores de la justicia divina, el misterio de la predestinacion, el pequeño número de los escogidos, el peligro de las recaidas.

NO seria bastante exponer los motivos de confianza en la mise-

(31.) *Luc. cap. 6. v. 37.*

misericordia de Dios que la Escritura Santa nos ofrece, sinó tubieramos cuidado de disipar tambien las dudas que sugieren á las almas tímidas muchos pasages de que ellas son heridas, y que parecen destinados á inspirarnos el mayor terror de los juicios de Dios. Cuando los hubiéremos examinado sin prevencion, quizá juzgaremos que mui comunmente se engañan en el sentido que se les dá. Es ya de presumirse que estos pasages no contradigan los que tienden á inspirarnos la confianza: los escritores sagrados, guiados por el Espíritu Santo, no han destruido con una mano lo que establecian con la otra. Nosotros hemos visto que los del antiguo, y del nuevo Testamento convienen en exaltar la bondad de Dios para con todos los hombres, su misericordia con todos los pecadores, la voluntad sincera que tiene de salvarlos á todos, la caridad infinita de Jesucristo que ha derramado su sangre por todos: ¿podria suceder que lecciones tan consoladoras y tan frecuentemente repetidas fuesen capaces de inducirnos á error?

S. Pablo rogaba á Dios que diese á los Efesios, el espíritu de sabiduria y de luz para que le cono-

ciesen; que alumbrase los ojos de su corazón, para que pudiesen comprender hasta donde se extendían las esperanzas de su vocación, y las riquezas de la herencia destinada á los santos (1). Deseaba hacerles concebir la caridad inmensa de Jesucristo, para que recibiesen la plenitud de los dones de Dios; y según él, este conocimiento es superior á toda otra ciencia (2). Cuanto mas preciosa es, aquesta, mas precauciones debemos tomar para no engañarnos con ella.

Ananías y Zafira, se dirá, fueron castigados de muerte por una simple mentira (3). Este castigo es bien rigoroso por una falta que parece muy ligera; semejante castigo no es aparente para asegurarnos sobre lo que tenemos que temer de la justicia divina.

¿Pero se ha reflexionado bastante acerca de las circunstancias de esta culpa? Los fieles de Jerusalem habian convenido en poner sus bienes en comun; por consiguiente todos

(1) *Eph.* c. 1 v. 17.

(2) *Eph.* c. 3 v. 18.

(3) *Actos* c. 5.

eran alimentados y mantenidos à espensas de esta masa comun; pero à ninguno se obligaba à entrar en esta asociacion. Ananías y Zafira quisieron engañar no dando sinó una parte del precio de lo que habian vendido; esto era no solamente una mentira, sinó una injusticia, querer guardar una parte de sus bienes, y pretender subsistir à espensas de sus hermanos. De ellos dependia conservar el todo y no querer tener parte en las limosnas de esta sociedad santa; S. Pedro se lo representaba así. Era, por tanto, necesario un ejemplo de severidad para poner el depósito de las limosnas à cubierto de los fraudes, y preservar à los fieles de la tentacion de engañar; ved aquí por que quiso Dios castigar à Ananías y à Zafira de una manera ejemplar, y tal fué el efecto que produjo este castigo (4).

En el Evangelio Jesucristo compara la conducta de Dios à la de un Señor que confia diferentes sumas à sus siervos, y les ordena hacerlas productivas por su trabajo. Dá cinco talentos al uno, tres al otro,

(4) Actor c. 5 vv. 5, 11.

uno solo al tercero. Cuando les exige la cuenta, alaba y recompensa à los dos primeros, por que han doblado el dinero que les habia sido confiado; el último es condenado y castigado, por haber sepultado en la tierra su talento. “Siervo malo y perezoso, le dice su Señor, tú sabias, dices, que yo sé cosechar en donde nada he sembrado, y recoger en donde nada he puesto; tú debias, pues, dar mi dinero à banqueros, y yo lo habria recibido con usuras. . . . Arrojad fuera à este siervo inútil.” (5) Jesucristo dice en otra parte, que se pedirá mucho à aquel à quien se ha dado mucho, que se exigirá mas de aquel à quien se ha confiado una mayor suma (6). El condena à las virgines necias, por que no tenian aceite en sus lámparas; en el juicio final reprueba à los que no han hecho buenas obras; el mal rico es precipitado en los infiernos, por que no ha aliviado à los pobres. ¿No es esto suficiente para hacernos temer, despues de una vida tan poco fecunda en méritos y en virtudes?

(5) *Mat. c. 25 v. 14.*

(6) *Luc. c. 12 v. 48.*

Seguramente es necesario hacer buenas obras para conseguir la vida eterna, supuesto que es una recompensa; ¿pero cuantas deben hacerse, para no hallarse en el caso del siervo perezoso, de las virgines necias, del mal rico, y de los otros réprobos? Ninguno de nosotros puede estimarlo, y Jesucristo no lo ha decidido. Estos infelices nada habian hecho; es difícil pensar que algun cristiano se halle en el mismo caso. El principal crimen por el cual son condenados, es el defecto de caridad; veremos la razon en un momento.

No tomaremos por nuestra regla la idea que el mal siervo concibió de su Señor; no pensaremos como él, que Dios quiere cosechar en donde nada ha sembrado, y recoger en donde nada ha puesto. Esta idea es la que le hace perezoso é inútil. Dios siembra por todas partes, reparte gracias á todos, no hai alguna criatura à quien no haya concedido beneficios naturales y sobrenaturales; pero Jesucristo no decide cual es la tasa del interés que Dios exigirá: nos enseña que se pedirá mas al que ha recibido gracias mas abundantes; esto es mui justo. De aquí se sigue que nosotros no podemos jamás ha-

ser demasiadas obras buenas, por que Dios será siempre mas liberal en recompensarnos que nosotros fervorosos en servirle. Cuando hubierdes hecho todo lo que se os ha mandado, añade nuestro Divino Maestro, decid: nosotros somos siervos inútiles, no hemos hecho sinó lo que debiamos hacer (7). No se sigue de aquí, que Dios nos privará del salario de nuestros servicios, por que no necesita de nuestras buenas obras.

En general, las parábolas ó las comparaciones de que Jesucristo se sirve, son relativas à las ideas falsas que los judios se formaban de la justicia y de la providencia divina; y fueron destinadas à corregirlas. Ellos se persuadian que eran los únicos objetos de las atenciones de Dios, que las gracias del Mesías estaban reservadas para ellos solos, que en virtud de las promesas hechas á sus padres todo les era debido, que no necesitaban de virtudes ni de buenas obras para tener parte en la redencion. Para reprimir su orgullo, les declara Jesucristo que ellos serán tratados mas rigurosamente

(7) Luc. c. 17 v. 10,

que los paganos, por que han recibido de Dios mas gracias y luces; que Dios, dueño de sus dones, quiere concederlos tambien à los infieles y aun con mas abundancia que à ellos, por que tienen mas docilidad, y buena fé; que el defecto de buenas obras basta para hacerlos reprobar. Todo esto se lo demuestra por la parábola de los talentos, por la de las virgines necias, por la del mal rico, por la pintura del juicio final; y concluye este cuadro, haciéndoles conocer que su dureza para con sus discípulos bastará para hacerlos condenar al fuego eterno (8).

Nuestro Divino Maestro descubre todavía mas claramente este designio por otra parábola. Compara la conducta de Dios à la de un padre de familias que manda obreros à trabajar en su viña: los unos son enviados por la mañana, los otros al medio dia, los otros por la tarde. Al fin del dia, el padre de familias hace dar à todos el mismo salario. Los primeros se quejan y murmuran; él les responde: mi amigo, no te hago injusticia; ¿no habias convenido

(8) *Mat. c. 25 v. 45.*

en tanto por dia? Recibe lo que te es debido, y retirate. Yo quiero dar à los últimos tanto como à tí; ¿no me es permitido hacer lo que quiero? ¿Me mirarás mal, por que soi bueno? Así es que los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos (9).

Es claro que esta conducta del padre de familias no es la que Dios observará con los hombres en el juicio final, en que cada uno debe recibir el salario proporcionado à su trabajo; pero es la que Dios ha seguido con los judios y los paganos, en el establecimiento del Evangelio. Los judios, llamados primero al servicio de Dios por la lei de Moyses, pretendian deber ser mejor tratados que los paganos, murmuraban de que Jesucristo instruyese à los extrangeros, y les favoreciese con milagros; se escandalizaron despues por que los Apóstoles admitian à los gentiles en el número de los fieles sin sugerarlos à la lei de Moyses (10). Jesucristo demuestra su injusticia y predice con anticipacion lo que ha

(9) *Mat. c. 20 v. 13.*

(10) *Actor c. 15 v. 1.*

sucedido. Los paganos llamados á la fé los últimos, han sido mas dóciles y han entrado á la Iglesia en mayor número que los judios; Dios ha dejado á la mayor parte de los judios cegarse y endurecerse, ha alumbrado y convertido á los paganos por una misericordia enteramente gratuita. De aquí nada se sigue contra su justicia, contra su bondad, contra su fidelidad en sus promesas, contra las esperanzas que nos dá de nuestra salvacion eterna.

S. Pablo ha establecido la misma verdad bajo el nombre de predestinacion. El prueba á los judios y á los paganos que su vocacion á la fé no ha sido un acto de justicia de parte de Dios, ni una recompensa de sus méritos precedentes; que todos habian pecado y necesitaban de la gracia divina (11); que Dios ha usado con ellos de una misericordia puramente gratuita. Del mismo modo, prosigue el Apóstol, que Dios prefirió á Jacob respecto de Esau, aun antes de su nacimiento y sin algun mérito de su parte, así ha preferido á los paganos á los judios

(11) *Rom. c. 3 v. 23.*

para componer su Iglesia; como instruyó y protegió á los judios, mientras dejaba à Faraon y á los egipcios en las tinieblas de la infidelidad, así entre los judios y entre los paganos, ha escogido un cierto número de hombres, y los ha iluminado por la fé, mientras ha dejado á otros en el error. De aquí el Santo Apóstol concluye que Dios hace misericordia à quien quiere, y deja endurecer à quien juzga à propósito; que no toca á nosotros preguntar à Dios por qué obra así, que sus juicios son incomprensibles, y su conducta superior á nuestra débil inteligencia (12).

“ No hagais, dice S. Gregorio Nizeno, atencion alguna à la predestinacion de Dios en la que nada comprendeis; deteneos en sus palabras que entendeis, y concebis: del mismo modo que en la predestinacion Dios es la verdad inmutable, así sus palabras son verdaderas y jamás pueden mudarse. ¿ Qué nos dice él ? Si quereis obedecerme, gozareis de mis beneficios; sinó quereis, la espada de mi justicia os deborará. No

(12) Rom. cc. 9, 11.

busquemos otra predestinacion (13). Segun este pensamiento juicioso, cualquiera que obrare bien será predestinado, todo hombre que obrare mal será reprobado; este órden de la Providencia no puede desesperar ni chocar à ninguno. ”

Dios sabe desde toda la eternidad, sin duda alguna, quienes son aquellos à quienes concederá la salvacion eterna, y quienes serán los réprobos en el juicio final; pero no reprobará ciertamente sinó á los que lo hayan merecido: segun el Evangelio, el soberano juez no pronuncia la sentencia de condenacion, sinó contra los que han faltado à la caridad, y no han hecho buenas obras.

Nos parece que si la predestinacion dependiese de nosotros estaríamos mas tranquilos; S. Agustin refuta con razon este error. “ Es, dice, como si se juzgase que el hombre debe desesperar de su salvacion, cuando pone su esperanza, no en sí mismo, sinó en Dios, mientras que un Profeta nos clama: “ desgraciado del que pone su esperanza en el hombre. ” (14)

(13) *Hom. pri. post. prim. Quadray.*

(14) *Lib. de don perf. c. 17 n. 46.*

En el estilo de S. Pablo, en calidad de cristianos, nosotros somos los verdaderos predestinados. " Dios, dice, nos ha elegido en Jesucristo antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia, en la unión de la caridad; nos ha predestinado à la adopción de hijos suyos por Jesucristo, para este glorioso fin, segun su voluntad y su benevolencia, para la gloria de su gracia, de la que nos ha hecho participes por su Hijo bien amado." (15)

El misterio de la predestinación, lejos de darnos inquietudes en cuanto à nuestra salvación eterna, debe al contrario inspirarnos la más firme esperanza. " Los dones de Dios, dice igualmente S. Pablo, son inmutables (16). El que ha comenzado en vosotros la obra de la salvación, la completará para el día de Jesucristo; y es justo que yo tenga este sentimiento respecto de todos vosotros." (17) " Poned un gran cuidado, nos dice S. Pedro, en hacer cierta por buenas obras vuestra vo-

(15) *Ephc.* c. 1 v. 4.

(16) *Rom.* c. 11 v. 29.

(17) *Philip.* c. 1 vv. 6, 7.

cacion y la eleccion que Dios ha hecho de vosotros; obrando así, no pecareis mas." (18) Luego depende de nosotros hacer cierta esta predestinacion que miramos como un misterio incierto.

Sin embargo, replicarán, el pequeño número es el de los escogidos, Jesucristo lo declara; ¿cómo podemos esperar el ser de este número?

Acabamos de ver que, segun S. Pablo, hemos sido escogidos en Jesucristo antes de la creacion del mundo; que, segun S. Pedro, podemos hacer cierta nuestra vocacion, ó la eleccion que Dios ha hecho en nosotros.

Conforme à la doctrina clara y formal del Evangelio, Dios quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad; (19) no quiere que ninguno pèresca, sinó que todos vuelvan à la penitencia; (20) Jesucristo ha muerto por todos, (21) es el Salvador de todos los hombres, principalmente de

(18) 2 *Petri.* c. 1 v. 10.

(19) 1 *Tim.* c. 2 v. 4.

(20) 2 *Pet.* c. 3 v. 9.

(21) 2 *Cor.* c. 5 v. 15.

los fieles (22). Dios dá, gracia á todos: si todos quieren aprovecharse de ellas, llegarán á la salvacion; sinó la consiguen, será por su culpa. ¿Qué nos importa, pues, el corto ó el gran número de almas salvas? Lo esencial para nosotros es llegar al puerto afortunado de la vida. Mas, Dios nos dá incontestablemente los medios de conseguirla, supuesto que, segun la doctrina de los libros santos podemos hacer por nuestras obras cierta nuestra eleccion. No perdamos de vista estas verdades consoladoras; y en lugar de caer en la desconfianza y desaliento, honraremos al Autor de nuestro ser por sentimientos de confianza y de amor.

Pero S. Pablo hace las más terribles amenazas á los que recaen en el pecado, parece desesperar de su salvacion. “Es imposible, dice, que los que han sido una vez iluminados por la fé, han gustado el don del Cielo, han participado del Espíritu Santo, se han alimentado de la santa palabra de Dios, y de las grandezas del siglo futuro; y que despues de esto han caido, sean re-

(22) 1 Tim. c. 4 v. 10.

novados una segunda vez por la penitencia; pues crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos y lo exponen à la ignominia. ” [23]
 «Cuando pecamos à sabiendas, despues de haber reconocido la verdad, ya no nos queda hostia que ofrecer por los pecados, sinó una terrible expectacion del juicio de Dios, y el ardor de un fuego zeloso que debe devorar à sus enemigos. El que viola la lei de Moyses, es condenado á muerte sin misericordia, siéndole probado con dos ó tres testigos; ¿de cuantos mas acerbos suplicios, creis que es digno el que hollare al Hijo de Dios y tuviere por vil, y profane la sangre de la alianza por la cual ha sido santificado, y ultrajare el espíritu de la gracia? Nosotros sabemos quien es el que ha dicho: “ la venganza me está reservada, yo sabré hacerla; y tambien el Señor juzgará à su pueblo. Espantosa cosa es caer en las manos del Dios vivo. ” [24] ¿Cómo esperar misericordia despues de haber tan frecuen-

(23) *Hebr. c. 6 v. 4.*

(24) *Hebr. c. 10 v. 26.*

temente recaído en el pecado?

Se debería decir, *después de haber apostatado*. S. Pablo habla evidentemente de aquellos que, después de haber creído en Jesucristo, y profesado el cristianismo, volvían á la idolatría ó al judaísmo. Para estos cristianos apóstatas, no restaba ya víctima por el pecado, pues renunciaban á la única capaz de borrarlo, hollaban al Hijo de Dios, profanaban la sangre de la alianza, &c. sin duda era horrible cosa para los que morían en este estado, caer en manos de Dios vivo. ¿Pero pueden aplicarse todos estos caracteres á todos los pecados de recaída, sobre todo á los de debilidad, que no destruyen ni la fé en Jesucristo, ni la adhesión al cristianismo?

Tal es el error en que cayeron en otro tiempo los novacianos y algunos otros hereges; ellos no querían que se recibiese á la penitencia á los pecadores relapsos. La Iglesia Católica, mejor instruida y mas fiel en seguir el espíritu de Jesucristo, ha condenado este error por sus decisiones y por su conducta: ella no ha rehusado la gracia de la reconciliación á ningun pecador penitente; la concedía después de pruebas sufi-

cientes, aun á ciertos cristianos muy débiles que habian sucumbido en los tormentos, y dado señales de apostasia por defecto de valor; ella les perdonaba, cuando venian á llorar su desgracia, y se sometian á una penitencia ejemplar.

¿Jesucristo habria instituido otro sacramento que el bautismo, sinó hubiese querido conceder la remision de los pecados de recaida? Todos los dias renueva su sacrificio sobre los altares, por que todos los dias necesitamos expiar nuevas culpas. No permita Dios que nosotros pongamos límites á la misericordia de este Divino Salvador, al mérito de sus sufrimientos, al precio de su sangre. Ninguno nos ha dado ideas mas sublimes y mas consoladoras que S. Pablo: él ha sido por exelencia el Apóstol de la gracia de Jesucristo, por que habia sido una de sus primeras conquistas. En sus escritos nos enseña, no á temblar continuamente sobre nuestras necesidades, sobre nuestra impotencia, sobre nuestros defectos; sinó á pedir, á esperar siempre la gracia divina, á descansar sobre ella, á atribuirle el poco bien que hacemos. “ Cuando yo me siento débil, dice, entonces es que

soi fuerte, [25] por que la gracia de Dios me sostiene. El no ha exhortado al temor, sinó para reprimir el orgullo de los que creían haber merecido su vocacion à la fé y desconocian la gracia que Dios les habia hecho." [26]

CAPITULO XVI.

Otros motivos de temor: la necesidad de obrar nuestra salvacion con temor y temblor, los peligros de la tibieza, la incertidumbre de la perseverancia final, la caida de los mas grandes personajes.

No nos engañamos sobre el verdadero sentido de las lecciones de S. Pablo? Apesar de todo lo que dice este grande Apóstol para exitar-nos à la confianza, à la paz interior, à la alegria en el servicio de Dios; recomienda sin embargo à los filipenses que obren su salvacion con te-

(25) 2 Cor. c. 12 v. 10.

(26) Rom. c. 11 v. 20.

mor y temblor: (1) sus palabras son terminantes, y no hace sinó repetir las de David que dice en uno de sus salmos: "servid al Señor con temor, alabadle con temblor." (2) Luego no sin razon las almas verdaderamente cristianas se creen obligadas á temer y temblar, mirando este sentimiento como un homenaje debido á la grandeza soberana de Dios, como un preservativo contra la tentacion del orgullo, como un medio de perseverar en la práctica de la virtud.

Si alguno ha experimentado que el temor produce en él estos efectos saludables; que conserve este sentimiento, que dé gracias á Dios por habérselo inspirado; pero que no pretenda hacer una regla para los otros: no es esto lo que conviene al comun de los hombres. Que los príncipes de la tierra hagan consistir su grandeza en subyugar á sus vasallos por el temor, es una prueba demostrativa de la impotencia en que estan de atraérselos por beneficios; pero que Dios, Soberano Señor de los cora-

(1) *Philip. c. 2 v. 12.*

(2) *Psalm. 2 v. 11.*

zones y de las voluntades, prefiera sugetarlos por el terror mas bien que por la confianza, por el reconocimiento, por el amor; hé aquí lo que jamás creeremos: bastantes pruebas hemos dado de lo contrario, y si fuese necesario añadir otras, nos seria fácil hallarlas en los libros santos, en los pasages mismos que se nos oponen.

David habla de los reyes, y de las naciones que se han conjurado contra el Señor, y contra su Cristo: nada mas claro que la leccion que él les dirige: “reyes, atended: instruíos jueces de la tierra; servid al Señor con temor, alabadle temblando; haceos instruir, de temor que no se irrite contra vosotros, y os haga perecer fuera de los caminos de la justicia. Cuando su cólera llegue á enardecerse subitamente, dichosos los que esperan en él.” David opone la confianza de los adoradores del verdadero Dios al temor de que deben estar penetrados sus enemigos. Gracias á su misericordia, nosotros no somos ni paganos, ni infieles; Dios pide de nosotros otros sentimientos y un culto mas puro.

S. Pablo dice á los filipenses: “nada temais de parte de vuestros

enemigos, su odio será la causa de su pérdida y de vuestra salvacion; este es el designio de Dios, pues que os ha hecho la gracia, no solamente de creer en Jesucristo, sinó tambien de sufrir por él, de combatir como me habeis visto á mí, y sabeis que actualmente combato. » (3) « Regocijaos en el Señor (4). Yo os lo repito, regocijaos siempre en él: que vuestra modestia sea conocida de todos los hombres, el Señor está cerca. No os inquieteis por nada; mas con muchas oraciones, ruegos, y acciones de gracias, exponed á Dios vuestras necesidades. Que la paz de Dios, que exede todo sentimiento y toda inteligencia, guarde vuestros corazones y vuestros espíritus en Jesucristo. » (5) No es de presumirse que en la misma carta, haya querido S. Pablo inspirar al mismo tiempo á los filipenses el gozo y el temor, el valor y el temblor, la seguridad y la inquietud, la paz interior y la turbacion del alma.

Despues de haberlos exhortado á

(3) *Philip.* c. 1 v. 28.

(4) *Philip.* c. 3 v. 1.

(5) *Philip.* c. 4 v. 4.

la caridad mutua, á la union, á una humildad semejante á la de Jesucristo, les dice: “ por tanto mis mui amados hermanos, como vosotros habeis sido siempre obedientes, no solo en mi presencia, sinó todavía aun mas en mi ausencia, obrad vuestra salvacion con el temor y temblor (de que estais poseidos); por que Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar por su buena voluntad (ó por el afecto que os tiene). Haced todas estas cosas sin murmuraciones y sin inquietudes, para que seais los hijos de Dios, sencillos, sin tacha, irrepreensibles en medio de una nacion depravada y perversa, en la que brillais como lumbreras en el mundo. ” (6)

Que los filipenses rodeados de enemigos encarnizados en perseguirlos, expuestos todos los dias á sufrir y á combatir, privados de la presencia de S. Pablo que los habria animado, hayan estado penetrados de temor y de temblor; que el Apóstol los haya exhortado á trabajar por su salvacion en esta situacion molesta, por que es Dios el que obra en no-

(6) *Philip. c. 2 v. 12.*

sotros el querer y el ejecutar por su gracia; esto se concibe. Pero que en este estado los haya exhortado á temer y á temblar, por que es la gracia la que hace todo en nosotros; esto no se comprende, esto parece aun absurdo. Cuando se quiere entender las palabras de S. Pablo en este sentido, no se atiende al desig- nio que el Apóstol se propone en toda su carta á los filipenses: él piensa mas bien en consolarlos y animarlos, que en intimidarlos y hacerlos temblar.

En general, hombres tan intrépidos como los Apóstoles eran incapaces de inspirar el temor á los fieles, en un tiempo en que era necesario estar pronto todos los dias para dar testimonio de su fé delante de los perseguidores; S. Pablo pensaba en esto menos que ningun otro. El dice á los romanos: "vosotros no habeis recibido el espíritu de temor que es el de los esclavos, sinó el de hijos adoptivos por el cual llamamos á Dios *nuestro Padre* (7). Dios, dice él mismo á Timoteo, no nos ha dado el espíritu de temor, sinó de fortaleza, de caridad y de

(7) Rom. c. 8 v. 15.

sobriedad (8). Según S. Juan, la caridad perfecta excluye el temor; este es penoso, el que teme no es perfecto en la caridad ó en el amor de Dios." (9)

Este sentimiento puede ser necesario en el estado de pecado; es un motivo para salir de él, pues es un estado lamentable. El temor puede tambien ser útil para impedirnos la recaída; pero sinó está acompañado de esperanza en Dios, lejos de llevarnos al fervor y á las buenas obras, es mas bien aparente para desalentarnos y quitarnos las fuerzas.

Ya hemos notado que, cuando los libros santos nos exhortan á temer al Señor, esto no significa que debemos tener temor de su justicia, de su cólera, del abandono en que nos puede dejar; sinó que debemos respetarle, obedecer su lei, no ofenderle. Se trata del temor acompañado de confianza y de ternura que un hijo tiene por su padre, aunque tal vez jamás haya recibido castigo alguno.

¿Cómo no temeré yo? dice una

(8) 2 *Timot.* c. 1 v. 7.

(9) 1 *Joan.* c. 4 v. 18.

alma abatida y desolada: yo tengo tan poco amor por Dios, soi tan tibia en su servicio, tan inconstante en mis resoluciones ! El condena á los tibios con mas rigor que á los pecadores mismos (10).

¿ Pero en qué conoceremos si amamos á Dios, y cual es el grado de este amor ? Jesucristo nos ha dado sobre esto una regla cierta. “ Si me amais, dice, guardad mis mandamientos . . . El que los tiene y los observa, es el que me ama verdaderamente . . . Cualquiera que no me ama no los observa (11). Nosotros estamos seguros, dice S. Juan, de conocer á Dios cuando guardamos sus mandamientos. El que pretende conocerlo, y no obedece sus preceptos, es un embustero, y traiciona la verdad. Pero el que observa la palabra de Dios, tiene verdaderamente un perfecto amor de Dios; por esto es que nosotros estamos seguros de ser suyos. » (12)

¿ Llenamos los deberes de nuestro estado, los de la Religion, de la

(10) Apos. c. 3 v. 16.

(11) Joan. c. 14 vv. 15, 21, 24.

(12) 1 Joan. c. 2 v. 3.

justicia, de la caridad, de la mortificación que Dios nos impone? Entonces amamos sinceramente á Dios. ¿Quién acusará á un hijo siempre obediente de no amar á su padre? No se trata de examinar si los cumplimos con repugnancia ó con gusto, con fervor ó haciéndonos violencia, con mas ó menos perfeccion. El ardor, el gusto, el contento interior en nada influye para la exactitud de la obediencia. Hai mas mérito en luchar siempre contra nosotros mismos, en violentar nuestras inclinaciones, en vencer nuestras inconstancias, que en hacer el bien por atractivo y para estar contentos de nosotros mismos. La perfeccion de la virtud no consiste en la satisfaccion que hallamos en ella, sinó mas bien en el valor con que arrostramos los obstáculos. El nombre mismo de *virtud* significa *fortaleza* de alma; se necesita mas fuerza para vencer inclinaciones viciosas que para seguir una loable.

Otro error es tomar por amor de Dios los sentimientos afectuosos y tiernos de una alma sencilla, ó de una imaginacion ardiente. Dios no pide ser amado de nosotros, como amamos las personas que nos agra-

dan, y cuyo carácter simpatisa con el nuestro. Inaccesible á nuestros sentidos y á nuestra imaginacion, exige de nosotros obras, y no vanos afectos; servicios reales, y no el entusiasmo del temperamento.

Cuando Jéscristo nos manda amar á nuestros enemigos, no entiende que tendremos por ellos el mismo afecto de corazon que por nuestros amigos; se explica mui claramente: "amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y os calumnian." (13) Tener por nuestros hermanos procedimientos atentos y caritativos, hacerles servicios, evitar el contristarlos, é inquietarlos, sufrir con paciencia sus defectos, no dejarles percibir ni aversion, ni desprecio de nuestra parte; tal es la verdadera caridad para con el prójimo. No se trata de saber si nos agrada, ó disgusta; si le hacemos bien por inclinacion, ó con repugnancia; sinó de ver si llenamos exactamente la lei. Sucede lo mismo con nuestro amor por Dios. Con tal que le obedescamos en todas las cosas,

(13) *Mat. c. 5 v. 44.*

que evitemos en cuanto podamos el ofenderle, nos dispensa de darle otras pruebas de nuestro amor.

Seria una nueva ilusion pensar que amar á Dios, es hacer muchas obras de supererogacion, muchas devociones arbitrarias. Queriendo ir mas allá de nuestros deberes, nos exponemos frecuentemente á violarlos; ocupándose mucho de virtudes accesorias, se pone en peligro de despreciar las principales. Jesucristo reprendia á los fariseos este defecto. "Infelices de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagais el diezmo de los mas pequeños granos y de las menores legumbres, y despreciáis lo que hai de mas esencial en la lei-la justicia, la misericordia, la buena fé; era necesario hacer lo uno, y no omitir lo otro." (14) Nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo, para con nosotros mismos, son tan extensos; hai en nosotros tantos defectos que son molestos á los otros; que valdria mas pensar en reformarlos, que en aspirar á una perfeccion imaginaria, que no seria de alguna utilidad al prójimo.

(14) *Mat. c. 23 v. 23.*

y nos expondría á la tentacion del orgullo.

¿Queremos en fin una prueba no equívoca de nuestro amor por Dios? Esta es la de la caridad que tenemos por nuestros hermanos; así nos lo enseña el Apóstol S. Juan. “Si alguno dice que ama á Dios, y no ama á su hermano, es un mentiroso. Cualquiera que no ama á su hermano que tiene á la vista, ¿cómo amará á Dios que no vé? El precepto que hemos recibido de Dios, es que el que ama á Dios, debe amar á su hermano.” (15) Este mismo Apóstol nos previene que no se trata de amar por palabras y vanas demostraciones, sinó por obras y en la realidad (16). Si nuestros hermanos estan contentos con nosotros, nos es permitido pensar que Dios no está descontento.

El mismo Jesucristo confirma esta santa doctrina, cuando repite estas palabras de Dios su Padre: yo quiero la misericordia y no el sacrificio (17). Constantemente ha sos-

(15) 1. Joan. c. 4 v. 20.

(16) 1. Joan. c. 3 v. 18.

(17) Mat. c. 9 v. 13. C. 12 v. 7.

tenido à los doctores judíos que valia mas ejercer obras de caridad para con el prójimo, que observar exactamente el sábado y los otros deberes de religion. Añade que mira el bien que se hace al prójimo como si se le hiciese à él mismo (18). Todas las obras de caridad que ejercemos con nuestros hermanos, son, pues, otros tantos actos de amor de Dios, cuando no los amamos sinó en Dios y por Dios, por que ellos son sus hijos lo mismo que nosotros, y por que él los ama, como nos ama á nosotros mismos.

Verdad es que Dios condena á los tibios; él dice al Obispo de Laodicea: “yo conosco tus obras, ojalá que fueras frio ó caliente; pero ni una, ni otra cosa eres: por que eres tibio, te comenzaré á vomitar de mi boca. Tú dices: soi rico, estoi lleno de bienes, de nada necesito; y no conoces que eres miserable, digno de lástima, pobre, ciego, desnudo de todo.” (19) Se convendrá que la tibieza, con todos estos caracteres, era un estado terrible para un Obis-

(18) *Mat. c. 25 v. 45.*

(19) *Apos. c. 3 v. 14.*

po. En un lugar tan eminente, no basta estar esento de vicios; es necesario tener grandes virtudes, una caridad ardiente, un celo infatigable, un valor à toda prueba. Si el de Laodicea se creía rico en méritos, por que no tenia crímenes que reprehenderse; si se limitaba à abstenerse del mal, sin hacer algun bien, era ciego sin duda y digno de la sentencia que Dios pronuncia contra él.

Este género de tibieza nada tiene de comun con el estado de una alma débil que se siente con poco valor y gusto para llenar sus deberes, pero que sin embargo los llena; que se cree siempre pronta à sucumbir bajo el yugo de sus obligaciones, y que no obstante se sostiene; que la naturaleza la lleva à la relajacion, pero que se hace violencia. No debemos comparar el olvido absoluto de los deberes mas sagrados con un poco de negligencia en las prácticas de piedad; una pereza que refluye en desgracia de la Iglesia con una languidez que à nadie perjudica; la inaccion, que es un crimen en un destino importante, con faltas de debilidad en la vida obscura y privada: no hai semejanza entre estas dos especies de tibieza. Dios merece sin

duda ser servido con todo el fervor de los ángeles; pero por su bondad quiere tambien serlo con toda la debilidad de los hombres.

Esta misma enfermedad, esta languidez habitual que lloran tan amargamente las almas virtuosas, ¿no viene del defecto de confianza en la misericordia divina, de una falsa idea de severidad que atribuyen à Dios? David, en un estado semejante le decia: "tén piedad de mí, Señor, por que estoi débil y enfermo; mi cuerpo y mi alma estan en la turbacion ¿hasta cuando me dejarás desmayar así? Vuélve acia mí tus miradas, salva mi alma, librame por tu misericordia." (20) El no conocia otro remedio para sus penas que el recuerdo de la misericordia del Señor; pero con este apoyo se creía seguro. "Mientras que yo esperare en el Señor, decia, no vacilaré. Pruébame, Señor; y sondeame: acrisola al fuego mis afectos y mi corazon. Por que tengo tu misericordia delante mis ojos, y hallo en tu verdad todas mis complacencias." (21) Tal es la fuente de los

(20) *Psal.* 6 v. 3.

(21) *Psalm.* 25 v. 1.

consuelos, del valor, del fervor; en vano nos lisongearíamos de buscarlos en otra parte.

Esperemos en Dios, confiémonos de su bondad: nada nos desalentará; cuanto mas le amemos, menos dificultad hallaremos en su servicio. No nos imaginaremos que él esté descontento con nosotros, que esté pronto à abandonarnos y à castigarnos por que no le amamos mucho, por que no le servimos con mucha perfeccion, por que no sacamos de sus gracias todo el fruto que él tiene derecho de esperar. La pobre viuda, de que habla el Evangelio, no ponía sinó dos pequeñas monedas en la caja de limosnas: Jesucristo juzgó que ella daba mas que todos los ricos que ponian en ella grandes sumas (22). En el estado de tibieza y desaliento somos esa viuda indigente; Dios se contenta con nuestro débil tributo, por que atiende, no à la importancia de nuestros servicios, sinó à la buena voluntad con que se los hacemos.

Jesucristo nos advierte que ninguno se salvarà sinó persevera hasta

(22) *Luc. c. 21 vv. 2, 3.*

el fin (23). ¿Quién puede saber si perseverará? Nosotros no sabemos si somos dignos de amor, ó de odio (24). S. Pablo, despues de haberse consumido con los trabajos apostólicos, todavía temia ser réprobo (25). ¿Tenemos nosotros menos motivo de temer que él?

La perseverancia final es sin duda un don de Dios, y el mas precioso de todos, pues nos asegura el fruto de todos los otros; tememos no obtenerlo, por que depende de Dios solo, y que no podemos merecerlo en rigor. ¡Qué ciegos somos! Si dependiera de nosotros y no de Dios, entonces sí tendríamos lugar de temer. Dios solo es el dueño de conservarnos la vida, ó de quitárnosla en cada momento; ¿vivimos con menos seguridad, por que no está en nuestro poder prolongar nuestros dias un solo instante? «Yo he esperado en tí, Señor, dice el Real Profeta; jamás seré confundido.» (26) Segun S. Pablo, la es-

(23) *Mat. c. 10 v. 22.*

(24) *Mat. c. 10 v. 22.*

(25) *Eccles. c. 9 v. 1.*

(26) *1 Cor. c. 9 v. 27.*

peranza en Dios no nos engaña (27). Es por la esperanza que nos salvamos (28). Esperar firmemente de la bondad divina el don de la perseverancia final, es, pues, el mejor medio de obtenerla.

¿Qué haríamos si Dios nos hubiese revelado que perseveraríamos en la gracia hasta el fin? . . . Hagamos desde ahora lo que haríamos en ese caso, y dejemos à Dios el cuidado de coronar su propia obra. Sin cesar nos dice en los libros santos: esperad en mí, confíaos de mí, descansad sobre mí: mis beneficios son la prenda de mi amor por vosotros. Arrojaos en mis brazos, contad con mi providencia, un dia vereis lo que he hecho, y continuo haciendo por vuestra salvacion. No puede haber para vosotros paz, reposo, seguridad sinó en mí. ¿Nos obstinaremos en querer penetrar en un futuro, que Dios, por razones de sabiduria y de bondad, quiere tenernos oculto?

Cuando el Eclesiastés dice, que no sabemos si somos dignos de amor ó de odio, entiende que no podemos

(27) *Psal.* 30 v. 2.

(28) *Rom.* c. 5 v. 5.

juzgar de ello por el modo con que Dios arregla nuestra suerte en esta vida. “ En efecto, dice, las mismas cosas suceden al justo y al impío, al bueno y al malo, al que ofrece víctimas, y al que desprecia los sacrificios. » Cuando Dios nos envía aflixiones, no sabemos si es un castigo de nuestras culpas, ó una prueba para purificar nuestras virtudes; cuando nos concede la prosperidad, no estamos seguros de que sea una recompensa del bien que hemos hecho, mas bien que un medio que Dios nos dá para que obremos mejor. Pero cuando tomáramos las palabras del Eclesiastés en el sentido que ordinariamente se les dá, no resultaria motivo alguno de inquietud. El Apóstol S. Juan nos dice, que si nuestro corazón nada nos reprende, tengamos una entera confianza en Dios, y que nos concederá todo lo que le pidamos (29). Esto basta para tranquilisarnos.

En las lecciones de S. Pablo y en su conducta nosotros vemos fervor y precaucion, y no turbacion y temor. “ Yo corro, dice, no como á cosa incierta y sin ver el fin; no

(29) 1 Joan. c. 3 v. 21.

combato como un hombre que dá golpes al aire; mas castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, por que no acontezca, que habiéndolo predicado à otros, me haga yo mismo réprobo. » (30) Si S. Pablo no hubiera tenido una firme esperanza de llegar al fin, ó á la recompensa eterna, de nada le habria servido tenerla presente para continuar su carrera; habria podido desfallecer en el combate, sinó hubiera estado persuadido que conseguiria la victoria y la corona. No debemos confundir la precaucion con el temor y la desconfianza: la primera es inspirada por la prudencia, la segunda por la pusilanimidad: la una produce la seguridad, y la paz del alma; la otra nos arroja en la tristeza y la turbacion: la una dispone à hacer el bien, la otra disgusta y aparta de él.

S. Pablo añade: “ el que piensa estar en pie, guárdese de caer; no habeis tenido sinó tentaciones, que estan unidas à la humanidad. Pero Dios es fiel en sus promesas, y no permitirá que seais tentados mas allá de vuestras fuerzas; y aun hará que

(30) 1 Cor. c. 9 v. 26.

la tentacion os aproveche, para que podais sosteneros. » (31) El Apóstol quiere inspirar á los fieles confianza, y no terror.

Grandes personajes han tenido caidas terribles, ninguno está enteramente libre en esta vida. Los unos por orgullo, los otros por ambicion; este por sensualidad, aquel por venganza ó por envidia, han escandalizado la Iglesia, despues de haberla edificado por sus virtudes. ¿ Y qué se sigue de aquí? Que nuestras pasiones son siempre enemigos temibles; que frecuentemente las creemos extinguidas, cuando no estan sinó adormecidas; que la vigilancia, la fuga de las ocasiones, la oracion, la desconfianza de nosotros mismos, nos son siempre necesarias. Pero si estas precauciones no son sostenidas y animadas por la esperanza cristiana, por la confianza en Dios, bien pronto estaremos expuestos á carecer de valor, á desmayar, á desmoralizarnos sobre las mismas precauciones.

¿ Cómo esperar la salvacion sin méritos y sin buenas obras? ¿ Cómo! Por la misericordia infinita de Dios,

por los méritos infinitos y superabundantes de Jesucristo. ¿ Nos atreveremos á fundar nuestra esperanza sobre otros apoyos ? ¿ I conocemos acaso otros mas sólidos ?

Dios es bueno, Dios es justo, dice S. Agustín; por que es justo, no puede condenar una criatura sin que eila lo merezca; por que es bueno, puede salvarla sin méritos, por que entonces à nadie perjudica (32). Nosotros nada merecemos sin el socorro de la gracia; pero Jesucristo nos ha merecido este socorro por su muerte. La Iglesia nos enseña lo mismo por sus oraciones: ellas son sacadas de la Escritura Santa. “ Señor, no nos trates segun el número y la enormidad de nuestros pecados; no nos des lo que nuestras iniquidades merecen. Olvida nuestras infidelidades pasadas; que tus misericordias nos prevengan, pues que somos pobres, desnudos de méritos y de virtudes. Socórrenos, ó Dios, único autor de nuestra salvacion; por la gloria de tu santo nombre, sálvanos,

(32) S. Agus. cont. Julian lib. 3. cap. 18. n. 35.

y perdona nuestros pecados.» (35)
 Segun el sentido de estas palabras divinas, Dios hace consistir su gloria, no en castigar, sinó en perdonar; no en perdernos, sinó en salvarnos; en obrar nuestra salvacion, no por justicia, sinó por misericordia. Adoremos este designio de bondad y de sabiduria, y tranquilisémonos.

En vano buscaríamos en la Escritura Santa reflexiones, motivos, hechos, ejemplos para autorizar el defecto que acabamos de combatir en esta obra; cuanto mas nos nutrimos con la lectura de este libro divino, mas nos convencemos que Dios es la bondad misma, la misericordia infinita; que su paciencia jamás se cansa; que nos ha criado para salvarnos y no para perdernos. Cien veces nos repite que es inclinado à escusar nuestras debilidades, à perdonar nuestras culpas, à sostenernos en las tentaciones, á colmarnos de sus gracias. La conducta que ha observado desde el principio del mundo con los justos y con los pecadores, con los infieles y con sus adoradores, confirma la fidelidad de sus promesas; las obras

de la naturaleza y las de la gracia nos predicán la misma verdad; el antiguo y el nuevo Testamento se reúnen para darle testimonio. “Todas estas cosas, dice S. Pablo, han sido escritas para instruirnos, à nosotros que hemos venido al fin de los siglos.” (34) Tenemos que felicitar-nos por haber llegado tan tarde, pues hemos sido precedidos por una serie inmensa de monumentos de la misericordia divina que nos excitán à la confianza.

El verdadero espíritu del cristianismo es el amor de Dios y no el temor, la esperanza y no el desaliento, el reconocimiento de sus beneficios y no la desconfianza de su bondad. El nos manda tan rigurosamente la caridad, la dulzura, la conmiseración, la indulgencia por nuestros prójimos, ¿y será posible que carezca de todo esto para con nosotros?

Continuamente se ha notado que los genios propensos à la austeridad, à la tristeza, al terror en el servicio de Dios, están sugetos à caer en los mismos defectos respecto del

(34) 1 Cor. c. 10 v. 11.

prójimo; su celo es amargo, su espíritu suspicaz, su humor inquieto y fastidioso: ellos parecen mas aparentes para disgustar à todos de la piedad, que para hacer la virtud amable.

No ha sido este el tono ni la conducta de nuestro Divino Salvador; cuando él no hubiera sido el mas santo, seria todavía el mas manso, el mas sociable, el mejor de los hombres. Despues de haber experimentado un odio constante, una proscripción pública, una muerte ignominiosa y cruel de parte de la nacion que habia venido á instruir y salvar, no conserva resentimiento alguno: habia orado sobre la cruz por sus enemigos, nada dice contra ellos despues de su resurreccion; no exep-
tuó á los judios del órden general que dá á sus Apóstoles de predicar el Evangelio à toda criatura: si ellos creen y reciben el bautismo, seran perdonados y salvos como los otros hombres.

Entre los santos cuya memoria honra la Iglesia, los menos austeros en su moral y en su conducta son ordinariamente los que le han hecho los mas grandes servicios. A imitacion e Jesucristo, han ganado las almas por la dulzura y la sencillez

de sus costumbres, se han consagrado mas à pintar los consuelos de la virtud, que á inspirar los temores de la justicia divina.

Cuando no tuviéramos otra prueba de la divinidad de nuestra Religion, esta nos bastaria. Solo el cristianismo nos dá de Dios la única idea que conviene á una naturaleza tan débil y tan frágil como la nuestra. Es un padre que ama tiernamente á sus hijos, un bienhechor que no se cansa de derramar gracias, un pastor caritativo que vela continuamente su rebaño, un salvador misericordioso que dá su vida por sus ovejas, que perdona aun á los que le crucifican. ¿ Quien podrá no amarle ? Y cuando se le ama ¿ de qué virtudes no es uno capaz ? Por esta idea de la bondad de Dios, nos empeña Jesucristo á que seamos nosotros mismos buenos y caritativos con nuestros hermanos. « Sed, dice, los hijos de vuestro Padre Celestial que hace alumbrar su sol sobre los buenos y sobre los malos, y caer el rocío sobre los justos y sobre los pecadores. » (35) De esta moral sencilla, pura, divina,

(35) *Mat. c. 5 v. 45,*

se siguen todos nuestros deberes para con Dios y para con los hombres. Así el cristianismo es al mismo tiempo la Religion mas consoladora para los que la profesan, y la mas capaz de unir á los hombres por una estrecha fraternidad, la mas propia á establecer la paz en los corazones y en la sociedad. Por la caridad es que se ha establecido, y no tiene otras armas para subyugar nuevos sectarios y para defenderse de sus enemigos.

David en el antiguo Testamento, S. Pablo en el nuevo, han sido los mas ardientes predicadores de la gracia y de la misericordia divina: ambos eran un ilustre ejemplo, y hablaban por sentimiento y por experiencia. Ellos no hacen mencion de la justicia, de la cólera, de las venganzas del Señor, sinó para aterrar á los impíos, á los infieles, á los enemigos de la verdadera Religion; en cuanto á los que tienen la dicha de conocerla, no les hablan sinó de la bondad, de la clemencia, de la misericordia de Dios, de los beneficios que se complace en derramar sobre los que esperan en él. S. Pablo no cesa de exaltar la gracia inestimable de la vocacion á la fé, el precio infinito de la redencion de Jesucristo, las

seguridades que ella nos dá de la felicidad eterna. David acaba la mayor parte de sus salmos por esta exclamacion viva y tierna: ¡ bienaventurado, Señor, el hombre que espera en tí ! Y nosotros mismos no podemos terminar mejor nuestro débil trabajo: ¡ *Domine Deus virtutum, beatus homo qui sperat in te !* (Psl. 83 v. 13).

FIN.



INDICE.

	Pag.
<i>Advertencia de los Editores.....</i>	5
SALMO GII.....	7
CAPITULO I. <i>Triste estado de las almas angustiadas por el temor: necesidad de consolarlas.....</i>	13
CAP. II. <i>Los beneficios de Dios en el órden de la naturaleza, son una prenda de los que él quiere concedernos en el órden de la gracia.....</i>	28
CAP. III. <i>Dios obra por designios de misericordia cuando nos aflige ó permite que caigamos en el pecado.....</i>	49
CAP. IV. <i>Modo con que Dios ha castigado el pecado en las diversas edades del mundo; rasgos de misericordia que resplandecen hasta en sus castigos.....</i>	81
CAP. V. <i>Paciencia de Dios para con los Israelitas, su lentitud en castigarlos, facilidad con que los perdona.....</i>	108
CAP. VI. <i>Conducta de Dios respecto de David; sentimientos de este Rey penitente sobre la misericordia del Señor.....</i>	134

- CAP. VII. *Clemencia de Dios con el Rey de Babilonia y con los habitantes de Nínive.* 150
- CAP. VIII. *Quienes son los que la Escritura llama los fieles, los justos, los santos; sentimientos que Dios exige de ellos en el culto que le tributan...* 166
- CAP. IX. *Designio que Dios se ha propuesto en la Encarnacion de su Hijo: él ha querido que nuestro culto sea santificado por la confianza y por el amor.* 188
- CAP. X. *Uno de los principales objetos de la venida del Hijo de Dios ha sido hacer reinar en las almas la paz y la confianza.* 206
- CAP. XI. *Parábolas bajo las cuales Jesucristo pinta la bondad de Dios para con los pecadores; este divino Salvador á ninguno ha despreciado. . .* 228
- CAP. XII. *Conducta particular del Salvador con sus discipulos; hasta donde lleva su bondad y su paciencia, para con ellos.* 248
- CAP. XIII. *Sentimientos y palabras de Jesucristo durante su pasion; reflexiones de S. Pa-*

blo sobre los efectos de la muerte del Hijo de Dios y sobre su propia conversion. 281

CAP. XIV. Eficacia de los medios de salvacion que Jesu-
cristo ha dejado á su Iglesia,
la oracion, los sacramentos,
la comunion de los santos; la
indulgencia de la Iglesia para
con los moribundos. 303

CAP. XV. Motivos ordinarios de
nuestros temores: los rigores
de la justicia divina, el miste-
rio de la predestinacion, el
pequeño número de los escogi-
dos, el peligro de las recaidas. 322

CAP. XVI. Otros motivos de
temor: la necesidad de obrar
nuestra salvacion con temor
y temblor, los peligros de la
tibieza, la incertidumbre de
la perseverancia final, la caida
de los mas grandes personajes. 340

ERRATAS.

Pág. 39. lín. 14. iniquidad, lé inquietud.

Pág. 68. lín. 4. ^o nos, lé no.

Pág. 196. lín. 25 de su incredulidad, lé por su incredulidad.

Pág. 205. lín. 3. ^o no, lé nos.

Pág. 301. lín. 2. ^o diferencia, lé deferencia.

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
DE
MADRID

*Lista de libros que se hallan de venta en esta
imprensa.*

Curso de Derecho Canónico por Lackies, y Cavalario con la historia de los Concilios generales, en 6 volúmenes, pasta.

Id. en tres volúmenes.

Id. á la música.

Instituciones de Derecho Canónico por Cavalario, aumentadas con una introduccion de Berardi, y la ley de patronato, en 3 volúmenes encuadernadas á 10 pesos.

Historia de la reforma protestante de Inglaterra por Sir. Villiam Cobbett, á 3 pesos.

Memoria política que prueba no convenir en América la libertad de cultos, á 1 peso.

Disenteria.—método curativo, á 4 reales.

Poncio Pilato en Viena, á 2 reales.

Observaciones sobre el decreto del Gobierno publicado en la Gaceta núm. 212 acerca de la enseñanza de los principios de legislación por Jeremias Bentham, á 3 reales.

Oficio parvo en castellano, á 12 reales.

Un cuaderno que comprende los oficios y misas de santos nuevos, á 2 pesos.

Pláticas doctrinales del P. Santander, á 6 reales.

Catecismo de Fleuri á 5 reales.

Astete Doctrina cristiana, á 2 reales.

Silabarios de Ackerman, á 1 real.

Colecciones del Cultivador, á 12 reales.

Varias Novenas y cuadernitos devotos.

La venta por mayor tendrá la rebaja de un diez por ciento.

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EMEF

18
c

Biblioteca
Salvador de Patrimônio Documental

UNIVERSIDAD
EAFFI



Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

L
248
B498

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001406405